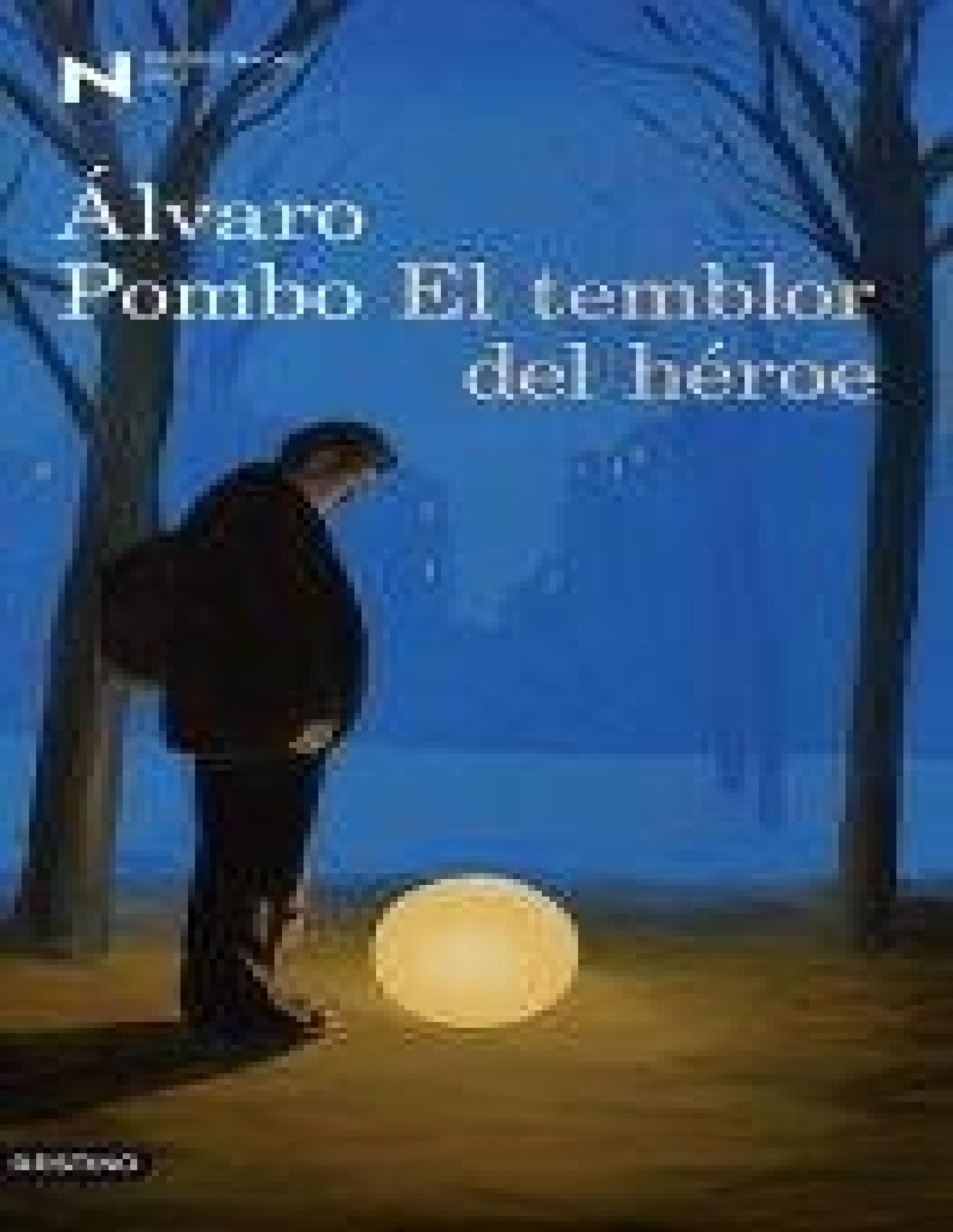


N

Alvaro
Pombo El temblor
del héroe



Alvaro Pombo

El temblor del héroe

La casa de Román

Hace frío esta tarde de noviembre. Huele a cerrado en casa de Román. A través de un ventanal sin cortinas, viene una luz dura, como la luz de un escenario expresionista. Están sentados frente a frente con una mesa entre los dos. Sobre la mesa libros y papeles y un teléfono anticuado de baquelita negra. Los papeles, los folios, escritos a mano, dan la impresión de llevar ahí mucho tiempo. Esa mesa ordenada da la impresión de usarse poco últimamente. Hay en toda la estancia un orden frío, escénico, que no invita al diálogo. Tampoco invita al descanso. Recuerda los despachos departamentales de la facultad. Y las librerías de madera recuerdan las estanterías de la biblioteca de un departamento. No hay detalles personales. Es un lugar sin clase. Román acaba de decir:

—Dices que querías verme. Ahora que me ves ¿qué ves?

Por un instante Eugenio añora el tiempo que precedió al tuteo. No responde nada. Hubiera deseado decir: deseaba saber cómo está usted. Verle con mis propios ojos. Deseaba añadir: no creo que sea verdad que esté usted escribiendo sus memorias. Pero queda

obturado todo esto como un conocimiento ciego. Es lo inexpresado, aquello que quisimos decir, que sabíamos cómo decir y que no dijimos. Como una carta no enviada. Un conocimiento sin reconocimiento. Hace tiempo que Eugenio tiene esta sensación al hablar con Román: Román le conoce de sobra pero no le reconoce. En las relaciones amorosas esto se llama el desamor pero Eugenio y Román no han tenido una relación amorosa nunca. Siempre fueron amigos. Y la amistad ahora ha dejado de ser reconocimiento mutuo. Ahora funciona en una sola dirección, de Eugenio a Román y al llegar a Román rebota. De aquí que Eugenio prefiera verle con más gente en sitios públicos, en conferencias o reuniones. Verle en casa, estar frente a él, es este rebotar de la intención afectiva que se queda sin respuesta. Como si Román no oyera bien o estuviese distraído o estuviese ausente. Eugenio se acuerda de un abuelo materno que estaba así al final: había sido un hombre afectuoso, no muy perspicaz pero atento con los nietos, se acordaba de tener siempre helado en la nevera y cucuruchos. Eugenio recuerda cómo este abuelo, que se llamaba como él, el abuelo Eugenio, ponía el helado de tutifrutí en el cucurucho de

barquillo con una cuchara sopera. Y luego se quedaba mirándoles complacido. Eugenio recuerda el encanto del abuelo Eugenio viendo a los nietos dando lametazos al helado. De pronto, un año, al volver de vacaciones ya no se fijaba. Aún sonreía afablemente desde su sillón. Eugenio recuerda el alicatado de aquella pared de la casa estival y el sillón del abuelo y la inmovilidad del abuelo que sonríe ausente. Román no sonríe. Tan hispida es la situación ahora, los últimos tiempos, que puede descomponerse, o al revés: configurarse, mediante figuras geométricas: el rectángulo de la mesa cubicada, el quebrado de las sillas en las que cada uno de los dos se sienta. Hay una configuración de acrílico hiperrealista en el aire. El abstracto aire de la ausencia, de la demencia, de la negación. Eugenio se siente irritado ahora, así que dice:

—Tengo mucho interés en leer tu libro, tus memorias.

—No hay ningún libro, ni memorias, no sé escribir un libro, ni quiero, ni creo en la transmisión escrita del saber. Como recordarás lo nuestro fue siempre transmisión oral.

El retintín de *lo nuestro* funciona ahora como una pulla injustificada y Eugenio piensa que revela más lo enfermizo de su preocupación por Román que una intención real de este. Pero sin duda es un exceso de sensibilidad, un estado mórbido, sentirse afectado solo porque Román hable de *lo nuestro* con un como retintín. Y sin embargo, el retintín, caso de haberlo en la frase de Román, no está del todo fuera de lugar. *Lo nuestro* fueron en aquel tiempo las clases de Román, sus clases de la facultad: dejaremos fuera los problemas que individualmente nos consumen —recordó Eugenio—, trataremos de alcanzar el vacío y el no-yo. Durante el tiempo que duren estos cursos nos ocuparemos de grandes asuntos, no de individuos, ni de vosotros ni de mí. Recordad que esto no es un curso de autorrealización personal, filosofar es un ejercicio de dejación de la vida personal, un desahucio del yo individual que conduce, con suerte, al borde de la conciencia transindividual, a la clarividencia y al sosiego.

—Tienes ganas de fumar, ¿a que sí? —comenta Román sin mirarle.

—Hombre sí, soy fumador. Ya sabes. Estoy tenso contigo, me apetecería echar un pitillo.

—Fuma.

—Gracias.

Eugenio enciende un Camel. Respira con dificultad. Recuerda, como quien lee un recorte de periódico, que el enamoramiento es un estado de facilidad respiratoria: un saber respirar o estar aprendiendo a respirar dentro

de ese estado interiorizado y asfixiante en que el amor consiste. Cualquier clase de amor, incluso el amor filial, es asfixiante, quizá el más asfixiante de todos. Pero ahora está desbarrando, rebotando incomunicado en una situación intransitable. Al no haber transitividad ninguna entre los dos, al estar realmente solo Eugenio consigo mismo en aquella habitación, por más que tenga a Román físicamente enfrente, toda suerte de ocurrencias incontroladas emergían: *evagatio mentis circa illicita*.

Eugenio se levanta ya para irse. Cierra y abre con fuerza sus grandes manos de traumatólogo. Cree que está furioso y sobreactúa (una limitada serie de gesticulaciones reprimidas). Secamente sobreactúa el patetismo de este adiós que cree que será definitivo y a la vez lo contrario. Está furioso, no sabe qué le pasa. La imagen limpia de su despacho del hospital, su agotador orden del día, el cuidado de sus pacientes con sus rabiosos dolores de huesos se le aparece ahora como una salvación.

- Sé que estás desilusionado conmigo —dice Román—. Pero es injusto. ¿Qué esperabas? No he dado más de sí. Soy una celebridad menor con una obra literaria y filosófica exigua.

—¿A qué viene esto? Lo entiendes todo mal. ¿A qué viene esto que ahora dices? Tengo que irme, no puedo seguir aquí viéndote inmóvil. No sé qué hacer con tu inmovilidad. Creo que te inmovilizas contra mí.

En realidad Román se siente cohibido ahora. Lo que de verdad le ocurre en esta conversación con Eugenio es que se siente culpable y responsable y venido a menos. Siente respeto y ternura filial por este muchacho que ha llegado a ser un brillante traumatólogo y que siempre ha reconocido la deuda pedagógica que tiene con Román. Pero no puede hacer nada, no sabe qué hacer con él ahora, no se siente inspirado. La palabra inspiración es ahora relevante porque trae a la memoria de Román el tono de sus clases: lo cautivador para toda aquella generación fue que Román daba sus clases de introducción a la filosofía inspiradamente: les hablaba como si su discurso hubiera de transformarles y transfigurarles. Como habla un amante a su amado. Fueron los finales del franquismo, lo que llamaban el tardofranquismo. Un tiempo de agitación política. Y fue para Román, a contrapelo, un tiempo heroico. Román quería hacer ver con sus clases, con su ejemplo, que el compromiso político por vibrante que fuese, por actual y sincero que fuese, era menos importante, menos serio que el compromiso con la verdad tal y como se autoexpresa la verdad en los grandes sistemas filosóficos y, sobre todo, en la experiencia filosófica individual, que contiene siempre, si es pura, un grado de

escepticismo y de ironía, de auténtico autoconocimiento y por lo tanto humildad también. Esta tarde de noviembre, Román recuerda su propia exaltación narrativa al ser escuchado por todos aquellos estudiantes del primer curso de filosofía. Esta tarde de noviembre, de pronto, al ver a Eugenio enfadado con él, recuerda su propia voz,alzada dos octavas, contando cómo la libertad es una necesidad conocida o cómo para Spinoza la fuerza de los afectos es equivalente a la servidumbre humana, cómo, aun viendo lo que para él es mejor, hace el hombre lo que es peor, como poseso de una enfermedad del alma, al experimentar un amor excesivo por objetos sometidos a muchas variaciones y que nunca podemos poseer del todo. Este recuerdo funciona en Román a contrapelo: no le hace sentir más afecto por Eugenio o más cerca de Eugenio, sino en cierto modo le enfría. Y agudiza su sensación de estar solo y no estar siendo entendido y estar siendo censurado. ¿No comprende Eugenio su desvalimiento? ¿Es que Eugenio es incapaz de comprender que ahora, al no tener a nadie a quien hablar, los alumnos, todo lo que dice o hace, tanto su elocuencia como su silencio, resbala hacia la insignificancia, hacia lo no reproducible, hacia lo indecible? Al no tener que dar ejemplo, al no tener que dar clase, ya no tiene nada que decir. Ahora que no ve a nadie y sus palabras no se amplifican en miles de almas o en cientos o en algunas, sus palabras se contraen, se arrugan, como un fruto reseco, deshidratado. Se siente Román deshidratado ahora, se siente odioso, y aborrece a Eugenio que le recuerda el tiempo sonrosado de la comunicación pedagógica. Eugenio está a punto de irse y de pronto se vuelve hacia Román y le dice:

—¿Por qué no escribiste más? A mí me da igual, para mí eres extraordinariamente importante, hayas escrito o no. Pero en cambio a ti no te da igual. A veces da la impresión de que estás resentido por no haber hecho lo que no quisiste hacer y eso es absurdo. Si hubieras querido escribir, lo hubieras hecho. Ese lado tuyo no se entiende. No te entiendo.

Eugenio se va desolado y Román se queda desolado también, espejeado, deslumbrado por la devoción de su antiguo alumno y, deslumbrado, sobre todo, ahora, por su propio desinterés, por la vacuidad de su alma. Se siente deslumbrado por este personaje inane que ha llegado a ser. Como si se asomara a un pozo y viese treinta metros más abajo, oyese, el eco de su imagen emborronado por el agua fríasima y caliza.

La habitación, tan austeramente amueblada, este despacho como de un departamento de la facultad, tan impersonal, es ahora elocuente y dice eso: no hay nada. Hay solo lo que vemos. Y lo que vemos es nada o casi nada. La luz

de noviembre se ha vuelto ahora una noche comparativamente cálida. Estancada. No hay ninguna decoración, eso es cierto. Y eso, esta ausencia de decoración es, a su modo, una verdad, pero muy vaga todavía. Es una habitación desnuda. La inmovilidad y la desnudez no son espirituales, no conducen a ninguna aclaración. Solo al vacío.

—Hablando no se entienden las personas —acaba de decir Eugenio.

—¿Lo dices por esta tertulia de la tele? —Elena está ahora mismo siguiendo un debate en Telemadrid.

—No, claro. Quiero decir que las personas nos malentendemos a varios niveles, uno es ese del hablar todos a la vez y de querer dejar constancia de que cada cual es cada cual. Otro nivel es uno profundo, el de sentirse defraudado, desilusionado con alguien, relaciones que la conversación no ablanda, ni, por más que los dos hablen, se avanza un solo paso... El desafecto no se traduce a veces en distanciamiento o en silencio, sino en conversaciones que no se acaban nunca, como una pelota de ping-pong que rebota dentro de un envase de cristal, como un pez incomunicado dentro de un envase de cristal, como dos peces luchadores del Siam, de maravillosas plumas, agredándose mutuamente hasta quedarse los dos en las rasas...

Todo esto lo ha dicho Eugenio de un tirón, como entre dientes, cabizbajo. Elena baja un poco el volumen de la pelea televisada y dice:

—Vienes de ver a Román.

Los amigos de Román

—Sí.

—Es evidente que no te sienta bien, que no te prueba, que está contraindicado. Es un alimento que

nunca digieres. Román es indigesto. A mí se me indigesta también. —A ti te cae mal.

—No siempre me cayó mal. Sabes que estuve enamorada de Román un tiempo.

—Sí. Me acuerdo muy bien.

—Ha ido malcayéndome día tras día sin darme apenas cuenta. Como fumar. Que de pronto es un hábito agobiante. Igual Román.

—Eso es superficial. La comparación, digo. Te cae mal porque crees que me perjudica. Te cae mal por mí.

—Es obvio que te trastorna.

—Tú no le trataste tanto. Te enamoraste de él y te desenamoraste después. Pero yo le escuché con devoción muchos años. Hice medicina porque a Román le parecía una acción excelsa, la vocación médica. Con el individuo no se acaba todo, eso lo aprendí con Román. Román nos enseñó, contra Kierkegaard, que Dios no se relaciona con el mundo de individuo a individuo, sino a través de la comunidad y de la ley del ser con otros. Y me apena verle así ahora. Me extraña tanto, me desazona, verle tan encerrado en sí mismo como un pez en su líquido amniótico. Lejos de toda idea de comunidad. Hubo un tiempo en que hablaba del *sacramentum societatis*, Elena.

—La jubilación le está sentando mal. Se aburre. Está posiblemente angustiado o malhumorado, qué sé yo, por su falta de deseos. Se está volviendo indeseable, un indeseable. Porque está dejando de ser un ser deseante. Sus deseos no le entretienen ya, o no los siente. Solo siente que no siente. Y cada vez que vas a verle, te jode a ti con su tirantez. Es muy desagradable.

—Da la impresión de ser un solitario que no se reconoce a sí mismo y que no puede sacar de su soledad experiencia ninguna. De pronto parece que ha perdido toda su experiencia acumulada. Como si hubiese empezado a perder la memoria. Quizá a su edad todas las ilusiones se pierden.

—Solo se pierden las ilusiones falsas, las ensoñaciones. Al desearle, no podía yo admirarle como le admirabas tú. Hubo un momento en el que deseaba que me besara y me acariciara. Desear es más sencillo que admirar. Se reducen las distancias, se entra en un reino olfativo, musgoso, es como una cueva. Si te pones de pie de repente, te das un golpe en la cabeza. El deseo es serpenteante. Yo no le vi en perspectiva o desde arriba, sino desde un interior, su interior consistía en resistirse, no querer comprometerse, no caer en la tentación. ¿Quién es él, quién es nadie para no caer en la tentación? Recuerdo su pulcritud con disgusto. Yo era muy joven entonces.

—Eras muy delgada y muy bella. Como ahora.

—Bah. Sé que estoy siendo injusta. Estoy siéndolo adrede para que veas a Román desde su ambigüedad de siempre. El problema de los españoles de la edad de Román es que no les ha sucedido nada. En especial a los hombres. Las mujeres tenían su futuro nacional-católico bien prefabricado. Mi madre, mis tías, sus amigas. Todas novias, todas madres, todas, como mucho, con un bachillerato y un saber coser, guisar, criar a los hijos. Eso fue su salvación, los corsés y sostenes que las encorsetaban a la vez las presalvaban, las preparaban para ser nosotras, las que andamos ahora por cuarenta. Tuvieron que negar su negación y nos engendraron a nosotras libres. Pero los hombres, los Román, tenían su libertad, sus partidas de mus, sus profesiones, incluso algunos sus queridas. Nada les sucedía. Con Franco se yuguló el acontecer. Franco trajo la paz y fue el acabóse. No había nada que hacer en España. Si eras mujer, podías negar la negación y tener hijas como yo. Pero si eras hombre, podías vivir en libertad, en una libertad que es, como diría tu Román, una necesidad conocida. Podías vivir con lucidez y tener una segunda residencia de verano en Benidorm. La generación de Román no llegó a pasar hambre, no fue un niño de la guerra, fue un poco posterior. Había cartillas de racionamiento, sí. Pero en su casa del norte se comía bien y se iba a misa. No se arriesgó nunca. Ni siquiera al dar clase. Todo era una función teatral. Incluso su ligero desprecio por la España oficial. Todos se reían un poco del Régimen en aquel tiempo. Y lo más tierno (que éramos nosotros: las ninfas), tenía que evitarlo porque ese era su deber: era un hombre honrado, decente, que no quería líos. Las clases le divertían. Seguramente le gustaba mirarnos, las clases le entretenían, seguramente le gustaba enseñarnos filosofía política, filosofía a secas, ética y política. Eso sí, sin afueras. De pronto pasó el tiempo. Lo que tenía que pasar, pasó. Pasó el tiempo. Llegó la democracia, llegamos nosotros, la horterada, los cantautores, la vulgaridad, la democracia.

Entonces Román dijo: daré un salto, saldré fuera, haré un largo viaje. El largo viaje de Román fue un retorno. Un largo viaje hubiera estado bien, ¿no crees, Eugenio? Ni siquiera llegó a comprar los billetes. ¿Por qué no sale ahora de viaje? ¿Está enfermo? ¿Por qué no se va de viaje a Grecia, a ver la Acrópolis, por qué no se diluye en los grandes espacios? Ahora descubre que «con el ser no hay nada que hacer» y que «el ser o Dios no es algo a lo que podamos agarrarnos». Ahora no se puede agarrar ni a un clavo ardiendo porque no hay nada ardiente en torno suyo. Solo estás tú, mi pobre Eugenio, el bien nacido.

—Me gustas mucho, Elena, cuando hablas como un libro. Tan enfurecida estás más guapa que nunca. Creo que no tienes razón con Román, ni yo tampoco. Román también está por hacer, como nuestro futuro, como Dios. Román deviene todavía, mi brutal y amada Elena, está por ver, está por ser, le estamos esperando.

—¡Yo no, desde luego! Más visto que el tebeo.

—¿Te acuerdas de una cosa que decía? Es un texto de Nietzsche en realidad, que uno no ama su conocimiento, su sabiduría, tan pronto como lo ha comunicado. Deja de amarlo en ese instante. Román lo ha comunicado ya todo. Por eso está vacío y tirante y desnutrido.

—Oh, por favor. Pocas cosas me interesan menos, Eugenio, que la avitaminosis de Román. Y eso de que no ame ya su conocimiento porque lo ha comunicado..., me da la risa tonta. Vaya por Dios. Si no hubiera dado nunca clases de filosofía le quedaría todo por decir ahora. Serla flexible y feliz. Lleno como la luna llena de sabiduría y deseos lujuriosos este buen mozo. Pero ya no nos desea. Ahora se atiranta, ahora ya no tiene nada que decir y ahora se arruga y se atiranta, es decir: se contradice. Y ahora, en lugar de hacer un viaje, un largo viaje, se queda en casa y te maltrata a ti. El hijoputa.

- «*Old men ought to be explorers...*»

—¡Justo! Y por no poder serlo y no querer serlo, Román se ha quedado quieto donde está.

E-mail de Elena

Román está en su sesión de meditación. Lleva años practicando. Hace la mayoría de los ejercicios muy automáticamente, con considerable perfección, elasticidad... pero puede hacerlos sin prestar atención o reflexionar. Esto no está bien. Hoy es uno de esos días. Puede desbaratarlo todo ahora mismo. Desbaratarse y desahuciarse. Y desea darse esta extremaunción, el descabello. No, no está muerto aún. Aún no es inane, pero le ronda la inanidad como una mosca cojonera. Recuerda las clases que él daba. Y cómo se fue adrede desligando de las relaciones. Fue debido todo en un principio a una elemental decencia de maestro, de profesor, rodeado de gente muy joven. En aquellos años se había popularizado el americanismo: *to have a crush on...* Román no deseaba que nadie lo tuviera, aun constándole que muchos lo tenían. Había que mantener el equilibrio entre la necesaria catexis, por virtud de la cual el profesor se deja cautivar por el alumno, el psiquiatra por el psiquiatrizado, para mantener un tono de energía neutral. La figura ayuda. La fuerza física. Un cierto narcisismo ayuda al profesor a separarse de los deseos de los discípulos: ¡oh, ese infernal ser rodeado por la velocísima y desapareciente confusión afectiva de los que enseguida van a ser mayores de edad! Un razonable narcisismo ayudó a Román entonces. Ahora que creía haber rechazado el narcisismo y regresado a la soledad, le impregna una impureza infructuosa, el cardenillo polivalente de las cornucopias, los emergentes jardines de las delicias, los Boscos, las tentaciones de San Antonio: convertirse en verdadero, que la verdad le hiciera verdadero y el conocimiento de sí mismo le hiciera más grande que el yo narcisístico. Eso no fue posible. Repitió: «Uno no ama ya su conocimiento tan pronto como lo ha comunicado».

¿No hubiera sido preferible volcarlo todo delante de Eugenio? Vomitarlo. Volcarlo. Hubiera habido por lo menos de momento un espacio respiratorio, un tiempo de respiración que ahora no había. Ahora, instalado en la posición reglamentaria y notando sus dolores artrósicos, tiene que reconocer que le invade el remordimiento y el sueño. Ambas cosas aparecen a la vez en la inacción: la somnolencia y el remordimiento por haber dejado que la conversación con Eugenio resbalara hacia una confrontación inmóvil y estéril.

Y es que lo que él mismo quería decir ni sabía decirlo ni sabía qué era. Un deseo de plenitud, quizá, que ninguna plenificación parcial, por amplia o profunda que fuese, podría rellenar. Se había equivocado dejando la enseñanza, se había creído más fuerte de lo que era, se había creído invencible, y siente ahora un sueño invencible. Recorrido por los tics de la inmovilidad, con los ojos cerrados, las manos abiertas sobre las rodillas, el hormigueo del dormírsele la pierna derecha y la izquierda, que en ocasiones había tomado por señal inequívoca de que estaba en el buen camino de la práctica yóguica, ahora son solo muestras de lo que no debe de ser o hacer consigo mismo. El *noli foras ire* es en realidad un entramado inmovilizante, una inmovilización. Se sentía derribado en el suelo e inmovilizado ahí por una llave feroz que le atenazaba más cuanto más intentaba zafarse de ella. El contenido de esa sensación de estar inmovilizado provenía de su irremediable sensación de haber actuado mal, de haber aprovechado mal su energía, de haber dado más importancia al posturo que a una correcta relación consigo mismo y con los demás. Ahora los demás estaban hartos. En el e-mail de Elena no había una sola brizna de piedad ni compasión: «Has perturbado al pobre Eugenio, que aún, incomprensiblemente, te venera. Estoy aburrida contigo. No me puedo despegar de ti, pero si pudiera —y quizá más adelante pueda—, si pudiera reempezar mi vida donde estaba cuando te conocí en el instituto (entonces creí que eras un sabio y además un hombre con infinita capacidad de atención a los demás, pero no eres eso, solo entiendes las cosas que hacen referencia directa a tu bienestar o malestar)... El malestar o bienestar de los demás es un misterio para ti, no te importa nada...»

Se iba durmiendo: el mayor peligro de la meditación es dormirse. Acunado por la meditación, Román se duerme.

Los deseos de Elena

Nekane Carrasco enciende su décimo pitillo y dice:

—Joder, tía, tú estás por él. Que te quede claro que tú estás por él. ¡Chico, ponme otro chupito!

—Si sigues con los chupitos acabarás por no entender lo que te digo — dice Elena malhumorada apartando el humo con la mano derecha.

—Tía, te entiendo de cine. Los chupitos me dan el punto azul, el clic. Te acordarás en este contexto, chata, de Paul Newman en *La gata*, bebía y bebía hasta llegar al punto. Yo no estoy del todo en ese caso aunque algo sí. Por lo que sea no lo sé, pero tú estás por él, estás por ese viejo.

—No es tan viejo.

—¡Con sesenta plus, ya me dirás!

—Lo que te estoy contando, Nekane, es doloroso y es bello y es también estúpido. Me siento estúpida.

Es mediodía en ese Madrid de oficinas y ejecutivos gimnásticos. Un Madrid menor desconcertado por la crisis económica. Solo las muy buenas secretarias conservan sus puestos. Nekane ha conservado el suyo de sobra. Tiene una cara larga y vasca que enmarca eficazmente un pelo negro, como la cara de un caballo incierto. El canalillo que separa sus dos grandes senos vencidos, ostenta unas perlas de sudor y el final de una bisuta cara mexicana, un lapislázuli. Diez años mayor que Elena, siempre se han querido. Se han llevado bien. Se conocieron en el Madrid posmoderno, desvencijada ya la movida casi del todo. Se entendieron bien a la primera. Nekane dijo desde el primer momento: voy a ser tu puta madre, solo que mejor. Elena contestó: si vas a ser eso, no me vendrás mal. Mi madre, pobre, fue muy insuficiente. No por su culpa, desde luego, bastante tuvo con aguantarnos a todos y a mi padre. Con ella no podía hablar de mí misma ni de casi nada. Y dijo Nekane: pues conmigo hablarás más que una cotorra. Y más que tú, todavía, hablaré yo, juntas las dos cotorras, conversaciones de mujeres. ¡Eso son chats y no la mierda de hoy en día, digital! ¡Nosotras inventamos los chats y ahora los tíos que se empalman mal medio nos copian! Estas cosas que Nekane decía — todas juntas las dijo el primer día— siguió diciéndolas, como consignas, como ensalmos, a lo largo de todos los años de su amistad con Elena. Venían a ser

como mantras. Núcleos duros de su manera de ser, de su haber crecido en un hogar *maketo* de Sodupe. Núcleo duro del culazo y las tetas y ser fea y simpática. Lo que ahora Elena le ha contado le parece escandaloso a Nekane Carrasco: está por un tío 30 años mayor que ella. En el imaginario de Nekane Carrasco esto es verosímil. No es sensato, no acabará bien, pero ella luchará por esto, signifique «luchar» lo que sea. Ser Nekane Carrasco y de Sodupe, eso es luchar aunque nadie sepamos lo que significa eso que tanto significa. Nekane Carrasco había hecho filología inglesa, no por Shakespeare, Dios no lo permita, sino por el inglés. Para aprender inglés perfectamente. No obstante, no tener a William Shakespeare en alta estima, recordaba esto: «*We are such stuff as dreams are made on.*» Y cada vez que hablaba con Elena tenía la sensación de que esta frase se verificaba, se plenificaba, cobraba todo su sentido. Una vez más ahora al contarle Elena lo incontable de su relación con Román y sus remordimientos al ser obvio que Román y Eugenio eran incompatibles dentro de un mismo corazón, Nekane se había sentido cerca del acontecer. En los tiempos en que el acontecer era aún visible —por usar la frase de un poeta que Nekane desconoce—. Lo que Elena ha contado es desconcertante para la propia Elena aunque —a fuer de posmoderna y feminista— casi no lo sea para Nekane Carrasco: que lleva un tiempo viéndose con Román. En casa de Román y en otros sitios, en el Campo del Moro. No ha pasado nada. Los dos han acordado que se ven por verse los días que Elena libra, que justo son los días que está de guardia Eugenio. Ninguno de los dos ha hablado de amor —eso hubiera sido una inmensa vulgaridad—, ni siquiera se han rozado, acariciarse incluso ligerísimamente, disimuladamente, hubiera sido una vulgaridad aún mayor. Elena está viviendo estos días un éxtasis de infinita pureza. Solo quiere hablar de eso. De la intensa pureza. Que el discurso de la pureza se enuncie ahora en el imaginario de Elena es sin embargo, a juicio de la propia Elena, monstruoso. Se siente deforme. Se siente fecundada por el pene deforme de un animal análogo al hombre, un babuino.

Posesa por su desviación que no comprende. Ensimismada en la penumbra de la curiosidad de sus deseos de abrazar a Román y saqueada, cada vez que lo desea, por la violenta censura de lo que la propia Elena denomina su mejor yo. Ha leído Elena en algún sitio —o quizá lo habló con Eugenio hace tiempo, en el tiempo en que hablar con Eugenio era cálido y maravilloso — que lo peculiar de la pureza estriba en que no puede ser pretendida ni realizada. Se la puede perder cuando se la tiene, pero no ganar cuando no se la

tiene. El malestar de Elena ahora hablando con Nekane Carrasco, tan cómica, tan fiel, tan, probablemente, ignorante de lo que sucede, es intenso como un dolor artrósico, es un malestar óseo. Lo que está contando es que se ha vuelto a enamorar de Román y que vive este amor, este reenamoramiento, con una sensación de intensa pureza: por eso se pasean —cree Elena— por el Campo del Moro sin rozarse. Pero Elena sabe, por las cosas que leyó en tiempos con Román y no hace tanto tiempo con el propio Eugenio, que la pureza es un estado originario del carácter anterior al conflicto, anterior a la *vida* propiamente dicha, anterior a la experiencia y a la culpa. Elena sabe que ese no es su caso. Y sabe que al emperrarse en que este amor sea puro, se emperra en la mala fe. Y Elena sabe que consentir hablar de todo esto con Nekane Carrasco es engañarse a sí misma. Pero está enamorada. Nunca estuvo enamorada. Esta es la primera vez que está enamorada. Está enamorada de un hombre muchísimo más viejo que ella, un fracasado, un ángel caído, un ángel viejo. El ángel joven podría haber sido Eugenio. Román es un ángel viejo inmovilizado, el ángel de la muerte. Elena está enamorada del ángel de la muerte. Estas palabras —Elena reconoce— no expresan la intensa sensación de pureza de sus paseos por el Campo del Moro con Román los días que libra, los días que Eugenio está de guardia.

—Soy un monstruo, Nekane, soy un animal insensato y merezco la muerte.

—Eres imbécil pero no eres un monstruo —declara Nekane, y enciende su pitillo número mil en la cafetería de la plaza de Picasso, sombreada por la Torre Picasso en el Madrid insustancial de la crisis del PSOE y los ejecutivos agresivos.

Se puede ser inmóvil y activo. Eso es Román ahora. Eso fue Román siempre. La referencia al primer motor inmóvil aristotélico sería aquí inadecuada —sería pedante—. Pero es pertinente en una línea narrativa alejada de la ciencia estricta y rigurosa, inmersa en la inconsciente sabiduría analógica de los hombres de letras de la edad de Román. Aún Román producía acción en quienes hablaban con él, no obstante hallarse él mismo desangelado e inmovilizado. Esto para Elena era un misterio que le hubiera gustado poder discutir con Eugenio. Pero toda discusión auténtica con Eugenio queda ahora fuera de lugar. Todo queda fuera de lugar ahora. La infidelidad lo vuelve ahora todo equívoco e inauténtico, desunido. Más valdría morir pero, ¿quién desea morir cuando está tan enamorado como Elena? El efecto de reactivar el amor de Román ha sido desbaratarlo todo. Todo lo que era inteligible, discutible, todos aquellos asuntos por los cuales uno podía pelearse, ganar o perder,

como quien apuesta por un caballo o un equipo de fútbol o un número de lotería en una porra en la oficina, ahora se habían nihilizado. Y había una vasta soledad embellecida por el inquieto corazón de Elena en el Campo del Moro, cuyas densas arboledas representaban la verdeante luz de lo que pudo haber habido, de lo que pudo ser y que no fue. Eso era Román: de ahí venía, de esa punzante nihilización procedía, el deseo de estar con él y traicionar a Eugenio (nadie en sus cabales, ningún bien nacido, hombre o mujer, tenía derecho a traicionar a Eugenio: serle fiel era un límite absoluto. Y Elena ahora lo había roto. Elena, como diría Nekane, la había cagado).

Entró en este devaneo por pura casualidad y solo por salvar a Eugenio de mayores males. Por eso llamó por teléfono a Román —hacía ya un año o quizá más— y le dijo que midiera sus palabras, que midiera los efectos que sus terribles palabras causaban en ingenuos como Eugenio. Y Román le dijo: ¿por qué, Elena, no vienes y lo hablamos? No estoy entendiendo lo que dices. Y me rayas. Me rayas porque me acusas de haber hecho un daño a Eugenio que ciertamente yo no quise hacerle. Solo un malnacido querría dañar a Eugenio. ¿Por qué no nos vemos y lo hablamos todo, Elena? Siendo tú, tan como eres, terapéutica, mismamente yo necesito una terapia ahora. Aja, ven a verme y hablaremos de Eugenio y repondremos lo que se haya gastado, ennobleceremos lo infecto y desdeñable, brillantaremos lo gastado, equilibraremos lo salado y lo dulce, Elena, nosotros dos, tú y yo, que somos equilibristas viejos, inmovilizados por el tiempo y al mismo tiempo florecidos en este burdo tiempo democrático y sin héroes. Y Elena, por teléfono, perturbada, dijo: me siento tan desventurada y desdichada, Román, no sé por qué. Eso es porque le adoras, dijo Román, adoras a Eugenio y eso te perturba, mi vida, porque ninguna adoración ha alcanzado nunca el absoluto cumplimiento. Te torturas porque, por más que le des, no puedes darle el absoluto. Así que ven a verme. Que lo hablemos, será casi lo mismo que el hacerlo pero sin ese punto cutre que el hacerlo tiene de joderlo. ¿Te acuerdas de cómo es correrse, Elena? Tan inferior y tan final, al fin y al cabo. Produce náuseas. Compara correrse con no correrse. Ser amado con no serlo. Ven a verme y lo hablamos, todo esto. Si lo hablamos lo aclaramos, digo yo. Tal vez no lo aclaremos, pero al menos habremos sido muy muy elocuentes como fuimos siempre. Lo nuestro es la elocuencia, la viva voz, Elena. El movimiento continuado de la conciencia hacia sí misma, verbalmente entregada a la delicia del cuerpo que se muestra y que se oculta debajo de las faldas de cualquier camilla. El primer día que libres me llamas por teléfono y

quedamos. Esto fue el principio del fin como suele decirse. El mal es así, insono-rizado y leve como un beso. Recuerdo —pensó Elena— haber besado a un chico a quien deseé besar durante todo un curso y cuando le besé, sus labios verdeaban torneados y la lengua torneada era como una mano diestra que me equilibraba el paladar. Yo dije: tampoco es para tanto.

Dado que Elena no se entiende a sí misma y dado que el lector tampoco entiende esta novela, haremos lo posible por esclarecer las dos partes. Pero no puede ser esclarecido el último tramo, al final no hay claridad posible. Lo último es un gemido incomprensible dentro del cual no cabe Dios, mas caben todos los sentimientos que expresamos día tras día y fueron desdeñados. Todo lo que fue malbaratado cabe en la muerte, no faltaba más. La nada está repleta de insensatos. Al pensar en su nueva relación con Román —llevan viéndose, sin saberlo Eugenio, un año largo— a ratos se abandona Elena al dramatismo. Pero otras veces, como ahora, se le disuelve todo en la ironía. Siempre que habla con Nekane —que no es nunca irónica y cuyo sentido del humor es muy limitado— le parece que bien podía tomarlo todo a broma. Es un alivio momentáneo tararear ahora: «Si tú me dices ven, todo cambiará, / si tú me dices ven, habrá felicidad». Recordar la canción, entrecruzándose con su propio caso, después de hablar del asunto con Nekane, la hace sonreír.

Elena se encuentra ahora al final de la calle Tutor, casi esquina con la plaza de los Cubos. Ha quedado con Eugenio para ver en los cines de Princesa, 3 una película en la sesión de las 10.30. Al cabo de un año, la relación furtiva con Román —a pesar de no ser nada y no haber llegado a nada — la ha embarrado. ¿Por qué es furtiva si no es nada? Si lo que hablan o hacen pudiera ser examinado por cualquiera, y en concreto por Eugenio, sin encontrar en ello nada raro, ¿por qué la relación, entonces, es furtiva? Que no se diga —se dice Elena, deteniéndose un momento en la esquina de Tutor con Rey Francisco— que es furtiva para que pueda ser más divertida. No es así.

Es furtiva porque **lo** que entre nosotros pasano puede ser aireado sin destruirse. Si se airea, cambia de signo. Luego no puede airearse, luego es furtiva porque es secreta y es secreta porque es impura. ¿Cómo puede ser impuro algo tan repleto de pureza y entusiasmo como esto? ¿No es puro este impulso amoroso, este impulso que me arrastra a encontrarme con Román de vez en cuando y a contemplar con gran deleite su huesudo rostro de hombre guapo y canoso, delgado como un ángel que en su día fue cobrizo y moreno, casi agitanado?

Que tu ojo sea sencillo. Elena piensa que si en esto ve adulterio, verá

adulterio en el pensar, en el desear, en el coquetear. Se adulterará el mundo si su ojo no es sencillo. Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios, ahora Elena se siente limpia de corazón, ahora ve a Dios, ahora no ve a Dios. Ahora recuerda lo esencial de un texto sobre la pureza de la *Ética* de Hartmann: «Los extremos no se dan en la vida moral ni tampoco de modo actual. El *ethos* humano se mueve en la larga escala de los niveles intermedios». Cuanto más profunda, sin embargo, la consciencia de la culpa, tanto más elevada la valoración de la pureza. He aquí a Elena. Detenida todavía en el cruce de Tutor con Rey Francisco. Inmersa en su desolación y en su culpa. No puede dejar de pensar ni en Eugenio (a quien dejará por más que no le deje) ni en Román (por quien todo dejará, por más que nada deje). Todo lo que Elena recuerda, que es igual o muy parecido a todo lo que Eugenio recuerda, y que son los fraseos e impulsos de la plenitud de la juventud estudiosa y entusiasta de los dos, todas las cosas que hablaron con Román y que les hicieron decir «así seremos», y que les hicieron elegir carreras duras y esforzadas como la traumatología, que se absorbe en el horrible dolor concreto de la osamenta de los seres humanos, todo lo que les hizo amarse, ahora se le escapa a Elena y se le invierte y convierte en verdadero amor, auténtico amor por Román. Un deseo que sintió siempre, desde muy joven, y que cuando conoció a Román, un hombre ya de edad, tan alto y distinguido, le hizo sentirse cerca del latido del corazón del mundo.

El inactual

Cuando Héctor llamó por teléfono Román sintió una sensación de incordio y una leve sensación de curiosidad. El incordio era que Román detestaba las entrevistas periodísticas y detestaba en general las relaciones con los medios de comunicación, que nunca había entendido. En esto era Román claramente preconstitucional también. También le confundió el acento andaluz del joven que llamaba. Y sobre todo le confundía lo inesperado de la llamada, el surgir de sopetón sin fundamento, sin que Román hubiese hecho ningún gesto público que justificase una entrevista pública: era un simple jubilado a estas alturas. Como una voz de un mundo que él, Román, nunca había frecuentado, como si se le ofreciera participar en una tertulia televisada. Y también le sorprendió el descaro del joven, que le dijo que tenía intención de incluirle en un semanario digital, en una serie titulada *Los inactuales*. Román había preguntado qué entiende usted por inactual. Y este personaje, este Héctor, había dicho: un inactual es un personaje que tuvo relevancia cultural, educativa o política y que la ha perdido un poco ya. Alguien que está en el *day after*. La expresión «*day after*» pronunciada con acento andaluz irritó a Román. Pero a la vez fue el origen de una cierta curiosidad por el entrevistador más que por la entrevista misma. Le preguntó si su entrevista iba a ser un *revival* y si creía que él, Román, necesitaba de un *revival*. Y este personaje, este Héctor, repitió que lo que le interesaba era la cualidad de este estar ligeramente Román en su momento de declinación. Este modo pedante de decirlo fue el remate. Venga usted entonces a las seis de la tarde. Este fue el origen de la entrevista que a continuación se expone:

—A los sesenta y cinco se empieza a sentir miedo. Miedo a no ser capaz de seguir haciendo igual, o mejor, lo que lleva uno haciendo bien toda la vida.

—Habla usted en general, supongo. No es algo que le pase a usted.

—Me pasa a mí también. ¿Por qué no?

—Porque no lo parece. No parece usted atemorizado. Tiene usted un aire olímpico.

—¿Es eso un cumplido?

—No, no. Perdón. Si fuera un cumplido, sería un atrevimiento. Solo es una descripción.

—Entonces es un cumplido fino. Es usted un chico fino. Un periodista fino. Quizá taimado.

—Siento molestarle. No deseo molestarle. Llevo una hora aquí, por teléfono me dijo que una hora. Me ha interesado todo mucho. Me ha interesado todo tanto, que ha pasado ya una hora y no hemos empezado todavía.

—¡Hum! ¿Entonces quiere usted empezar ahora?

—Me encantaría.

—Empecemos, pues. ¿De qué quiere usted hablar?

- Acaba usted de decirme que a su edad se siente miedo. Me gustaría entender eso bien.

- Es fácil entenderlo. Se teme estar, sin darse cuenta, perdiendo facultades. Escribiendo peor, hablando peor, hilando peor. Uno no hila ya todo seguido. Los textos, los pensamientos, los sentimientos, se deshilan, antes incluso de decirse, antes de hacerse incluso. La facturación sentimental empieza a ser repetitiva, y uno es impreciso. Tiene algo que ver, aunque menos de lo que se cree, con el eros decreciente. ¡Me mira usted sorprendido! El eros masculino es poca cosa. Y decrece pronto. A diferencia del eros maternal, del eros femenino, que se incrementa con los años. Nosotros caemos en picado. ¿No lo ve usted, joven? ¿No me ve?

—No. Sinceramente no. Ese no es su caso.

—Es usted un joven petulante. Creído y petulante.

—Dicen que suelo ser muy perspicaz. —Y vano.

—Hábleme de su vejez. De su miedo a envejecer. Infundado, en mi opinión, pero, en fin, usted mismo.

—¡Hum! Sufro un cierto deterioro físico. Un poco como el rey. Menos pronunciado. Me he cuidado más, he tenido y tengo una vida más fácil. Solo es un año mayor que yo. Me fijo mucho en él. Una vez al año me inclino ante Su Majestad. Hablamos un rato. Aborrezco estar de pie. Aunque aguanto mucho tiempo de pie si hace falta, como el rey. Artrosis multiarticular, lo mío.

—Entonces, ¿su miedo es miedo a eso? Al deterioro, a la artrosis.

- Solo en parte. El verdadero miedo, la angustia, nunca se da toda a la vez. El terror de fondo es secreto. Es por partes. Tras la jubilación se adentra uno en lo invisible. El desamor de los demás. El desamor creciente hacia uno mismo, el tedio. El puro desamor que lo va convirtiendo a uno en un dejado, como las duras almas de Miguel de Molinos, un desocupado, un enajenado, un marginado, un depreciado, devaluado, un bobo. Sobradamente capaz aún, para mayor sarcasmo, de automoción y autarquía. Uno es a los sesenta y cinco aún

autoportante, joven. ¿Esto le hace gracia?

—Sí. Con franqueza. Me hace reír lo que usted dice de sí mismo. Es usted tan divertido. ¡No he conocido a nadie como usted!

—Hum.

La entrevista queda a medias. Entrevistador y entrevistado quedan en reunirse de nuevo la semana próxima. Al rebobinarla y oírla esa noche, Héctor, como quien se sienta encima de un hormiguero, se ha visto invadido por todos los comentarios, acotaciones, objeciones y reservas que no manifestó en el transcurso de la entrevista. Está sentado en su cuartito, con los auriculares puestos, vuelve a oírlo todo. El carraspeo de la reproducción mecánica, unido a las repeticiones y ruidos e interrupciones de toda conversación, dan ahora un revelado, una figura no del todo olímpica, que se mezcla en la conciencia de Héctor con su propia figura, su propia posición, como una voz más de la grabación, como si se superpusieran tres voces impuras. El resultado es un objeto jaspeado, nítidamente presente a la conciencia de

Héctor. ¿No es pretencioso compararse con el rey de España? Al escuchar la comparación en la reproducción mecánica, la voz suena recortada y envanecida, como la voz de un clérigo, como la entonación demasiado precisa de un clérigo. Pero la voz del entrevistador a su vez, la voz del propio Héctor, ¿no resulta servil, obsequiosa, taimada? La voz de alguien que disimulara sus verdaderas reacciones ante las palabras de alguien de mayor rango. Salió entusiasmado de la entrevista, y ahora, al volver a oírla, le resulta antipática. Esta colaboración irá a parar a una revista digital, a una sección que tiene asignada, *Los inactuales*. Se trata de capturar a personajes de la actualidad que han alcanzado ya su cénit y que ahora descienden o se difuminan o se hallan en situaciones limítrofes; o también a personajes de la edad del propio Héctor o algo mayores, que no han alcanzado todavía cénit ninguno, cuya trayectoria parece lastrada por dualidades insalvables o que implicarían actos drásticos de elección para realizarse del todo o unidimensionalmente. Individualidades que han alcanzado una cierta celebridad, cuyo momento ahora se diluye, e individualidades que se encaminan hacia la constitución de sí mismos, cuya trayectoria aparece aún muy confusa. Román sería un ejemplo de lo primero. El propio Héctor y algunos amigos de su edad, de lo segundo. El caso de Alex le parece ejemplar: a punto de terminar arquitectura, con un buen expediente, a punto de terminar el noveno curso de oboe, asambleario, odia comprometerse en una sola

dirección, pero comprometerse con dos o más de dos, ¿no es demasiado? Cualquier camino que se elija excluye otros igualmente sugestivos. Y todos ellos, cada cual por su parte, exigen un esfuerzo inmenso que se verá, o no, premiado al final con el éxito. Esto resulta imposible saberlo de antemano.

Ahora, al hacer memoria de su primera conversación telefónica con Román y al repasar con la ayuda de la grabadora la entrevista, se sorprende Héctor de que Román le recibiera, aceptara ser entrevistado con tanto descaro. En la grabación, los ruidos desfiguran los matices. Héctor piensa ahora que sus propias preguntas carecían de gracia. Y sin embargo, cuando las formulaba, las vivió como un galanteo.

El caso es que Héctor ha vuelto a llamarle y Román ha aceptado una segunda entrevista. Aquí ha funcionado el tedio, las tardes se le hacen interminables a Román, y la curiosidad. El aspecto de Héctor es muy llamativo, su físico.

Están otra vez frente a frente. Héctor se inclina con los codos en las rodillas hacia Román. Tiene una grabadora en marcha y un cuaderno de notas abierto que no usa. Acaba de preguntarle si cree que se puede vivir dentro del entusiasmo y delirio divinos del *Fedro* y del *Banquete* para siempre y si él, Román, vive así. Y Román le ha preguntado, a su vez, si se cree con derecho a preguntar esa pregunta en términos que no sean teóricos. Pero preguntada en términos teóricos carece casi de interés. Solo tiene interés en términos prácticos.

—Me sorprende que diga eso. Platón no lo creyó así.

—Cierto, Platón creía que era posible establecer un paralelismo estructural entre el deseo sexual y el deseo de la sabiduría. Pero yo no lo creo.

—Cree usted entonces en una cruda separación entre el deseo sexual y el amor a la sabiduría. ¿No ve ninguna correlación?

—No la veo en mí mismo.

—Parece usted cansado esta tarde, permítame el atrevimiento de decírselo.

La curiosidad de Héctor ha aumentado mucho esta tarde. Y la curiosidad que siente por Román se asemeja superficialmente a un deseo amoroso. Es vulgar curiosidad sin embargo. Reflejo de la vulgar curiosidad que Román siente por él. Román le observa desde el otro lado de la mesa. Román está aburrido. Lleva así mucho tiempo, años quizá. Por una, para él incompresible, circunstancia de su manera de ser, aún resulta atractivo entre gente mucho más joven que él. Ha estado siempre protegido por estudiantes más jóvenes que

deseaban escucharle, ayudarle, acompañarle a dar paseos. Román ha disfrutado de esa compañía como quien disfruta de un paisaje en una película, pasivamente. Sin verse arrastrado ni sentirse comprometido nunca por la vehemencia de gente más joven. Una vez más ahora con Héctor vuelve a sentir lo mismo: le distrae la charla, le hace gracia Héctor. Ahí acaba todo. A Héctor, por su parte, le está pareciendo ahora que Román disimula. Héctor no puede decir de sí mismo lo que decía de sí mismo Alcibíades: que estaba pagado de su belleza hasta extremos asombrosos. Pero sí es consciente de su atractivo físico. Eso le ha proporcionado siempre gran seguridad en sí mismo. Le ha parecido desde muy joven que era un don que tenía que aprender a manejar. Hubo un tiempo, cuando aún era un bachiller, en que el entusiasmo que provocaba su belleza le parecía risible. Sus amantes le parecían risibles. Más tarde se dio cuenta de que se comportaba cruelmente sin querer, con sus novias, con sus profesores. Tan pronto como se daba cuenta de que alguien le amaba o deseaba, Héctor pensaba que era un personaje ridículo. Las compañeras que se desvivían por besarle sufrían un desprestigio automático. Como si sentirse deseado revelase una inmensa torpeza, un defecto físico en quien le deseaba. Era tan satisfactorio rechazar las caricias, separarse bruscamente del amante, la verdadera mejilla de Héctor era la equívocidad del rechazo con que acogía todo deseo amoroso venido de fuera.

Todo este reconocimiento autobiográfico recorre a Héctor ahora como una bocanada de aire. Le hace sentirse inseguro y al borde de una gran aventura. Pero pocas cosas se parecen menos a una aventura que entrevistar por segunda vez a una celebridad menor, como Román, para una revista digital.

—¿A qué viene esta segunda entrevista? Vamos, por cierto, a tutearnos. Yo te llamaré por tu nombre, Héctor, tú me llamarás Román.

—Vale, Román. No sé a qué viene esta entrevista. Creí que lo sabía cuando te llamé por teléfono. He creído que lo sabía durante toda esta semana hasta hoy. Ahora veo que no sé a qué viene.

—¿Significa eso que ya no estás interesado?

—Significa lo contrario.

—No puedo creer que estés interesado en mí por mí mismo.

-Estoy interesado en ti por ti mismo.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Significa que estoy interesado en ti por ti mismo.

—Sé sincero, Héctor. Como lo fuiste por teléfono. Por teléfono dijiste la

verdad, que te interesábamos los inactuales, los, en cierto sentido, fracasados o acabados. Estar interesado en mí significa de hecho que estás interesado en un personaje menor que puedes construir o reconstruir a tu gusto. Eso no se puede hacer con Vargas Llosa. Eso no se puede hacer con Felipe González, pero puedes hacerlo conmigo. No se puede hacer con Fidel Castro. No se puede hacer con García Márquez, pero puedes hacerlo conmigo porque no doy ningún perfil o apenas perfil en la Wikipedia.

—¡Oh, por favor!

—Estamos alcanzando un mal punto de encuentro. Esto ya no es una entrevista.

—¿Puedo venir mañana a verte? ¿Podría venir a verte cualquier día?

—Tendrás que llamarme por teléfono.

—¿Puedo venir a verte sin llamar por teléfono?

—No, chico, no puedes.

—No tengo nada que ofrecer, nada que darte.

—Eres gracioso.

—Dicen que soy muy guapo.

—No, no es para tanto. Sabes de sobra que yo no he llegado a ningún sitio. Por eso te interesa esta entrevista, por eso te intereso yo, porque no he llegado

a ningún sitio.

—Estoy confuso. No puedo decirte la verdad, Román. Cualquier cosa que te diga ahora de mí mismo será una no-verdad.

—Barato. Ese es un recurso melodramático, estás perdiendo encanto.

—Pierdo aceite.

—Hum, no lo creo.

—No sé seguir.

—Entonces no has terminado tu entrevista, hemos perdido la tarde entera, la has perdido tú, sobre todo, no sabes quién soy. Tan no lo sabes que no aceptas lo que te digo yo de mí.

—Estoy confuso.

Héctor está de verdad confuso ahora, también está irritado. Le parece que Román está jugando con él, le parece un viejo insufrible. No tiene por qué aguantar a un viejo inaguantable. Todo lo que tiene que hacer es recoger su grabadora y despedirse cortésmente. Pero reconoce que no puede hacerlo. No ahora mismo. Se siente enganchado por un mecanismo deseante.

No se va porque desea continuar la relación con Román. Y Román lo

sabe. Los dos saben lo que el otro sabe. Ahora le entretiene la entrevista. Ahora que no es una entrevista le entretiene charlar con Héctor. Sin embargo, se da cuenta de que le ha dicho la verdad al reconocer que es una celebridad menor. No lo ha dicho con melancolía. No lo ha dicho con un sentimiento de inferioridad, o como un hombre deprimido dice cosas negativas de sí mismo. Pero sí es cierto que, a la vez que Héctor le hace sentirse reanimado —el chico tiene su gracia: su propia velocidad, su propio ritmo intelectual, además de encanto físico—, le hace sentirse desanimado y cansado y desgano.

La víctima

La relación ha ido deprisa. Entre finales de mayo y ahora, en noviembre, ha habido unos meses acelerados de habituación mutua. Román ha descubierto que Héctor tiene facilidad para acomodarse deprisa a nuevas situaciones, y Héctor ha descubierto que Román lleva muy mal la soledad. No está acostumbrado a estar solo, y cuando está solo se contrae, como una persona de edad que se sienta siempre en el mismo sillón, en el mismo ángulo de la habitación y permanece inmóvil, contraído, imposibilitado sin estarlo de hecho. Así que Héctor ha acabado por sentirse bienvenido y útil. Algunos fines de semana pasa la noche en un cuarto de arriba, separado del dormitorio más grande, de Román, por el cuarto de baño. Esos días Héctor tiene la sensación de estar de acampada en el enorme piso. Román le ha explicado que él tiene, como Heidegger según Sloterdijk, un horror a salir, «un furor del quedarse en casa». Héctor tiene la sensación de que aprende cosas con Román. Román mantiene, cuando está de humor, una conversación fluida, cultivada, repleta de citas, que unas veces Héctor entiende y otras no. Pero que constituyen un relleno, como el relleno —la armonía— en las piezas de música clásica de repertorio, cuyo objeto es, en parte, aumentar la sensación de continuidad entre melodía y melodía, entre las sucesivas prodigiosas ocurrencias narrativas musicales individuales, que por fuerza duran poco. Producir continuidad, que es tranquilizadora, por oposición a la discontinuidad intranquilizante e intensificante de las emociones. La armonía es antimoderna. Román mismo se volvió antimoderno en la última parte de su trayectoria pedagógica.

Héctor sintió de inmediato curiosidad por la trayectoria profesional de Román. Así fue como salió lo del furor heroico: como un relato de juventud de Román. Fue una larga tarde de sábado.

—¿Fuiste antifranquista tú, Román?

—No. No lo fui.

—Bien dicho. Ningún intelectual de tu calibre reconocería hoy semejante cosa. ¿Fuiste franquista entonces?

—No lo fui.

—¿Fuiste entonces apolítico?

—No fui apolítico, trabajé dentro del sistema educativo español de la época. Fui un hombre del sistema. Tuve, como es natural, opiniones políticas. Pero no fui un revolucionario.

—Ya, pero hubo una revolución en tus años de profesor universitario, la revolución de los estudiantes, en el 68, en el 70. Aparte de la lucha antifranquista hubo las luchas estudiantiles en Francia, en Estados Unidos, en Alemania... ¿Tomaste esas luchas en serio o te parecieron frívolas? ¿Tú crees que se daba un clima de innovación intelectual, de crítica, en la universidad franquista? ¿Había una atmósfera de libertad para los académicos, para los estudiantes? Te pregunto todo esto porque ahora vivimos una universidad átona, yo creo que como nunca en España. Y a veces tengo la impresión, por lo que oigo contar, de que la universidad franquista, incluso con independencia de las luchas políticas, fue más vibrante entonces. ¿Reconoces tú, Román, que el concepto de libertad implica la libertad de no producir nada útil, la libertad de equivocarse, la libertad de proponerse fines que nadie considera que tienen ningún valor? ¿Consideras que era válido el objetivo, aparente en Letras al menos de la universidad franquista, aquella torre de marfil, de buscar el conocimiento por sí mismo? Tú perteneces, creo yo, a aquellos académicos no comprometidos ni del todo con la revolución ni del todo con el régimen, académicos o tutores de filosofía que animaban a los estudiantes a buscar la sabiduría por la sabiduría. ¿No te avergüenzas un poco de tu pasado neutral?

—No fui neutral. Traté de ser un buen profesor de filosofía. Traté de parecerme, Héctor, al mejor profesor de historia de la filosofía que yo he conocido, Oswaldo Market. Con él aprendí lo del furor heroico. «Lo que exalta y diviniza al hombre es el furor heroico: El ímpetu racional por virtud del cual el hombre que ha conseguido el bien y lo bello, se desinteresa de lo que primeramente le tenía atado y no tiende a otra cosa más que a Dios.» Esto es Giordano Bruno, como sabes. Recuerdo a Oswaldo Market. Hace muchísimos años que no sé nada de él. Creo que expresaba aquel pertenecer y no pertenecer, estar y no estar, participar y no participar, enfrentarse y no enfrentarse al franquismo, y ser a la vez un excelso profesor de filosofía. Tuvo muchísima importancia para mí. Más incluso que Aranguren en un momento dado, sobre todo porque nos hizo trabajar a todo aquel curso en un proyecto colectivo de historia de la filosofía española. A mí me tocó el siglo XV español. Tuve que escribir cuarenta o sesenta folios, no recuerdo ya, acerca de Ramón Sabunde, y Fernando de Córdoba, que no es el Gran Capitán, sino un escolástico tardío que escribió un libro de lógica material titulado *De*

supositionibus dialecticis y que trata acerca de cómo las palabras hacen las veces de las cosas. Un asunto tedioso. El entusiasmo con que yo escribí mi parte del trabajo da idea de la grandeza pedagógica de aquel profesor Market de mi juventud. Nos hizo sentir que sin nosotros, no obstante los grandes esfuerzos de Menéndez Pelayo, la historia de la filosofía española quedaría sin contar palabra por palabra. No tenía cuando yo le conocí más grado académico que el de Ayudante de Cátedra. Y había auténtico furor heroico en aquellos listados de bibliografía que invariablemente precedían a la inmersión en Averroes o en Maimónides o en Avicena. *Leí Dinámica del saber* como quien lee la oración de la verdad filosófica contemporánea, el texto de los niveles analógicos de la verdad y del ser. Que el ser se dijese de muchísimas maneras y que el saber del ser funcionase en niveles analógicos de creciente complicación sistemática, eso fue una revelación a mis 19 años. Le debo eso, insigne, a Oswaldo Market. Recuerdo la emoción de ir a verle a su piso en ese barrio de Madrid cuyas callestienen todas nombres hispanoamericanos. La ventana de su diminuto despacho, atestado de libros, daba a la calle; era, creo, un sexto. Y abajo, trufada entre dos coches de la época, se veía la Isetta del profesor Market. Tenía un cartel que ponía «se vende» con el número de teléfono y me contó que la estrategia consistía en que el comprador llamase por teléfono y subiese al piso, porque Market confiaba en que aquel diminuto piso atestado de libros impresionaría al comprador y que le ayudaría a pagar con más facilidad lo que se pedía por la Isetta. En aquellos tiempos éramos ingenuos y pobres. Y a la vez, nuestra arrogancia intelectual era inmensa, nuestra grandeza intelectual. Por eso cuando alguien me pregunta cómo fue intelectualmente la vida durante el franquismo yo contesto: agobiante. Pero después recuerdo esto que acabo de contarte. El entusiasmo intelectual de entonces, de algunos.

- ¿Y si cambiáramos de tercio? ¿Estás tú de acuerdo, Román, con Roland Barthes, en que el ser amado es deseado porque otro u otros han mostrado al amante que su objeto es deseable?

—No, no estoy de acuerdo. Admito una cierta constitución social del objeto amoroso pero mantengo que, en última instancia, uno elige un objeto en función de su imposibilidad de elegir otro cualquiera. Uno elige el objeto destinado a ser elegido: la chica de enfrente. La elección de objeto es uno de los temas más vulgares de la psicología amorosa. Uno no puede evitar elegir el objeto dado: la libertad es una necesidad conocida.

—Tú me has contado que hubo un profesor tuyo que te inspiró el furor a

ti, la gana de estudiar filosofía. ¿Quieres que te cuente yo de un profesor mío que me enseñó a mí otro heroísmo, un furor erótico, valga la comparación?

—Bueno, me encantará oírlo.

—Yo era un chaval guapo. Mucho antes de saber que yo era yo, supe que yo era un chaval guapo y encontré a uno, como tú encontraste a Market, en el colegio concertado. Las niñas se ponían faldas grises plisadas por encima de las rodillas y jerséis morados con el escudo del colegio en el pecho incipiente y yo pensaba en las piernas de las niñas desde antes de la rodilla hasta el interior de la falda entrando adentro hasta dar con la braga transparente, e imaginaba el pelo de la braga aún incipiente, el pubis de la braga aún entretela, aún salvaje, las lolitas. Se llamaba el tipo don Bernardo.

Román se asusta al oír estas palabras y dice:

—Esto que quieres contarme no sé si me corresponde a mí escucharlo, mejor lo dejamos y mantenemos esta relación en el nivel en que venía, una relación agradable en la cual tú me hacías compañía y también yo a ti. Pero sin confidencias.

—Tengo que contarte esto. Es lo más importante de mi vida. Y a la vez ya es un recuerdo, no un poder activo en mí. O quizá sí lo sea aunque yo no me dé cuenta. Este tipo se llamaba don Bernardo. Parecía un buen tío. Y yo era un buen tío también. Un chaval guapo de trece. Yo no era maricón. No lo era entonces, no lo soy ahora. Lo que yo soy, tú no lo sabes. Yo mismo no lo sé. Don Bernardo tampoco lo sabía. Y la sofisticación expresiva de ahora es en honor a ti, Roman, no lo de entonces. Lo de entonces eran más bien el paladar y los labios siempre dulces de chuches. Era muy impulsivo, era muy fuerte y muy travieso. Deseo que te fijes en esto. A los trece era yo muy travieso. Era un niño tonto y travieso. Ahí sí, sin embargo, en ser travieso, me reconocía. Pero, sobre todo, en don Bernardo. Es muy posible que tú mismo, Román, no entiendas bien del todo a qué me refiero. Habría treinta o más años de diferencia entre los dos, así que no había duda de que era una relación paternofilial, tutorial, algo así, yo qué sé. Don Bernardo era hermoso, esto es importante. Es importante que fuese físicamente atractivo. ¿Sabes en qué pensaba yo? En cómo sería su picha y si era grande. En aquel tiempo en los retretes comparábamos las pichas, lo lejos que meaba cada cual y los tamaños. Esto era precarnal en mi opinión. ¿Crees que era precarnal, Román?

—No tengo la menor idea, Héctor

—Era más guapo que tú porque tú te has arrugado con los años y eres frío

y distante, como deben ser los mayores con la gente más joven. En cambio Bernardo había perdido conmigo la cabeza, era una sensación maravillosa eso: un ser arrebatado. Y me decía *Est deus in nobis*, Héctor, guapi. Bernardo decía que yo era el más brillante y el más triste y desolado, que yo era el más brillante de su vida y él era el más brillante y el más triste y desolado. Y que le daba miedo pensar lo loco que yo era, las locuras que haría: si vas y sales y te vas de aquí. Aquí estás bien, ¿por qué te quieres ir? Román, yo he visto la concupiscencia de los ojos en sus ojos y la gran renuncia ascética al amor. Era todo tan simple y fascinante, yo no me quería ir a ningún sitio y se lo dije y se le saltaban las lágrimas y yo le preguntaba por qué lloras y él decía: lloro porque te quieres ir y no te veré más.

Y yo decía no me voy a ir, siempre voy a estar aquí contigo. Era muy dulce ser amado, Román. Yo nunca olvidaré lo mucho que me amaba y me quería y me acariciaba y me besaba y me quería y yo a él. Yo también le quería y le amaba y le acariciaba y le besaba.

Y recuerdo que dijo de repente *credo quia pulchrum est, credo quia absurdum est*, que no sé qué significa en el contexto, aún no lo sé. Así que ahora ya tú sabes lo que me pasó, lo importante que fue, lo mucho que me gustó aquello. El furor heroico mío lo tuve por Bernardo y quizá aún lo tengo.

Román se asusta, todavía inmóvil, incapaz de sustanciar su rechazo por lo que acaba de oír.

El héroe destensado

Por suerte —piensa Elena— nadie me ama. Está sentada en su consulta del hospital. Tiene delante un hombre de la edad de Román, algo más grueso quizá. Elena tiene en la mano la resonancia magnética de su rodilla derecha. Ha tratado de explicar a su paciente —que viene por Sanitas— el resultado de su resonancia. Elena sonríe, comprendiendo que la conclusión del departamento de radiodiagnóstico por imagen puede asustar a cualquiera: meniscopatía degenerativa en cuerno posterior de menisco interno y externo, con marcados signos de gonartrosis en ambos compartimentos femorotibiales. Condropa-tía rotuliana grado cuatro.

—No está usted del todo mal. Si no quiere, no tiene que operarse todavía. Yo le aconsejaría esperar y seguir con este tratamiento que hemos iniciado: alternando Condrosan y Glufan.

—La verdad, doctora, es que prefiero no operarme.

Elena es una médico muy vocacional en sus horas de consulta. Con frecuencia dedica a sus pacientes más del doble de los diez minutos que suelen calcularse por paciente. Este caso de hoy es característico.

Aparte de parecerse a Román, este hombre de unos setenta años, de mirada tan inteligente, se merece una atención más detenida. Quiere saber por qué el ligamento cruzado posterior de su rodilla derecha no tiene alteraciones. En cambio —lee en su informe—, el ligamento cruzado anterior se observa de forma discontinua, engrosado y con alteración de la señal en todas las secuencias. Hallazgos compatibles con edema y rotura fibrilar extensa. Elena se ha servido de las placas de la rodilla del paciente para hacerle ver qué es lo que le pasa. Elena se da cuenta enseguida de que hablar con ella tranquiliza a su paciente, que vuelve a repetir ahora: algunos días las punzadas son muy fuertes, la rigidez muy pronunciada, cojeo mucho al andar. Otros días, en cambio, casi puedo ir a mi paso normal de toda la vida. Casi sin dolores, sin cojear apenas. El agradable rostro moreno y largo de este paciente refleja ahora el bienestar que da —como Elena sabe de sobra— una relación médico-paciente satisfactoria. Por suerte —vuelve a pensar Elena mientras da la mano a su paciente—, nadie me ama. Tiene unos minutos de reposo entre paciente y paciente y piensa: he amado y amo muchísimo a Eugenio. Amo muchísimo a Román ahora, aunque con menos facilidad, con más sentimiento de culpa que

al principio, pero ninguno de los dos, por suerte, me ama a mí tanto como yo les amo. Estoy a salvo. No hay nada peor —Elena prosigue con su rumia— que saberse amado y a la vez sentirse incapaz de amar a quien nos ama. Si nos constara que se nos ama sin reservas, con la ingenuidad con que según dicen aman las madres o los niños, si nos constara que somos amados de ese modo (Elena tiene un día repetitivo y obsesivo, por suerte sus duras horas de hospital no le dejarán mucho tiempo para sí misma), el sentimiento de culpa sería tan intenso que no podría soportarlo nadie, yo no podría soportarlo.

Entra la enfermera con el listado de las visitas para lo que queda de tarde. Eugenio, enmarcado en la puerta que la enfermera ha dejado abierta, entra un momento a saludar. Está anocheciendo ya. La próxima visita es una joven con una cadera desencajada tras un accidente de moto. Es una paciente que comparten Eugenio y Elena. Antes de atenderla, Elena solo tiene tiempo de echar un vistazo a través del cristal al jardín que rodea el edificio, a los coches aparcados en el aparcamiento que queda al fondo del jardín a la izquierda. Antes de que Elena se dejara atrapar por este asunto de Román, este secreto, las tardes así, invernales, cuando quedaban muy pocas horas ya de hospital o de guardia y se reunía con Eugenio para volver juntos a Madrid, eran tardes felices. La intensa autorreprobación que Elena ahora siente emborrona toda complacencia, toda auto-complacencia, toda posibilidad incluso de disfrutar ejerciendo su profesión lo que le queda de tarde y cenar después y ver un programa de televisión con Eugenio. La autorreprobación es un sumidero vertiginoso. Elena se vuelve bruscamente hacia su joven paciente, que tiene una expresión contraída y que ha logrado con dificultad instalarse en la silla con ayuda de sus dos muletas.

El amor de Elena no imprime en el corazón de Román ardor ninguno, solo una sensación floja de estar transgrediendo una ley no escrita, la del respeto por la pareja de un amigo. Ni Elena ni Eugenio plantean ya a Román preguntas muy radicales: le tratan un poco como se trata a un padre. No se le cuestiona ya, se le da en cierto modo por acabado o por gloriosamente realizado. No se tiene la sensación con un padre de que quede algo pendiente, todo está ya hecho. Y sin embargo Elena ha vuelto a enredarse en su afecto. Pero el Román de ahora, el jubilado, se ha fragilizado al perder su relación con la enseñanza: antes escribía muy poco pero en cambio tenía una intensa comunicación oral con sus alumnos: se reflejaba en ellos. Se le podía amar a distancia o incluso acercarse a él sin problemas. Era una figura en acción, un proyecto en desarrollo. Pero ahora Román está estancado y relacionarse con él es, sin que

Elena lo vea ahora con toda claridad, tóxico. La última vez que ha estado con Román ha descubierto que todo el atractivo de su relación con él consiste en que no hacen el amor: este estado de suspensión del deseo sexual es la única forma que la sexualidad y la ternura tiene entre los dos. Pero este a su vez cohibe a Elena. Todo lo relativo a Román, por ejemplo el deseo de reanimarle o hacerle sentir vivo de nuevo es un papel posible que a Elena le gustaría jugar pero que no le corresponde del todo. Román la hace sentir adolescente de nuevo, joven otra vez, veinteañera otra vez en el peor sentido de la palabra: indecisa, anhelante, cohibida, frustrada. Y encima a todo eso se añade el sentimiento de que está siendo infiel a Eugenio y que se está degradando un poco a sí misma, rebajándose un poco: es evidente que Román no la quiere: no la desea físicamente, le gusta su compañía. Pero su compañía no le trastorna y excita como cuando estamos físicamente interesados por una persona. El interés físico puede ser todo lo trivial y pasajero que se quiera. Pero es intensísimo. Es un gran arrebató que moviliza los lados más desactivados del alma. Hace ya años que Román no habla de filosofía o de la vida contemporánea como cuando Eugenio y ella eran aún estudiantes de medicina. Daba la impresión entonces de que ardía en Román una llama que se alimentaba desde sí misma, una inspiración pedagógica, una gana de persuadir, de dejarse persuadir, descubrir las nuevas corrientes juveniles, leer los nuevos libros. Leer los periódicos. Una característica pasiva de Román —que ha sorprendido tanto a Elena como a Eugenio— es su actual desinterés por el mundo digital. No es solo que no use el ordenador personal —posee uno, un último modelo, y lo usa para recibir o enviar correos— sino que está apegado al almacenaje libresco del saber. Le gustan los libros aunque ahora apenas lee. Da la impresión de no ser capaz de reconocer las ideas cuando se manifiestan en esa fulguración instantánea que tienen en las pantallas de Internet. No le gusta leer en Internet, ni siquiera los periódicos. Curiosamente al no utilizar apenas Internet, Román se ha instalado, ya desde antes de su jubilación, pero sobre todo ahora, en un momento, premoderno, preactual por definición. Cuando Román le contó a Elena que la sección que llevaba Héctor se titulaba *Los inactuales* Elena pensó que realmente el chico había dado, de pura chiripa, con el *quid* de lo que Román es en el fondo: un inactual. En una ocasión Elena discutió con Eugenio acerca del miedo que Román parecía sentir a competir con los demás. Una parte de su negativa a publicar más asiduamente tiene que deberse —mantuvo Elena en aquella ocasión— a que los contemporáneos de Román están escribiendo mucho estos últimos años.

Incluso, copiándose o interfiriéndose los unos con los otros con mucha frecuencia. Sus libros dan la impresión, en ocasiones, de ser antologías temáticas más o menos bien organizadas. Eugenio y Elena han comentado en ocasiones, desde esa plataforma un poco especial que les confiere su profesión médica, que la cultura ensayística actual en España da la impresión de ser un caladero o vivero cerrado o solo abierto de tiempo en tiempo por uno de sus lados: todos los ensayistas, editorialistas, analistas, formadores de opinión dan la impresión de repetirse unos a otros y de servirse de un limitado campo semántico de opiniones que giran y giran, unas en torno a otras, y todas ellas en torno a la actualidad, sin avanzar nunca.

Elena y Eugenio han dado a veces vueltas a esta situación generalizada española, quizá mundial, sin atreverse a ir muy lejos en su diagnóstico. Para ellos, Román representó y aún representa todo el saber humanístico, toda la energía filosófica que ellos han entendido. Elena, sin embargo, a raíz de su triste reenamoramiento de Román (que no ha conllevado un encantamiento correspondiente sino solo un apego juvenil que se quedó y no se fue, y que es en parte tóxico) ha vuelto a preguntarse si no será que el empequeñecido ambiente intelectual de la universidad española en la democracia ha incapacitado también a Román para sentirse a gusto consigo mismo, con su sabiduría humanística, alejado de sí mismo por contagio con el alejamiento de toda la sociedad española de los proyectos pedagógicos exaltados y severos que Román conoció en su juventud como estudiante y que practicó después como profesor de filosofía en la universidad española.

El arrepentido

Al abrir la puerta, Román se encontró con los dos. Casi hombro con hombro los dos frente a Román en el estrecho descansillo. Los descansillos de estos inmuebles son estrechos: abierta del todo la verja del ascensor —que se abre hacia fuera— es imposible cruzar de puerta a puerta. Este descansillo viene a ser un rectángulo de unos cuatro metros de longitud entre los dos tramos de escalera. Ahora este pasillo, siempre algo sombrío, unificaba las dos figuras inmóviles. La expectante expresión de ambos fue lo que más desconcertó a Román en ese instante. El acompañante de Héctor era un hombre de la edad de Román. De la estatura de Román, desaseado, flácido, con una pequeña tripa cervecera y un jersey verdoso de cuello en pico que recordaba los jerséis hechos en casa. Tenía una frente alta, calva y enrojecida, como de alguien que ha tomado demasiado el sol un día de primavera. Una aureola de rizos canosos aureolaba el redondeado cráneo y la frente un poco abombada. Grandes, pesados párpados sobre unos hermosos ojos pardos con ojeras. Una de esas caras querubínicas que recordarían, de joven, los rostros de los apolos de pinturas del dieciocho. Exhibía una expresión como de avidez en sus gruesos labios sonrosados, unos labios —pensó Román— cómicamente jóvenes aún, todavía sensuales.

—Román, este es Bernardo, don Bernardo. Ha insistido mucho en verte. Pensé que...

—Bueno. No os quedéis ahí, pasad adentro.

—¡Vaya con la chocita, eh Román, que tiene usted aquí hasta un dúplex!

A Román le molestó el tono confianzudo del desconocido y comentó secamente:

—Son dos pisos, en efecto, unidos por una escalera, como puede verse.

El desconocido, que había precedido a Héctor, y que se hallaba ya en el gran despacho de Román, declaró:

—Me he permitido señalar, Román, que esto es un dúplex, porque me ha llamado expresamente la atención. Héctor, que habla muchísimo de usted, no me había preparado para esto, esta *sobria ebrietas* de lujo inmobiliario. Un señor piso, sí señor.

El comienzo de esta escena se desarrolla con un cierto automatismo:

Román se instala en su sillón habitual, a un lado de su gran mesa de despacho, el desconocido se sienta en la silla de enfrente y Héctor acerca una silla idéntica a la del desconocido. Viéndoles sentados juntos frente a él, Román ha tenido la fugaz impresión de ser un tutor que recibe al padre de su mejor alumno a fin de curso con objeto de darle cuenta de los resultados del curso que acaba de terminarse. Don Bernardo contempla alternativamente, un poco ladeada la cabeza, a Román y a Héctor, como lo haría un buen padre o un bondadoso tío o un hermano de mucha más edad. Héctor ha intercalado hace un momento:

—Acabamos de encontrarnos Bernardo y yo en la bocacalle, y como yo venía aquí, Bernardo dijo que tendría mucho interés en saludarte...

—Así es, desde luego —confirma don Bernardo.

—Pues muy bien, Bernardo, encantado de conocerle a usted. Héctor me ha hablado de usted.

—Espero que bien, como suele decirse —declara Bernardo, entrecerrando sus grandes ojos pardos.

Román observa fascinado estos hermosos párpados momentáneamente entrecerrados, que parecen proporcionar al semblante de don Bernardo un gran reposo. A la vez, Román no puede evitar pensar que Bernardo, don Bernardo, es, o ha sido, un pederasta, que mantuvo con Héctor una promiscuidad ilegal entre los trece y los dieciséis años. Es chocante que el que fuera en aquel entonces un menor sea ahora Héctor, que acaba de presentarse en su casa con don Bernardo como con un buen amigo. De repente a Román se le pasa por la cabeza la idea de haberse engañado con Héctor o de estar siendo engañado ahora mismo. El sentimiento de familiaridad que ha tenido estos meses atrás con Héctor quizá sea un ilusorio espejismo de su aburrimiento. Por un instante tiene la impresión de que Héctor se ha guiado siempre por un propósito oculto. Quizá hacer esto que está haciendo en este instante: presentarse en casa de Román con este impresentable posthippie. Bernardo es muy locuaz. Y de la misma manera que Bernardo proporciona un descanso facial a su rostro cerrando periódicamente los ojos, así también Román descansa periódicamente de la charla de Bernardo cerrando la intención de escuchar lo que dice. A don Bernardo no parece importarle que su interlocutor solo responda con monosílabos o no responda nada. A cambio de no escucharle, Román observa con atención los grandes ojos sensitivos y soñadores de Bernardo, que suavemente van de un lado a otro: del conjunto de la habitación al rostro de Román, del rostro de Román al de Héctor, del rostro

de Héctor a un pisapapeles de cristal con la efigie de Kant en yeso blanco incrustada dentro que Román tiene sobre la mesa. Y de ahí otra vez al rostro de Román, al de Héctor, al conjunto de la habitación, como el vaivén de lentos abanicos abúlicos de un cuarto moruno. Vista la escena desde fuera, un espectador hubiera tenido quizá duda acerca de cuál de los dos personajes centrales impacientaba más al otro. A simple vista, el menos comfortable parece Román, que se muestra distraído y sin del todo apoyar la espalda en el respaldo de su butaca. O más bien al revés: quizá fuese Bernardo, no obstante su visible sociabilidad, quien deseaba levantarse e irse, cosa que no dejaba ver por la consideración que le merecían Román y el propio Héctor, quien — por su parte— en todo este intercambio daba la impresión de sentirse cohibido pero a gusto, como un jovencillo acompañado de su padre que ha venido a ver a su tutor y que sabe guardar respetuosamente las distancias y el respeto debido a sus mayores. Una agradable sensación de eternidad y de filia, como un arabesco, presidía aquella improvisada reunión a tres.

—Sospecho, Román, que no se está sintiendo usted del todo cómodo conmigo. ¿A que es así? De su manera de ser, tan admirablemente sobria y reservada, tengo noticia por Héctor.

—¡Ah!

—Pero entonces, ¿cómo es que usted no ha tenido apenas noticia mía en estos meses?

—Sé quién es usted. Héctor me ha contado más o menos cómo se conocieron: las circunstancias en que ustedes dos se conocieron.

—Sí, pero me temo que Héctor ahí se detuvo. En ese ahí, pasado, que es de culpa, que es de vituperio, que es (para decirlo con toda claridad) odioso. Yo mismo declaro mi pasado odioso y creo, sin temor a equivocarme mucho, que a fuer de persona leal, del bien nacido que es, Héctor ha preferido omitir las secuelas, en esto (debo decir) confundiéndose, esto debo reprochárselo, porque Héctor sabe lo mucho que he cambiado. Sepa usted, Román, que yo ya no estoy en la enseñanza.

—No. No sé nada en absoluto.

—Debo decir, Román —prorrumpió de pronto don Bernardo (había habido una pausa seca tras la última frase de Román. Héctor había cambiado un par de veces de postura en su silla, Román se había atiesado más aún. Solo Bernardo se movía a sus anchas en su asiento, sin moverse, pero imprimiendo a todo el cuerpo un como vibrato procedente tal vez de balancear ligeramente el pie derecho: tenía cruzada la pierna derecha sobre la izquierda y ambas

manos cruzadas sobre la barriguita cervecera, con el aire de quien de pronto hará girar un pulgar sobre el otro a imagen de un minirretorno de lo mismo)—, debo, Román, reconocer que no esperaba menos de usted, ni más ni menos. No esperaba que se sorprendiese usted de verme así de pronto. Es más, tenía la íntima seguridad de que no se sorprendería usted en modo alguno al ser capaz de comprender la totalidad a partir de un solo dato, de un solo indicio, de un solo elemento de la situación. En esto hay que dar la razón inmortalmente al gran vitalista francés, primo de Marcel Proust por parte de madre, este Bergson es un tuno, que decía don Antonio Machado en su célebre: «Libros nuevos. Abro uno de Unamuno... este Bergson es un tuno...». Me miras, Héctor, pensando que estoy perdiendo un poco el hilo. Y no lo estoy. Estoy pretendiendo hacerme cargo verbalmente. Todo sucede verbalmente, claro está. Todo lo sucedido, sobre todo, solo sigue sucediendo verbalmente. Esto es claro. Pues bien, yo no esperaba que Román se sorprendiese al, repentinamente, vernos juntos en la boca de la cueva de su casa. No solo confiaba en que no se sorprendiese. Estaba seguro de que no se sorprendería lo más mínimo porque, por lo poco que tú me habías contado que le habías contado, yo contaba con que Román conocería la totalidad, la verdad, lo verdadero, el todo. Y fue como un chispazo impresionante, como una grappa blanca que de pronto explota inmaculada en el paladar y la garganta y dice: todo lo que hay, todo lo sé.

—Lo que más me sorprende de usted, francamente se lo digo, es su facundia. A ratos me he ausentado mentalmente desprestándole atención, y cuando he vuelto a prestársela ahí seguía usted verbalmente instalado en su yo y su circunstancia junto con Héctor, su sobrino-hijo-pupilo, que, eso **sí**, Héctor **sí** que me ha sorprendido como una grappa blanca en el gástrico, por usar su distinguida expresión.

—Ah, la ironía, el ironizar... Nuestros dos nuestros, nuestros dos, nuestros tres: Sócrates, Santo Tomás, Kierkegaard. Ironizar es verdadear e ironizar es mentir. Esta es la señal que yo esperaba, Román. El *ready, steady, go* de la vida espiritual que entre los tres puede hoy reinstaurarse y darse como un todo a partir de partes, micropartes minúsculas e invisibles en sí mismas, sin las cuales, no obstante, sin cuya mutua simpatía no habría, en el conjunto universal, la menor simpatía, sino solo el odio como un gran agujero negro. ¿A que estás de acuerdo conmigo, Héctor, verdad que sí? —y le daba a Héctor unas palmadas en la pierna, que le parecieron a Román procaces.

Román se sintió repentinamente cansado. Irritado por aquella locuacidad sin objetivo aparente de Bernardo. Se sintió acorralado en su propia casa.

—¿Me permite que le interrumpa, Bernardo? No entiendo lo que dice, no sé de qué me habla. Y no entiendo, Héctor, a qué os presentáis aquí los dos. Lo que me contaste de este don Bernardo no le hace recomendable, como tú sabes de sobra. Y lo que él mismo me está contando acerca de sí mismo es tedioso. No sé qué hacéis los dos aquí.

—Perdona. Si quieres nos vamos ahora mismo —dijo Héctor sin levantar la vista del suelo.

—Por favor, cuánta violencia para nada. Le estoy hablando educadamente, Román. Es cierto que nos hemos presentado de improviso aquí en su casa pero nuestra intención, mi intención es diáfana. Yodeseaba y aún deseo explicarle a usted mis proyectos...

—Nadie, que yo sepa, se presenta en casa de nadie a explicarle sus proyectos. Usted ha podido entrar en mi casa porque Héctor es amigo mío. Pero ha resultado usted ser lo que más detesto, un charlatán.

—Nos vamos —dijo Héctor poniéndose en pie.

—¡No! No nos vamos —declaró Bernardo sin moverse y sin aparentemente alterarse—. Salvo que me eche usted yo no me voy. ¿Va usted a echarme de su casa, Román?

—Debería echarle. Es usted un insolente.

—Vamos a ver, Román. Es cierto que ha habido un punto, por mi parte, de atrevimiento al plantarme yo en su casa sin avisar, sin su permiso, pero tenía y tengo un buen motivo. No solo deseaba conocerle, creo que a estas alturas de la vida tengo derecho a conocer a los amigos de Héctor personalmente, creo que me he ganado ese derecho.

—No sé de qué me habla.

Los tres están de pie ahora. Román tiene una intensa sensación de ridículo. Héctor, cabizbajo, está ya en la puerta del vestíbulo. Bernardo, que obviamente no desea marcharse, se vuelve hacia Román y dice:

—Me gustaría de verdad que volviéramos a vernos. Creo que esta situación en parte se ha enrarecido por culpa de Héctor. Héctor provoca asociaciones inadecuadas tanto en mí como en usted.

—Usted es un insolente, Bernardo. No se ve a sí mismo como yo le veo, desde fuera es usted un ex profesor de segunda enseñanza, mal vestido, poco aseado, con mucha labia. Es usted impresentable...

- **Sí**, pero estoy arrepentido. Ya no soy el que era. Héctor me ha

perdonado. El hecho de que estemos aquí los dos juntos prueba eso. Que seamos amigos es la prueba. Que podamos ser amigos es la prueba de mi arrepentimiento ¿o no? Prescindiendo de que lo nuestro formó parte de un cierto tipo *ácpaideia*... es inadmisibile.

—Usted no es más que un pederasta.

—No lo soy. Deberíamos hablarlo.

—¡Fuera! Fuera de mi casa.

Héctor ha abierto la puerta. Los dos están ya en el descansillo. Héctor dice:

—Te llamaré por teléfono esta noche.

Román cierra la puerta de un portazo. Se oye subir el ascensor.

Una ira líquida, como un sudor frío empapa a Román ahora que se ha quedado solo en su piso. Le han tomado el pelo. Se han reído de él. En realidad está muy agitado. Suena el teléfono. Es Elena que le llama por teléfono. Quiere verle esta tarde.

—Eso, ven a verme esta tarde, Elena. Estoy muy furioso y confuso. Dices que no lo crees. Yo mismo no lo creo. Por primera vez en muchos años me siento ridículo.

Héctor y los nuevos relatos

—Yo no era una opción —dijo Héctor melancólicamente.

—¿Otra vez eso? Sí lo eras. La mejor —el tono de Bernardo es casual.

—Fuiste un miserable. Eres insignificante.

—Fui un miserable. Seguro que sí. Pero insignificante es dudoso que lo fuera. Y ahora he adquirido más significación aún que nunca: me he arrepentido. El arrepentimiento es una opción muy fuerte. La más fuerte.

—En caso de que sea posible. Que no es el caso.

—Sabes que es mi caso. Tendrás que convencer a Román de que lo es.

—¿Es eso todo lo que quieres de mí?

—Sabes que no, ¿quieres que lo repita todo?

—Me siento atrapado esta tarde, Bernardo. Atrapado por ti, entre Román y tú.

—Ahí es donde tienes que estar, entre los dos. Cada uno de los dos tenemos en tu vida una razón de ser. No hay por qué elegir, Héctor.

Madrid es intensamente poético en otoño. Se esponja, solitaria, al irse el calor, al irse los vencejos. Atardece pronto y es el atardecer del páramo, a la hora en que solíamos tomar el té en la finca, hacia las seis, la merienda-cena. Hay una austera niebla urbana, rosa sucio. Y la intimidad menos clara y más apasionada —una cercanía solapada de tocamientos y de besos, esa confusa ilicitud del corazón que anhela resguardarse— fulge en el firmamento infirme. Bernardo y Héctor, que acaban de dar con sus huesos en Ríos Rosas —la calle de Román—, prácticamente echados a la calle, no dan la impresión ahora de abandono o de rechazo, sino de plenitud. Héctor reconoce este efecto plenificante que Bernardo causa en él. Nunca olvidó —este es el problema— lo que le decía de chaval: niño negro pléroma de la divinidad en flor, santo arcángel. Tú eres mi santo arcángel. Héctor recuerda esas frases como quien recuerda un paisaje o una casa o una habitación nunca vista, recargada de flores, con una bandeja de bebidas, el tintineo del hielo en el cristal, el olor del tabaco rubio, la repentina insistencia del quinteto para clarinete de Brahms. Recuerda la sorpresa de ser seducido. Lo injusto de aquella impregnación que no quería evitar, que no podía evitar, el sentirse electo, entregado, sin voluntad propia y a la vez contento de su suerte. Fueron los

demás quienes la armaron, quienes se escandalizaron y la armaron. Bernardo y él, victimario y víctima, permanecieron en las afueras de la ocupación moralizante, como resistentes al margen de las ciudades, en las cuevas del monte, que oyen los cautelosos pasos de la Guardia Civil alrededor, sintiéndose seguros en el escondrijo, sabiendo que nunca les verán o les entenderán o darán con ellos. Este es el efecto perturbador que Bernardo ejerce sobre Héctor: el de sentirse aventurado, manoseado por la mala vida, a un paso de la mala muerte — la «muerte pelá» que dicen los andaluces—. Héctor desearía esta tarde no ser joven ya, ser maduro, tener un sueldo, incluso una hipoteca, incluso una aburrida mujer y un nene en el taca-taca. Todo menos sentirse como ahora utilizado, una vez más, por Bernardo. Se encontraron un domingo en el Rastro. Un lugar que Héctor detesta, el gitaneo, el regateo, la multiproducción regurgitante de los objetos de toda una vida de miles de vidas, los duros y sobados objetos de segunda mano que se tienden en mantas y en puestos: equivalentes entre sí la muñeca sin ojo, la arandela, el tornillo, la llave inglesa, el sostén. Un amigo andaluz de Héctor dice que toda esta maraña de objetos desarticulados es *suhrrrealihta*. En la dura objetividad desarticulada de los objetos de uso personal, en ese listado o enumeración por definición inacabable, se siente Héctor ahora incluido a sí mismo. Él es también una conciencia usada, dependiente, apegada a la dependencia, que desea a todo trance evitar el enfrenta-miento, la ira, el dolor, la maldición del gitano «mar doló te dé».

Se encontraron varias veces después de acabar el bachiller. Héctor tiene que reconocer que no siempre esos reencuentros fueron casuales. Era él quien echaba de menos a Bernardo y sus frases. ¡Ni la niñez ni el futuro menguan, niño negro! —solía decir Bernardo—. Estamos condenados al no menguar de la luna cada vez más llena y redonda. O al espacio interestelar o los agujeros negros cada vez más absorbentes e impactantes. Estamos condenados a no olvidar nunca, Ni tú tu niñez, ni yo a ti. Ni ninguno de los dos el futuro creciente que nos incluye mareándonos en una caída irremediable. Esto eran frases, fraseos vacíos en gran parte, que Héctor se había acostumbrado a oír y a considerar poéticos. La seducción, que fue en un principio física, no fue nunca tan física como verbal. Le oyó contar incesantes cuentos a Bernardo: se acostumbró a aquella verborrea filosófica-poética donde el *verbum caro factum est et habitabit in nobis* se mezclaba con una pseudo-mística carnal que solo un crío prácticamente huérfano podía aceptar sin discusión. Los padres conflictivos de Héctor entraban y salían de la cárcel, o del Proyecto Hombre

durante toda su niñez, una ni-ñez de abuelas aturdidas por los hijos. Pero había un lado de Bernardo que era guay. Por ejemplo le encantaba patinar, era un experto patinador de calle. Era animoso. Y aunque Héctor no acababa de creer que se hubiese arrepentido de su atracción por los niños, lo cierto es que apenas hablaban de ese asunto ya, como si los deseos de Bernardo se hubiesen de hecho apagado, hundidos en la arena de su vida, como un regato estacional desaparece, con el estiaje, en el desierto. En el atardecer turbio e íntimo de Madrid en noviembre, Héctor no desea que de pronto Bernardo le diga: bueno chico nos vemos. Y se largue. Desea seguir con él al menos esta tarde tras la violenta escena con Román. ¿Habrá destruido para siempre su relación con Román por culpa de esta absurda visita? ¿Será Román capaz de entender lo que ha pasado desde la perspectiva oscilante de Héctor? Mañana irá a verle, a suerte o a muerte. Pero esta es la hora todavía «le Bernardo, su elocuencia es más física que nunca.

—No he podido explicarle a Román hasta qué punto su figura es importante para mí. Después de ti la figura más importante para mí es Román. Porque todo son relatos. Todo el pasado es un largo relato y todo lo venidero, el andante *molto e cantabile* del futuro es un relato incitador, bien construido, que entrapa a quien lo escucha y que entrapa, sobre todo, a quien lo cuenta: aquello del seducirse a uno mismo desde lejos, solo es esto en realidad: contarse a uno mismo el nuevo relato de la propia vida. ¿Sabes por qué no puedo dejarte en paz a ti, Héctor? Porque tú eres mi oyente, mi único oyente, tus sorprendidos ojos negros como pozos, siempre sorprendidos, siguen estando tan sorprendidos ahora como entonces: en tus oscuros ojos leo el porvenir, mi porvenir.

—¿Qué quieres que haga ahora, Bernardo? A veces es más fácil hacer lo que dices que tragar todo el rollo que me metes, rollista.

Héctor está cansado ahora. Reconoce este cansancio como una parte esencial del efecto que Bernardo le causa. Ahora ha preferido interrumpirle a seguir escuchándole. Está seguro de que Bernardo se trae algo entre manos. Más vale saber qué de una vez.

—Hay dos grandes proyectos, como sabes, en mi vida, ambos íntimamente religados a mi arrepentimiento. Uno de ellos es transnacional, la ONG del maltrato a las madres bolivianas. Bolivia es un país muy pobre y muy hermoso. En sus selvas, en la misión, recuerdo que en la ducha que era al aire libre se nos venían encima, en cueros, al ducharnos, las arañas pollito descolgadas del propio caño de la ducha donde habían tejido una instantánea

tela y se enfrescaban. Y las diarreas. Recuerdo mis diarreas bolivianas, que me dejaban exhausto, sin la menor fuerza, Héctor. No tenía ni fuerza para ir al excusado detrás de la misión. La incesantía de la diarrea y la deshidratación concomitante me dejaban exhausto pero yo pensaba en aquellas madres solteras o mal casadas en torno a una caldereta de gallina cocida: se echaban en la caldereta las patatas y los puerros y las yerbas bolivianas que confieren un sabor frutal, ligeramente vomitivo a todo guiso. Pero ahora, aquí en España también se me requiere, se me necesita, y en esto es en lo que yo quisiera interesar a Román, siquiera parcialmente, el gabinete de psicoterapia. El otro socio y yo vamos a partes iguales los dos, pero el alquiler es muy subido. Hoy en día en Madrid los alquileres de locales sobrepasan lo razonable muy mucho, en fin, necesitamos un local y yo había pensado proponerle a Román que entrara a formar parte, como socio, de este gabinete de psicoterapia. Yo llevo la parte de la psicología del niño y del adolescente. Todo esto tú lo sabes, Héctor. Por eso cuando te dije que me llevaras a ver a Román tú no pudiste no llevarme. Y ahora cuando hables con Román mañana, tendrás que insistir y hacerle ver que yo he cambiado, que yo no soy ya ese sombrío corruptor de menores que tú, tontamente, le dejaste ver, sino un hombre cabal, un arrepentido que necesita reconocimiento, aceptación, ser aceptado...

El piso

Héctor creyó que Román le exigiría una explicación detallada: creyó que tendría que explicar cómo se le había ocurrido presentarse de pronto en casa de Román con Bernardo sin preparar antes el encuentro. Y creyó sobre todo que tendría que dar detalles a Román de sus previos encuentros con Bernardo desde que acabó el bachillerato, un tiempo largo, más de un quinquenio, acerca de si se habían visto con frecuencia, grande o no tan grande. Héctor se presentó en casa de Román a media tarde, dos días después de la accidentada despedida de Bernardo y se encontró con que Román había cancelado el asunto: allá tú —vino a decirle— con tus amigos. Bernardo me pareció un cantamañanas.

Héctor tuvo la impresión de que Román le rechazaba. El tono tranquilo con que pronunció sus frases no era el tono de una persona ofendida o dolida, o que exige explicaciones o la reparación de una ofensa, sino el tono cotidiano de quien se ha desinteresado de un asunto. Héctor no podía soportar ese tono de Román, pero no supo qué decir y se quedó callado. Luego habló con vehemencia, sin levantar la voz ni sentarse como de costumbre frente a Román al otro lado de la mesa. Se desplazaba lentamente de un lado a otro de la habitación mientras hablaba, mirando en ocasiones a través del cristal a la calle. Parecía empeñado solo en volcar con oscura vehemencia lo que tenía en la cabeza: que Román no había entendido nada, ni a Bernardo ni a él mismo y que su actitud de ahora revelaba un soberano desprecio por los asuntos humanos. No era verdad que nada humano le fuese ajeno. Era verdad lo contrario. Es fácil decir *cantamañanas* -Bernardo era tan cantamañanas que no hubiese dicho algo sensato alguna vez, e incluso allí mismo hacía dos días, ni él mismo, Héctor, era tan estúpido como para no entender que haberse presentado de improviso con un desconocido tenía que irritar a Román. Lo que no entendía, sin embargo, declaró, era el tono aquel olímpico de Román de pronto, Román, que tan amable había sido siempre con él mismo, con Héctor, y que ahora resultaba trivial de puro tranquilo, de tan indiferente que quería parecer daba hasta grima.

Todo lo anterior le salió a Héctor de un tirón. Cuando por fin calló, se quedó mirando por la ventana. Daba la espalda a Román. Román declaró

pausadamente:

—Quien vive en la inverosimilitud tiene que atenerse a las consecuencias de la inverosimilitud. Es el caso de vuestra visita del otro día. Fue inverosímil en el peor sentido de la palabra, difícil de creer. Como lo ridículo o como el mal gusto. Algo que aunque sucede con argüyó sombríamente Héctor—, añadiendo que lo fácil en una situación como la del otro día era no darse por enterado. Aseguró Héctor —con un cierto sonsonete pedante y pueril a la vez que hizo sonreír a Román— que ni frecuencia nos parece siempre indebido, innecesario, rebuscado. Todo lo contrario de mi vida. Así que, Héctor, no entiendo bien tu cabreo de ahora o tus reproches, si es que son reproches. Me involucriste en una situación absurda. Tú me habías hablado de Bernardo ya: sabía quién era. Me contaste que abusó de ti a los trece años. Y de pronto te presentas aquí con ese tipo, que además resulta ser un palabron que larga y larga. No resultaba creíble, me sentí incómodo...

Héctor ha dejado su posición frente a la ventana y, mientras Román habla, ha ido acercándose a la mesa hasta sentarse en su silla habitual frente a Román. Ahora tiene una expresión tranquila, como si las palabras de Román le hubiesen relajado. Román se da cuenta de que Héctor se relaja. Y se da cuenta de que él mismo no tiene que fingir ya, como quizá hizo en un principio, tranquilidad, sino que la presencia de Héctor le está tranquilizando. Aparte de ser absurdo o ridículo, ¿qué importancia tuvo lo del otro día? Héctor le observa con la cabeza un poco ladeada, con su aire de buen chico.

—Cuando os fuisteis hablé con Elena por teléfono. Que os hayáis estado viendo Bernardo y tú todos estos años nos inquietó a los dos. Elena interpretó, como yo, vuestra visita como algo calculado, como se presentan quienes trampan algo. Bernardo habla tanto que es difícil distinguir lo esencial de lo accidental a veces. Habla por no callar. Se veía que deseaba caerme bien, pero ¿por qué? Me resulta difícil sentir simpatía por un tipo así. Somos más o menos de la misma quinta, eso es **lo único que tenemos en común**. Los dos nos hemos dedicado a la enseñanza durante un tiempo. Pero ambas cosas las tenemos en común con miles. Nos parecemos como un huevo a una castaña. Esto es tedioso, chico.

—¿Quieres saber lo que Bernardo quería el otro día? ¿Quieres saber lo que quería yo?

—¿Qué queríais, a ver?

—Que le alquiles a Bernardo el piso de abajo.

—¿El piso de abajo? ¿Qué sabes tú de ese piso? De pronto eres un

desagradable sabihondo, un lumio. ¿Cómo sabes tú que hay un piso abajo y que yo soy su propietario y que lo alquilo?

—Lo mencionaste tú el otro día. Hace un mes, hace dos meses. No me acuerdo. Me fijé porque me chocó.

—Eres lumio y raro, Héctor. Nunca he conocido a nadie tan raro como tú, tan de pronto lumio. Es decepcionante. Da igual ese piso. Es verdad que existe y que lo alquilo y que ahora está desocupado. ¿De verdad que mencioné yo todo eso hace dos meses? ¿Te hablé quizá también de mi declaración de hacienda o del estado de mi cuenta corriente?

—Da la casualidad que sí —Héctor sonríe con su sonrisa de buen chico, un buen chico humilde que admira a Román, que desea alcanzar la sabiduría con su ayuda.

Román ahora se siente ridículo de verdad. Es decir: más ridículo de lo que se sintió cuando Bernardo y Héctor se le presentaron de improviso en casa y se vio obligado a aguantar el rollo de Bernardo. Ahora se siente ridículo como nos sentimos cuando hemos hablado demasiado de nosotros mismos, quizá bebidos, ante extraños o, al menos, ante personas en quienes hemos depositado con demasiada precipitación nuestra confianza y con quienes de pronto, como Román ahora con Héctor, deseáramos haber guardado las distancias. Pero por otra parte Román se da cuenta de que este despecho es injustificado, exagerado. Lo único honrado es revertir el mal humor contra sí mismo. Héctor no ha hecho más que prestar muchísima atención a lo que dice. Hablar de amor —caso de haberlo hecho— es menos comprometido e implica menos confianza de lo que supone dar detalles de nuestra declaración de la renta o de nuestros ingresos o, como en este caso, de si tenemos o no tenemos pisos en alquiler o si deseamos alquilar un piso. San Agustín decía que Dios era más íntimo a cada cual que el propio yo. Ahora nuestros ingresos anuales le parecen más íntimos a Román que sus deseos eróticos, más secretos sus ingresos anuales que su yo empírico, más privado su capital que su vida privada. Y sucede, sin embargo, que lo ha volcado todo de buenas a primeras en una conversación casual e insignificante con Héctor. La culpa no es de Héctor sino suya. Al culparse tanto, Román automáticamente exculpa a Héctor. Dentro del circuito de esta exculpación cabe, con toda naturalidad, Bernardo. No había ninguna malicia, ninguna trampa que los dos tramaran, solo querían saber si le alquilaba el piso. Todavía le queda una pregunta a Román:

—Si quería alquilar el piso, por qué no lo dijo a la primera. Por qué no dijo: mire, sé por Héctor que tiene usted un piso ahí abajo y a mí me

convendría alquilar un piso por esta zona de Madrid. Esto era lo lógico, ¿o no?

—Era lo lógico, sí. Pero Bernardo es como es.

Tiene que largar lo de su arrepentimiento sin mucho porqué, larga porque larga.

No obstante lo improbable que resultaba como pretexto para meter a Bernardo en su casa, el piso hizo las veces de boya en el convulso río de las sospechas de Román. Aferrarse al alquiler del piso fue como un logro para los dos, un punto de apoyo y de reposo. Una vez que Román descubrió que él mismo se había ido de la lengua y que Héctor se había limitado a registrar la existencia del piso, solo quedó pendiente una pregunta:

—¿A ti te interesa que Bernardo viva justo en el piso de abajo? ¿No va a ser Bernardo la perpetua visita indeseada que se planta aquí cuando le viene bien? Basta que alguien sea mi inquilino para que yo evite toda relación de amistad con esa persona. ¿Tiene Bernardo fondos suficientes para pagar ahora la primera mensualidad, más la fianza de un mes, más un aval bancario? Y, en cualquier caso, ¿no deberías haber mencionado tú al tiempo que me contaste lo que te hizo cuando tenías trece años, que a pesar de todo seguíais teniendo relación?

—Hombre, Bernardo siempre ha tenido dinero. No mucho. Heredó algo en el pueblo, una casa, creo, y la vendió. Un sitio en Alicante, creo, o en Murcia. Tiene su jubilación, tiene lo del gabinete de psicoterapia, que quieren ampliarlo ahora, vive austeramente, ya le ves, con ese jersey en invierno y sin jersey los veranos. Hace una vida barata. Sabe apañarse. En realidad, a mí mismo me prestó dinero hace años, cantidades pequeñas.

—Un pederasta guay —comenta Román con un tono zumbón, un punto exagerado quizá.

—Eso se acabó. Bernardo está arrepentido. Ha dejado todo eso, el erotismo, los amores.

—¿Eso te ha dicho? Será que eres ya mayor para él.

—Yo le conozco bien. No tiene sentido desconfiar de las declaraciones que un hombre hace acerca de sí mismo hasta tal punto que se le niegue toda verdad. Acabaríamos metidos cada uno en nuestra casa sin salir, temiendo a todo el mundo.

—Es interesante eso, abstractamente considerado tendrías razón. Pero tu caso es extraño.

—Yo le quería. Es cierto que abusó de mí, pero yo le quería. La idea de

que todo aquello fueron abusos vino después. Yo le quería. Si bien es imposible cambiar del todo una propensión, es concebible sustituir del todo una manera de ser por otra. El eros puede ser sustituido por el sentimiento de la dignidad propia o la ajena. Bernardo es, por ejemplo, un hombre muy valiente, arrojado. Tiene lo que tú llamarías furor heroico. Eso hay que tenerlo en cuenta, eso explica en parte lo que él llama su arrepentimiento. Cuando le conoces resulta creíble lo del arrepentimiento. ¿Por qué no haces la prueba? Sé que no resulta creíble. ¿Por qué no haces la prueba?

—¿Qué prueba? ¿De qué demonios hablas?

—Alquílale el piso. Charla con él de vez en cuando. Acepta mi testimonio, acepta mi palabra. Pruébame a mí. ¿No me crees a mí. ¿Me crees a mí, o no?

- Me pides entrar en un juego inverosímil. Yo no tengo que poner a prueba a nadie...

—¿Y por qué no? Todos nos ponemos a prueba unos a otros. Todos vivimos en una constante experiencia de confiar y desconfiar los unos de los otros. No creas a Bernardo, pero en cambio cree lo que yo te digo de Bernardo. Yo saldré fiador.

El aval

Un aval es una condición draconiana. Contemplada, pero no exigida, por la ley de arrendamientos urbanos. En casos en que el arrendatario no pueda proporcionar un aval, es razonable que trate de aportar al arrendador algo que le pueda convencer. Quizá dos meses extra de alquiler en metálico aparte de la fianza. El arrendador puede, legalmente, pedir un aval bancario como garantía adicional a la fianza. Pero no es indispensable si el arrendatario es de confianza o si algo o alguien salen fiadores del arrendatario. Pronto estuvo claro que Bernardo solo estaba en condiciones de proporcionar el mínimo exigible: el mes anticipado y un mes de fianza. Los bancos, al parecer, no acababan de fiarse de él. Solo tenía en ING Direct una cuenta de ahorros de reciente imposición. Si Román exigía un aval bancario, Bernardo no estaba en condiciones de alquilar el piso. Han llegado hasta aquí sin intervención de Bernardo. Héctor ha hecho de portavoz. Lo del aval bancario que, a decir verdad, Román hasta la fecha nunca había pedido, fue una ocurrencia de Elena y Eugenio. Ahora está Héctor perplejo por lo del aval y Román, con un tono de voz que él mismo reconoce ligeramente impostado, como si representara el personaje del arrendador en una comedia de costumbres, declara:

—No deseo ser pedante, pero tampoco quizá un pardillo. Sabes que yo puedo legalmente pedir un aval bancario como garantía adicional a la fianza. Me he tomado la molestia de mirar la legislación vigente. El artículo 36 de la ley de arrendamientos urbanos, en su punto cinco, dice —Román lee en voz alta de unos papeles que tiene encima de la mesa—: «Las partes podrán pactar cualquier tipo de garantía del cumplimiento por el arrendatario de sus obligaciones arrendaticias adicional a la fianza en metálico».

—Tú no eres nunca pedante ni pardillo. Yo te pregunto únicamente: ¿te basta mi palabra?

—¿Que si me basta tu gracia? Me estás desafiando.

—Normal. Tú eres un dios y nosotros mortales. Los mortales desafían a los dioses...

—Esta retórica, por no tener no tiene ni la gracia de una vulgar adulación, Héctor. Si Bernardo no paga el alquiler, ¿qué esperas que haga yo?

—Si no te paga, haz lo que tengas que hacer. Denúnciale, haz lo que haga

falta, pero yo creo que no va a ser así. Yo me fío de Bernardo.

Ahora los dos se contemplan fijamente. Esto es acontecer. El acontecer del que hablan los poetas. Todo lo que antecede a este momento se ha vuelto fantasmal ahora. Ha servido quizá para acercarse a este momento que ahora es lo esencial: si Román acepta el aval de Héctor —a Héctor como aval de Bernardo— y alquila el piso a éste, ya no habrá vuelta atrás. Será una consumación. Como una promesa que al pronunciarse instauro su propio orden de cumplimientos e incumplimientos, instauro entre el que promete y lo prometido, entre el prometedor y aquel ante quien se promete, un orden que solo podrá ser cumplido o incumplido. Y Román vacila ahora. Ahora es Héctor el que parece seguro, capaz de anticiparse al futuro y de fijarlo, mientras que Román da la impresión de querer huir o dar largas a este asunto o no darle importancia. Hasta la fecha la relación entre los dos podía suspenderse en cualquier momento: daba un poco igual. A Román le ha entretenido Héctor estos meses. Héctor, según dice él mismo, ha aprendido muchas cosas con Román. Pero tanto el entretenimiento como el aprendizaje pueden cesar de pronto sin perjuicio para ninguno de los dos. Si Héctor desapareciera en este momento, si Román no alquilara el piso a Bernardo para, entre otros motivos, no complicarse la vida, y Héctor dejara de venir a verle, no pasaría nada, todo quedaría como antes de conocerse. Podrían los dos decir que cada cual por su lado, que lo sucedido no sucedió y que no aconteció nada en absoluto, porque los dos, con gran rapidez, olvidarían lo poquísimo que de hecho ocurrió entre ellos. Y Román piensa: lo sensato es dejarlo aquí. Me están pidiendo un préstamo y lo sensato es decir: lo siento pero no tengo ese dinero. Tal vez en otra ocasión pero ahora no. El caso, sin embargo, es que Héctor le hace gracia. Su absurda relación con Bernardo le parece en realidad fascinante. Ahora, por primera vez, desde que se conocieron, Héctor deja de ser solo un chaval guapo para convertirse en un personaje interesante. La gente cree que el gran acontecimiento, el acontecimiento de dos personas que se conocen y se gustan llega cuando se acuestan.

La gente cree eso porque enfocan las relaciones como artículos de consumo. Una relación se adquiere mediante el trato y se consume, por lo menos a ciertas edades, en el amor. Pero las cosas no son así. El interés aparece tan pronto como en una relación aparece lo irreversible: aquello que una vez efectuado no puede desefectuarse, aquello que una vez comprado no puede descambiarse. Lo que no se puede abortar sin peligro de muerte. En este

caso, aceptar la palabra de Héctor, el aval, no admitirá ninguna vuelta atrás. Si las cosas salen bien, es decir, si Bernardo es un inquilino normal que paga sus mensualidades y que vive su vida, la relación entre Román y Héctor continuará, con alguna modificación sutil, como hasta ahora. Pero si Bernardo no paga el alquiler —por ridículo que esto suene— ¿qué ocurrirá? Siente una vaga angustia Román al pensar en esta posibilidad. Y Bernardo le inspira un temor ridículo. Es lo inesperado que se presenta en casa. Román está desanimado. El desánimo de Román lo impregna todo ahora.

—¿Por qué no buscáis piso en cualquier otro sitio? ¿Por qué tiene que ser aquí? ¿Por qué tiene que ser este? Hay cientos de pisos iguales o mejores en Madrid y también más baratos.

—No se trata del piso. Se trata de ti. Se trata de que quieras excluir a Bernardo y de paso a mí mismo de tu vida, o que aceptes la palabra de Bernardo pero sobre todo la mía y nos permitas, le permitas, incluirse, con todas las cautelas que tú quieras, en tu vida. En el primer caso, tú serás responsable del desdén con que nos trates, que te hará daño a ti mismo. En el segundo caso... no sé. Tal vez os hagáis amigos. Además, yo voy a venir a vivir con Bernardo porque he dejado la casa de mi abuela. Estoy harto de vivir de un lado para otro y esta zona me pilla bien para el periódico y la universidad. Y sobre todo, me pilla bien para subir aquí y hablar contigo, si me permites, de vez en cuando. Y estoy además acostumbrado a convivir temporadas con Bernardo.

—¿Tú qué hablas ahora? A mí no me parece sensato ese arreglo. Salvo que tú repentinamente estés empeñado en vivir con Bernardo.

—No, ese no es el caso. Yo quiero salir de casa, quiero ser independiente, quiero liberarme de toda influencia y tú lo sabes. Por eso voy de un sitio a otro. Estoy en todas partes como en casa, pero en ningún sitio estoy en casa.

—Entonces más te vale quedarte aquí por el momento. No me parece que Bernardo sea ahora, por muy neutralizado que esté, una buena influencia para ti. Conste que te estoy haciendo un favor.

La cosa queda arreglada con la provisionalidad característica de Bernardo —según Román adivina ahora—. Héctor está contagiado, quizá de por vida, de esa provisionalidad que es quizá también la provisionalidad de la juventud actual, desempleada, un vivir a salto de mata, de casa en casa, de las abuelas a los padres, de los padres a los amigos, de los amigos a las novias, de las novias otra vez a los amigos. Y Román, en nombre, aunque solo sea

nominalmente, del viejo furor heroico que le arrastraba a ocuparse desinteresadamente de todos sus alumnos, no puede ahora por menos que ofrecer su propia casa. La voz de la conciencia es ahora para Román la vieja voz de su deseo de ayudar a la gente, de hacerles ver a todos que rige entre nosotros una legalidad subcutánea, una integridad subcutánea, más allá de los caprichos o los deseos o del eros. Una satisfactoria obligatoriedad de ser como es debido y de ayudar al prójimo, de ayudar a Héctor en este caso.

La primera mensualidad

Fue una cena agradable en el sushi-bar de Hermosilla. Hacía tiempo que no se reunían los tres a cenar. Habían recuperado la euforia de los buenos tiempos. Eugenio fue quien hizo esa observación: estamos como en los viejos tiempos, los tres de buen humor cenando sin prisa entre semana. Era verdad que hacía tiempo que no se reunían así. Eugenio, sin decirlo, culpaba a Héctor de ese estado de cosas. Elena se culpaba a sí misma y a su relación clandestina con Román. Y Román —que era quien había propuesto el encuentro— atribuía el buen humor de los tres a que él mismo estaba más despreocupado ahora que por fin Bernardo ocupaba el piso de abajo.

Bernardo había abonado su primera mensualidad y depositado su fianza. Venía a ser como el final de un relato corto, no muy interesante, que había acabado satisfactoriamente. Como una película que nos distrae durante hora y media.

Ninguno de los tres, sin embargo, está tranquilo del todo. Y la euforia procede de la reunión misma: el estar reunidos nos dice que podemos estar reunidos y que reunimos es una posibilidad profunda de los tres. Este sentimiento, sin embargo, solo se da estando los tres juntos. Román es consciente de que cada vez es menos capaz de ver con claridad su propia vida o las vidas de sus amigos cuando está solo. La soledad es como un espejo que le reflejara deformado. Al mirarse surge un Román movedizo. No la figura reconocible del rostro que contemplamos cada mañana fríamente con objetividad ante el espejo al afeitarnos, sino un semblante familiar que parece y no parece asemejársenos.

Nadie ha dependido nunca de él. Con los alumnos —que tan nítidamente ejemplifican Eugenio y Elena— tuvo siempre relaciones cordiales y distanciadas. Siempre, en el fondo, Román se felicitó por ser capaz de suspender la afectividad en aras de una vida intelectual intensa pero alejada con naturalidad del eros. Recientemente ha leído en un interesante estudio de Peter Sloterdijk, *Ira y tiempo*, algo que ha pensado el propio Román toda su vida: «Aquel que se interese por el hombre como portador de impulsos afirmadores del yo y de orgullo debería decidirse a romper el sobrecargado nudo del erotismo». Este libro le ha parecido una certera crítica del *Eros* y

civilización de Marcuse. Estas cosas eran, sin embargo, más fáciles de pensar mientras estaba en activo que ahora en su jubilación: Román vive ahora asaltado por un hormiguero de deseos que en su mayoría son parte de un erotismo difuso. El cuerpo hormigueante de lo deseable le entra ahora continuamente por los ojos, por los sentidos del olfato y del tacto. La frase de Keats: «*Heard melodies are sweet but those unheard are sweeter*», es exacta y refleja un intenso malestar, un anhelo reactivado de continuo, ahora que cada vez oye menos, acaricia menos y le llega más amortizado el mundo exterior. Vive, pues, Román inmerso ahora en un disparadero de emociones sensoriales y afectivas difusas: son intenciones que no pueden cumplimentarse de un modo preciso y que le dejan irritado y malagusto, con un desánimo ligero y continuo, un ligero aburrimiento que parece orientar ahora su conducta hacia lo contrario del quehacer: hacia un ocio inane. Son las tentaciones del eremo, una versión microscópica de las *Tentaciones de San Antonio*. La irrupción de Héctor tuvo eso de bueno: que fue un sobresalto, un aparecer, no muy profundo quizá, de un objeto real, no imaginario, sino real, no muy entretenido tal vez, pero real. Y que (como comprobó casi enseguida a causa de la tendencia al apego de Héctor) pronto se le convirtió en dependencia: Héctor fue el primer dependiente de su vida. Por trivial que suene, Héctor cumplió en su vida la función de objeto real, que ya cumplían, con las naturales y comprensibles intermitencias, Elena y también Eugenio. Pero sobre todo Elena. La vejez posiblemente sea, sobre todo, esto: la imposibilidad de acercarse a nada, de estar cerca de nadie, de acariciar a nadie real. O quizá sea —piensa Román— solo mi propia vejez, mi soltería, mi empeño irracional por ser siempre del todo racional. De la misma manera que aceptó sin remordimiento el enamoramiento no muy profundo de Elena, aceptó sin preocupación la compañía de Héctor, en representación, una vez más, de la realidad física de las personas reales que siempre había eludido. Recordó un texto de Pombo donde se insiste en eso: «El laberinto nos confundió de esfuerzo. / Y los años nos confundían más y más cada vez separándonos / de la suavioria hierba y del tacto».

Durante la cena, Elena y Eugenio hablan del hospital y le cuentan a Román partes de sus rutinas o anécdotas del departamento de traumatología, que creen que le interesarán como antes le interesaban esos relatos de vida cotidiana o de las vidas privadas de sus mejores alumnos, que, según decía Román, le hacían ver el mundo renovado, aireado, reiniciado a partir de la energía de las otras subjetividades tan distintas de la suya. Román había sido

siempre —y aún lo es esta noche— un buen oyente. No alguien que finge interesarse por lo que cuenta su interlocutor, sino alguien que de verdad se deja arrastrar por la elocuencia de su interlocutor, inmerso en lo que se le cuenta como una inmensa vía fluvial, que brilla tornasolándose con todas las luces de los días experimentados por los demás y que son para el oyente como fábulas. Pero esta noche Román tiene que fingir más atención de la que está prestando en realidad a sus jóvenes interlocutores. A diferencia de Elena, no le cohibe ningún sentimiento de culpa, pero sí una sensación nueva e insólita para Román, de curiosidad por una vida radicalmente distinta de la suya: la vida de este Bernardo, el previo —según dice él mismo— pederasta, avalado por el joven a quien violó a los trece años, el patinador de calle que se ha instalado ahora en el piso de abajo tras abonar por adelantado la primera mensualidad y dejar la fianza correspondiente. Han tenido un encuentro en el piso de abajo, ligeramente ceremonioso al principio, durante el cual se han tratado todos los asuntos corrientes entre arrendador y arrendatario, han firmado un contrato, Bernardo ha pagado la primera mensualidad y la fianza en metálico, Román le ha entregado las llaves y —en una ficha de las que se usaban antiguamente para la bibliografía y de las cuales aún hace uso Román, poco amigo del ordenador— le ha anotado los teléfonos de Iberdrola, Gas Natural, el Canal y Telefónica para que Bernardo se dé de alta. Durante toda esta ceremonia, que ha incluido una visita guiada por el piso, Bernardo ha sonreído sin hablar gran cosa. Parece complacido y Román tiene la impresión de que se ha producido un ligero cambio de actitud en Bernardo, sin duda avisado por Héctor, en el sentido de reducir su natural facundia. Y tiene la impresión también de que Bernardo recorre con ojos entrecerrados las diferentes estancias del piso como quien observa satisfecho los resultados de una acción intencionada, como quien contempla un logro personal en su vida. Se trata de un piso amueblado, muy sobriamente, eso es cierto. Román lo ha mandado limpiar el día anterior y el piso está cuidado. Es un sitio austero, bien iluminado. En la cocina Bernardo ha abierto con satisfacción la puerta de su neverita debajo de la encimera y ha tamborileado encima de la puerta de la lavadora. La encimera en ele cubre, separadas por un tabiquillo, la nevera y la lavadora. La cocina tiene su horno eléctrico y cuatro fuegos, dos eléctricos y dos de gas. Hay una alacena con vasos, platos, sartenes y cubiertos. Es un austero hogar que Bernardo observa aprobatoriamente sin decir nada. Han pasado una hora haciendo esto y Bernardo, al agotarse estas formalidades, ha dicho: me voy a quedar un poco en el piso para familiarizarme. Yo tengo muy

pocas cosas, casi solo lo puesto. Este es un piso de lujo para mí, mi último alquiler seguramente. Le estoy muy agradecido.

Esto es lo que Román ahora repasa mentalmente. Al observar la contenida satisfacción de Bernardo, Román ha sentido casi envidia: le ha parecido una misteriosa vida unificada en su impulso y su motivación la vida de Bernardo.

—¿De verdad sale usted a patinar con frecuencia por Madrid? —ha inquirido Román, un poco sin venir a cuento—. Héctor me ha contado que es usted lo que él llama un patinador de calle...

—Así es, en efecto. Patinar es media vida mía. Me conserva en relativa buena forma y, como suele decirse, patinando se conoce gente. Sartre escribió páginas excelsas sobre el patinaje y el deslizarse, que usted recordará, por supuesto.

—Desde luego. Resbalad mortales sobre la superficie de las cosas sin apoyaros nunca, para no hundiros, para no quebrar el hielo, para no quebrar la costra de la existencia, ¿no es eso lo que viene a decir Sartre?

—Eso es lo que hago yo, *glisser*, como buen mortal que soy, sin apoyarme demasiado nunca en nada. Tenemos que hablar de todo eso usted y yo.

Esta conversación más o menos así, la recuerda Román a borbotones, mientras cenan en el sushi-bar los tres: Elena, Eugenio y él mismo. Por eso está distraído esta noche, porque piensa en Bernardo y siente curiosidad por este extraño personaje, el antiguo pederasta, el patinador de calle.

Los días de la fianza

Durante la cena en el sushi-bar Elena le preguntó a qué se debía el súbito viraje. Curiosidad, supongo —ha respondido—. Eugenio y Elena, que se han mirado entre sí de reojo al oír esto, se sienten muy sorprendidos. La sorpresa, visible en sus rostros ingenuos, es un único gesto común a los dos, muy simplificado, un emoticón. La curiosidad no fue nunca un ingrediente de la vida de Román. Curiosidad intelectual, desde luego, por libros o por asuntos, pero nunca hasta ahora curiosidad por la vida de las personas concretas. La ausencia de curiosidad de Román les pareció a Eugenio y a Elena, de jóvenes, santa. Tan sin curiosidad fue su mirada —Elena recuerda a Román leyéndoles esto— tan de veras pobre, que no te deseó ni a ti misma siquiera. Por eso era santa. Porque era desinteresada, era libre. Cuando aún, en la Facultad, Román les animaba a trabajar duramente sus carreras de medicina y después a especializarse en traumatología, que interesaba apasionadamente a ambos, les pareció que Román se atenía con rigor al imperativo rilkeano: no decir esto soy yo (ese fruto de la subjetividad narcisística) sino, esto es, la realidad es, el mundo es, la medicina es: existen. Están ahí. Nos sobrepasan por todas partes. Román les enseñó a ver emerger el mundo desde dentro. Las frutas, los paisajes, los hombres y mujeres, la buena salud y la mala salud individuales, todo tenía que ser examinado tal y como era en sí mismo, tal como aparecía, respetando sus específicas formas de existencia. Siempre creyeron que Román vivía en una majestuosa falta de concupiscencia del yo. Y parecía que nada quería sino solo una larga tarea, su largo trabajo pedagógico. ¿Quién sin embargo no siente una moderada curiosidad por las vidas ajenas? —ha pensado fugazmente Elena mientras tomaban las delicadas tempuras de langostino—. ¿Quién no se entrega a la habladuría de vez en cuando? Como observa Barthes, incluso el *Banquete* no es solo una conversación en la cual se habla de un asunto, el amor, sino que también es una habladuría: los personajes platónicos hablan entre ellos unos de otros. A la luz de esta imagen pretérita de Román —que Elena y Eugenio veneran desde hace más de veinte años— la nueva imagen de Román, enredado ahora, según él mismo acaba de reconocer, por la curiosidad, resulta escandalosa. Elena se da cuenta de que sentirse escandalizada es volver a sentirse enamorada de Román,

puntillosamente preocupada por todo lo que Román hace o deja de hacer. Es un amor intermitente, cada vez está más claro. El trabajo diario del hospital, la vida cotidiana con Eugenio, le hacen casi olvidarse de Román, desinteresarse, de hecho, del secreto amor de este último invierno. Pero ha bastado reunirse con él a cenar para que de nuevo la presencia de Román sea punzante y esté inquieta por él, como se está inquieto por cualquier nimiedad del amado cuando uno se enamora. Que Román haya confesado curiosidad por Bernardo escandaliza a Elena.

Román ha observado de reojo la reacción de Elena, su alarma, su escándalo. Sabe que, al hablar de curiosidad en relación con Bernardo, casi ha confesado una anomalía autobiográfica. Para compensar, ahora se siente tentado de hablar de confianza en este asunto de Bernardo y Héctor. Sonríe a Elena y Eugenio, que le contemplan en silencio. La expresión «Bernardo y Héctor» le hace gracia y decide, sin pronunciar palabra, que los dos deben ser pensados a la vez, hablados a la vez.

—Aparte curiosidad —declara Román por fin— me he involucrado en este asunto por un cierto afán pueril de aventura. Hago mal en decir «pueril». No lo es. Yo soy por naturaleza, como sabéis, desconfiado. Eso significa que no encajo nunca del todo con nadie. Significa que al final siempre me excluyo a mí mismo. La desconfianza es la disolución de todo vínculo. Al fin y al cabo, Bernardo ha pagado su primera mensualidad y su fianza. Héctor ha salido fiador por él. ¿No es fascinante esta situación?

—A mí me parece complicada y confusa, Román —dice Eugenio—. Pero es verdad lo que dices de la confianza. Nosotros dos —añade, mirando a Elena— siempre nos hemos fiado de ti. Lo digo con orgullo. Confío en ti ciegamente.

Ahí queda la cosa de momento. Román no está dispuesto a reconocer esa noche que no solo siente curiosidad, sino que también siente que se halla al principio de los soleados días de la fianza, de la confianza. Una experiencia nueva para Román, en quien, como acaba de decir Eugenio, algunos han tenido confianza sin que Román les haya correspondido con una confianza recíproca. Ahora Román confía en Héctor y piensa, con un cierto regocijo juvenil, que toda confianza y toda fe es un riesgo que requiere coraje moral y fuerza anímica y hasta furor heroico. Se siente reanimado: por eso ha convidado a Eugenio y a Elena a cenar esta noche, confiando en la fianza de Héctor.

En parte están siendo cómicos, soleados sin duda, los días de la fianza. Bernardo es un personaje divertido, pero no risible ni, como le pareció en un

principio, irritante. *Es good company*, como dicen los ingleses, en un sentido en que Héctor es demasiado joven para serlo. Esta comparativa entretiene a Román estos días. Definitivamente Bernardo es mejor compañía que Eugenio y Elena juntos, mejor incluso que Elena sola y mucho mejor que Héctor solo. Y también mejor compañía que Bernardo y Héctor juntos. Ahora que, súbitamente, en virtud de la fianza, Román dispone de varios interlocutores distintos entre sí, está regresando un poco, sonriente, a los tiempos en que daba clases y los alumnos eran interlocutores que iban y venían. Solo que entonces no había curiosidad, sino sentido de la responsabilidad y, en el fondo también, una sana indiferencia última por las vidas individuales de sus jóvenes interlocutores. Ahora todo es menos profuso, menos nítido, menos limpio —quizá— también, pero más jugoso. Curiosidad y confianza en la soleada fianza de estos absurdos días del Román jubilado.

Con una acentuación latina un tanto rebuscada, Bernardo acaba de recitar: «*Domine, dilexi decoran domus tuae / et locum habitationis gloriae tuae*». En este mes y pico que ha seguido al pago de la primera mensualidad y a la entrega del depósito, Román y Bernardo han intimado en un sentido que Héctor considera peculiar. Se ha creado entre estos dos —en opinión de Héctor— un ambiente que no acaba de ser característico de ninguno de los dos individualmente considerados.

Una como cordialidad fría. Una comunicación humorística, verbalmente rebuscada y repleta de sobrentendidos. Héctor no sale de su asombro. Está contento con la situación. Una situación que no desea controlar ni tampoco entender con demasiado detalle: le basta con vivir inmerso en ese ambiente relajado, humorístico y frío. Esto a Héctor le parece oxoniense, universitario, también de otra época. Héctor ha descubierto que no necesita tomar parte directa en un ambiente para sentirse a gusto. Héctor por ejemplo no bebe. Y sin embargo le gusta de vez en cuando irse al sur, a los chiringuitos de las playas del sur y estar ahí, con todos los demás, sin hacer nada en particular, solo envuelto por el oleaje oscurecido, el sorbo de la marejada en la arena pedregosa. No es como si se sentaran a hablar. Con la aparición de Bernardo han cambiado las costumbres, ya no se sientan a charlar Román y Héctor con la mesa de por medio. Algunos días Román y Bernardo bajan a tomar una cerveza. A veces les acompaña Héctor, a veces no. Bernardo le ha confesado que conversar con Román no es fácil del todo. Es —ha declarado Bernardo— como si Román no tuviera costumbre de hablar con sus iguales, solo con gente más joven que le escucha pero que rara vez le sorprende o le discute nada.

Dice Bernardo que Román le recuerda a veces las fotos de Stephan George: la cabeza erguida y la mirada al frente. Como si estuviese en marcha hacia algún sitio y no estuviera del todo con nosotros y no nos escuchara. Bernardo asegura que Román tiene, sin darse cuenta, un aire falangista, impasible el ademán. Héctor no sabe si debe tomar estas descripciones de Bernardo del todo en serio. Desde que se instaló en el piso, Bernardo parece estar de excelente humor. Lo que Bernardo ha contado a Héctor es, una vez más, en parte, religioso o seudoreligioso y suena a ratos cómico, irreverente. Bernardo hace, en su conversación, uso literario de unos cuantos textos litúrgicos que repite siempre y que repite en latín. Uno —quizá el más frecuente— donde el salmista declara ante el Señor que ha amado la hermosura de su casa y el lugar donde reside su gloria, es decir el mundo, este mundo. Héctor cree que Bernardo es sincero al decir eso. Siempre le ha creído sincero. El otro texto que recita estos días, con una entonación regocijada pero que podría con facilidad convertirse en burlesca es: «*Lavabo inter innocentes manus meas et circumdabo altare tuum, Domine*».

Tengo la sensación, dice, de que al vivir en este piso de Román vengo a estar en un altar. Y como en

las antiguas misas preconciarias, voy hacia la derecha del altar a lavarme las manos poco antes de comenzar el Canon. Tengo la sensación de que estoy reinterpretando toda mi vida ante un oyente como jamás soñé que tendría. Confieso que desde que me hablaste muy al principio de Román, desde aquella entrevista que le hiciste, tuve mucha gana de conocerle porque adiviné que era un oyente excepcional, repleto de curiosidad. ¡Tan repleto de curiosidad como un adolescente un poco mayor que ha vivido de espaldas a los seres humanos, embebido en sí mismo, y que ahora de pronto descubre el género humano y siente una intensa curiosidad casi malsana!

Es evidente que no puede esperarse cordura de Bernardo. Su misma afición al patinaje, a su edad, tiene un punto desmesurado, que Román desearía entender mejor. Román ha elogiado siempre la educación física pero la ha practicado poco. Hace muchos años que no pone en juego físicamente su energía. Su constitución delgada y su carácter sobrio le han conservado de buen aspecto siempre, pero no se imagina a sí mismo corriendo por la Casa de Campo o nadando o jugando al baloncesto. No, pasados los sesenta. Una punta, pues, de curiosidad en el asunto de Bernardo ha sido desde un principio esto de que sea un patinador de calle. Entre las pocas posesiones que Bernardo tiene, notablemente pocas cosas —cabe todo ello en dos maletas—

se encuentra su equipo de patinaje. La curiosidad de Román se despierta al ver este equipo: las botas con sus cuatro ruedas, las rodilleras, las coderas, las muñequeras, todo lo cual va en una mochila en forma de ele. Pero sobre todo, la curiosidad es la propia del hombre sedentario cuando se encuentra cara a cara con las proezas deportivas concretas, sean grandes o pequeñas. Siempre le ha gustado ver correr a la gente por los alrededores del Canal. Pero ahora tiene un inquilino que es un hombre de su edad, que casi todos los días, sale a dar una vuelta en sus patines. Ha descubierto Román mirando por la ventana que Bernardo hace dos tipos de expediciones: una corta de aproximadamente una hora. Y otra larga, una vez por semana, que se puede alargar hasta la madrugada. Román le ha preguntado acerca de estas expediciones deportivas. Como ahora ya se tutean, ha empezado diciendo: perdona la curiosidad. Y Bernardo ha satisfecho ampliamente su curiosidad, de palabra: le ha contado cómo se puede patinar en calles con mucha circulación haciendo el «águila». Los patines, aproximados los talones, se deslizan como si los dos patines formaran un solo patín de ocho ruedas en línea. Bernardo le ha explicado que patinar en esta posición es un poco como torear mirando al tendido, es una chulería en cierta manera porque uno se desliza lateralmente, calle abajo, Princesa abajo por ejemplo, sorteando los otros vehículos como quien no quiere la cosa. Román ha reconocido al oír la descripción de Bernardo ese aspecto desenvuelto de los patinadores justo haciendo el «águila». Lo fascinante es tener delante a alguien de su misma edad que haga todo esto por las vulgares calles del Madrid cotidiano. Tendrías que venir a verme, Román, ha dicho Bernardo. Parezco treinta años más joven. Me siento inmortal, ingrátido, *agilem sine levitate*, ágil sin liviandad. Recordarás, por cierto, las cualidades del cuerpo glorioso que Santo Tomás menciona. Román por supuesto recuerda eso, pero no es erudición lo que le interesa de Bernardo, quiere saber más de las circunstancias del salir a patinar: ¿va solo? ¿Va acompañado? ¿Adonde va? ¿Por qué calles sube y baja? ¿No es Madrid demasiado ondulado y peligroso para cualquier patinador de calle por entrenado que esté? De toda esta copiosa información verbal ha entresacado Román un aspecto único por el momento: entonces, ¿vas acompañado de otros? ¿Quedáis por teléfono?, o ¿quedáis todas las semanas un día fijo? Parece ser que queda con unos cuantos, más o menos siempre los mismos, de varias edades, en Colón sobre las ocho de la tarde. Eso son los días que se quedan, sobre todo en primavera y verano, hasta la madrugada. Al final de sus rutas, entran a tomar cañas en los bares, llamando bastante la atención —

reconoce Bernardo—. Pero eso es guay, ¿o no? Román tiene que reconocer que sí que es guay. Ha descubierto también Román en este contexto que Héctor, que patina bastante bien, no acompaña sin embargo a Bernardo en estas expediciones largas porque no es un patinador lo bastante competente. Luego, hay todo un mundo de Bernardo que emerge vigoroso e indefinido ante los ojos de Román y que está presidido realmente por la idea del deslizarse. ¡Deslizaos, mortales, no os apoyéis! Ahora resulta que este personaje, en parte viscoso, charlatán y casi ridículo que Román creyó tener ante sí en un principio, se ha convertido en un símbolo de la conciencia. «Así, el deslizamiento aparece como asimilable a una creación continua: la velocidad comparable a la conciencia, y en este caso símbolo de la conciencia, hace nacer, mientras dura, en la materia, una cualidad profunda que solo dura mientras la velocidad existe.» Deslizarse, mi buen Román, es lo contrario de enraizarse, yo he sabido siempre hacer lo primero pero no lo segundo. Mi única raíz ha sido mi víctima, Héctor. Y ahora, quizá también mi otra única raíz eres tú, Román, mi bienhechor.

Tendrías que venir a verme —ha dicho Bernardo—. Y la verdad es que le divertiría. Pero, ¿cómo se puede ir a ver a un patinador de calle si uno no es patinador o ciclista a su vez? Ni siquiera en coche se puede asistir del todo al patinaje, que para ser contemplado requiere un correspondiente esfuerzo físico, una simpatía imitativa que implique una cierta participación física en el acto que uno contempla. Román detesta mirar deportes en la televisión, aunque es cierto que uno puede integrarse imaginariamente en las jugadas del tenis o en las escapadas de los ciclistas. Pero a Román siempre le ha parecido que la contemplación de los ejercicios deportivos desde fuera, da al contemplador un aspecto de *voyeur*. Esto, por supuesto, es absurdo. El espectáculo deportivo está basado precisamente en que unos cuantos practican el deporte que muchos millones contemplan. Sin embargo Bernardo ha pensado siempre que, en su caso particular, contemplar acciones sin ponerlas uno mismo en práctica en la medida de lo posible, es una trampa de la innata pasividad que nos embarga con facilidad a todos. Incluso leer le parece a Román un acto muy pasivo de la conciencia, al cual, por cierto, él mismo lleva años dedicado. En lugar de ir a ver patinar a Bernardo habla de este asunto con Héctor.

—Bueno, es todo un maestro Bernardo. Lleva años y años patinando por todas partes. Aprendió creo que en Francia. A mí no me divierte tanto. He patinado muchas veces con él y conozco a sus amigos. Patinan y charlan a la vez. Es muy difícil seguirles, seguirles la conversación y seguirles la

velocidad. Se le nota que aprendió en Francia, yo les he visto en los parques de Lyon y de París sorteando conos o botes y cruzando las piernas en zigzag como si fuesen de goma. Y es cierto que cuando patina Bernardo parece más joven, mete la tripa hacia dentro, no sé qué hace. Si quieres podemos ir un día al Paseo de Coches. Ahí patinan en invierno. Lo consideran poca cosa pero en fin, ahí sí se les puede ver.

Una vez más, al hablar ahora con Héctor acerca de Bernardo, en estos nuevos términos amistosos, Román da vueltas a lo que ha dado en llamar, para su capote, el misterio de la víctima. Cómo es posible que Héctor, víctima de la violencia sexual de Bernardo cuando era un niño todavía, haya, en poco más de quince años, transformado todo aquello en admiración y afecto por su victimario. A Román no le ha convencido del todo la explicación que Héctor ha dado desde un principio, que le quería, que no tenía familia propia y que Bernardo hizo las veces de su familia, su madre, su padre, sus hermanos. La sexualidad no tenía ningún perfil específico, era parte de la ternura que los dos sentían el uno por el otro. Y además —vuelve a repetir Héctor— Bernardo se ha arrepentido. Una sexualidad asexuada. Una sexualidad inocente —declara Héctor—. A Román este asunto le cohibe mucho. Pero ahora que conoce mejor a Bernardo —o que le conoce algo, por lo menos— le resulta violento hablar de ello con Héctor. Sin embargo, ahora siente intensa curiosidad por toda aquella historia. Este es el otro tema, aparte el patinaje, que preside, sin decirse, las divertidas conversaciones de los dos coetáneos, que llenan los días de la fianza.

Pero, sin duda, está todo por ver. Bernardo puede ser aún el perfecto sinvergüenza locuaz que Román creyó ver al principio. Un personaje pagado de sí mismo que ha confundido el arrepentimiento con el olvido, la rapidez intelectual con la superficialidad, la conducta responsable que se hace cargo siempre de su pasado por mucha distancia que medie entre el pasado y el presente, con la liviandad gozosa que Stevenson describió tan gráficamente en los paseos de Mr. Hyde por las callejuelas del Londres decimonónico.

Román no ha comentado con nadie esto: que si, transcurridos estos dos meses, Bernardo no empieza a pagar con regularidad sus mensualidades, Román se verá obligado a retirarle la fianza. En la presente situación, con esta súbita, exagerada, inexplicable incluso para el propio Román, afición por Bernardo, un fallo tan trivial como dejar de pagar las mensualidades sería una catástrofe. Será una catástrofe si así sucede. ¿Qué hará Román si Bernardo no le paga?

El novum

Román tiene que reconocer que los cinco primeros días del mes de la tercera mensualidad han llegado con pasitos de gnomo. Y Bernardo no ha reaparecido. Había desaparecido a finales del pasado mes sin dar ninguna explicación —por lo demás innecesaria cualquier explicación— y aún no ha reaparecido. Entre arrendadores siempre se ha considerado que se puede dejar pasar una semana, la primera del mes, inclusive hasta el día diez. Ha llegado el día diez y Bernardo no ha llegado y tampoco ha llamado por teléfono, cosa inusual en cualquier caso. Héctor ha dicho que Bernardo está de viaje, con motivo quizá de una gestión de su ONG, o por razón del gabinete de psicoterapia. De viaje, en suma. Pasados los diez primeros días, los arrendadores acostumbran a hacer un primer recordatorio, generalmente por teléfono. Hacer esa llamada telefónica siempre da corte. Pero esa mensualidad del piso le viene bien a Román. Tiene lo que le vino por su casa, más la jubilación, más los ochocientos euros de ese alquiler, que le vienen bien, aunque siempre haya tomado con parsimonia lo de alquilar este piso. Héctor sigue viviendo en casa de Román. Román, en vista del impago, prefiere no hablar más del asunto con Héctor de momento. A mediados del mes, Román se despierta bruscamente —normalmente duerme de un tirón sus siete horas, menos esta vez—. Va al cuarto de baño y se encuentra con Héctor en el pasillo, que viene de la calle. Es un viernes y Héctor suele salir con los amigos a conciertos los viernes o los sábados y llega de madrugada. Román casi nunca se entera, salvo que Héctor lo cuente. Román le da las buenas noches y observa, sorprendido, al entrar en el cuarto de baño y cerrar la puerta tras de sí, que Héctor tiene un aspecto muy desasosegado esta noche. Como de alguien sorprendido cometiendo un delito menor, embarazoso de explicar. Sartre suele poner el ejemplo de quien es descubierto mirando por el ojo de una cerradura. Héctor da la impresión de hallarse avergonzado. Román no podría enumerar en ese momento los signos de ese estar azorado, salvo quizá la precipitación con que da las buenas noches y se encierra en su cuarto. Román recobra pronto el hilo del sueño. Pero se despierta una hora antes de su hora, que suele ser las siete y media, y va a la cocina a hacerse un té. En la cocina pasa una hora entera. Se le pasa la hora en un cierto sopor. Entra a ducharse al cuarto de baño. Mientras se ducha, oye a Héctor que sale de la

habitación y que sale del piso. Durante todo ese día esto es todo.

Durante todo ese día Román deja irse el tiempo hasta la noche, con la minuciosidad sosa y uniforme del transcurso del segundero por la esfera de su reloj de pulsera. ¿Qué sabe Héctor de Bernardo? ¿Qué pasa con Bernardo? Román está teniendo un día muy incómodo. No desea pensar ni en el alquiler ni en Héctor ni en Bernardo. Una vez que decide que no desea pensar en eso, no puede evitar pensar en eso. No siente angustia, no siente preocupación, ni siente aún irritación. Solo una molestia articular muy semejante a las molestias crónicas de una artrosis multiarticular. Se trata de una cierta rigidez de las articulaciones afectadas, en el caso de Román la rodilla derecha, que no causa habitualmente dolor intenso, ni siquiera punzadas fuertes, pero que a la vez no cesa de hacerse omnipresente como una ligera rigidez artrósica. La rigidez artrósica de gravedad media funciona como una idea fija que no llega a ser obsesiva. ¿Sigue pensando Héctor que Bernardo cumplirá sus compromisos como arrendatario? ¿Será Bernardo, como Elena se temía, un arrendatario informal, de tal suerte que siempre se las ingenia para quedar deudor? ¿De dónde demonios venía Héctor anoche? Y así sucesivamente. Impertinente esta sus-pensividad que, con independencia de su naturaleza específica (de momento solo un asunto nimio), rebota en la acerada mesa de ping-pong de la conciencia aislada de Román como el goteo nocturno de un grifo, el mosconeo diurno de una mosca estrellándose contra la transparencia estival del cristal de la ventana.

Nos gustaría poder decir: no hay duda de que aquí aparece algo nuevo, decir, por ejemplo, aquí comienza la desilusión de Román tras una corta ilusión de confianza y comunicación con Bernardo. Pero esto no sería un *novum* propiamente dicho. No sería lo inesperado que sobresalta la cotidianidad de pronto, sino lo esperado, la recaída en el habitual estado de conciencia de Román: la desconfianza. Una cierta novedad ha habido en el rebrote de curiosidad —que tanto escandalizó a Elena en el sushi-bar—. Pero, en la medida en que Elena, a diferencia de Eugenio, se ha permitido el último año y medio una relación de doblez con Román y Eugenio, la aparentemente nueva curiosidad de Román, en el fondo no la escandaliza, porque ella misma, Elena, ha pecado de curiosidad al reenamorarse en su madurez de su antiguo tutor de filosofía, y este, Román, se ha dejado querer, lo cual implica una receptividad o una pasividad que paladea, un curioso. El curioso de verse como un amado inverosímil, amado por una amante a todas luces, en esta ocasión, equivocada. La realimentación del ilusionarse de Román con

Bernardo (todo este barbotear acerca de la confianza difuminando la pura curiosidad en una como lucha legítima contra la desconfianza innata), al surgir en parte en contra de su mejor opinión, en contra de los dictados de su sentido común, una como aceptación de la palabra de Héctor, de la confianza de Héctor en Bernardo, podría considerarse un cierto *novum*. Solo que momentáneo. La cronología de esta ocurrencia debe consignarse. ¿Qué podría ser lo inesperado ahora? ¿Qué podría ser lo irreconocible ahora en este entramado de relaciones? Algo que validara el célebre *dictum* «Quien no espera lo inesperado no lo reconocerá cuando llegue». ¿No sería un cierto *novum*, o una novedad rayana en lo nuevo casi absoluto, el que Román aceptara ahora, más o menos sin pestañear, el largo sablazo de un inquilino que se dispone a no pagar sus mensualidades?

Resulta ser que ahora, de pronto, son las doce de la noche y llaman a la puerta del piso de Román, ¿y quién podrá ser? Uno que llame al timbre no puede ser Héctor, que tiene llave. Baja Román a abrir y es Héctor con su mochila, que parece, con sus muy abiertos ojos negros, un chico del colegio. En el retrovisor del yo ocurrente de Román surge, como un relampagueo microscópico, la noción de que es prácticamente ilegal recibir en casa a un adolescente, menor aún, pasadas las doce de la noche. Sería ilegal, lo hubiera sido en otro tiempo, llevarle con dieciséis a un bar de copas, con diecisiete. ¿Qué pasa? —ha preguntado secamente Román—. Y Héctor balbucea (a medida que habla, se reafirma un poco en su propio verbo, como si hubiera temido que Román le cerrara la puerta en las narices y, al no hacerlo y al escucharle, se reordenara el mundo y se volviese, una vez más, narrable. La intensa imagen de un chaval muy joven, de ojos muy oscuros, en el retrovisor de la conciencia que Román tiene de la presente situación, en la inacción que implica la presente situación).

—Siento mucho, o sea, lo siento, que ayer noche, al encontrarnos, que yo acababa de llegar e ibas tú al baño, me sentía muy mal, no me atrevía a contarte nada, porque no contaba con encontrarte a esas horas y abajo había dejado a Bernardo, que ha tenido un accidente y le fui a buscar y le traje en taxi y se quedó dormido con las tres pastillas que me dieron en urgencias. Ahora está abajo.

—¿Qué hay entre vosotros, Héctor? ¿Qué es lo que hay?

El rostro de Héctor refleja repentinamente disgusto, no asombro, ante la intempestiva pregunta. Este disgusto —calcula Román rápidamente— no se corresponde del todo con la manera de ser del personaje. Al fin y al cabo fue

el propio Héctor quien desde un principio lo contó todo, incluido lo escabroso de la violación a los trece. Román aún recuerda que aquel relato tenía un punto intensamente agridulce, como un cuento infantil de príncipes y duendes contado con malicia a un adulto. Pero Héctor no contó su relato con malicia, el relato de Héctor fue sin malicia, aunque muy explícito. ¿A qué viene ahora esta pregunta de Román con su retintín acusatorio?

—Te lo acabo de decir. Que Bernardo está abajo, que ha tenido un accidente.

—Por eso apareciste ayer a las tantas. Estuviste con él hasta las tantas. Da igual. Tú eres el raro aquí, el inexplicado.

—Bernardo está abajo, con el codo desencajado. Salió ayer a patinar sin coderas.

—Entonces, estaba en Madrid... No me ha pagado el alquiler. ¿Se puede saber por qué?

—Bernardo es sin porqué —declara Héctor, clavando sus ojos negros, muy abiertos, en el rostro curioso e irritado de Román.

Sentir curiosidad es, ahora, la suma de todo lo que siente. Es un deseo todopoderoso y poderdante que anula todos los demás sentimientos, incluso el sentimiento de la propia dignidad. Román desea saber qué hay entre estos dos, qué fue lo que hubo y cómo es lo que hay ahora: toda la vaina entera. Al carajo el resplandor de la belleza. **El anagnóstés**, el lector, quiere oírlo todo ahora de viva voz. La situación es cómica, absurda: ambos interlocutores, en pie frente a frente, ante la puerta abierta del piso de Román, hablan como vecinas de palique, en el descansillo.

Bernardo es una aparición. Instalado en mitad del cuarto de estar, en mitad del sofá entre almohadones, el brazo derecho en cabestrillo, sus grandes ojos cuajados de pronto, como dos grandes canicas de colores. Hola, Román, dice Bernardo. Y el brazo en cabestrillo le confiere un aire soldadesco, de herido de guerra, en edad militar aún. Y más delgado de lo que Román le recordaba. No se le puede negar un cierto aire, que Román trata de adjetivar de inmediato, sin éxito. No es distinguido. Tal vez fue, pero ciertamente no es ya, hermoso. Un aire picassiano. Esto es un hallazgo. Un saltimbanqui de mediana edad, de la época azul, sentado en el trivial sofá del piso de alquiler, de media anqueta, apoyada la mano carnal en el hombro de Héctor que acaba de instalarse junto a él en lo que queda de sofá, a su derecha. Sorprendido por el abultamiento de esta imagen de Bernardo, Román permanece en silencio ante él como si Bernardo fuese un jefe de centuria y Román un flecha o un

pelayo que va a dar la consigna, o recitar tal vez el Padrenuestro falangista: Señor y Dios nuestro, José Antonio sea contigo, queremos lograr aquí la España erecta y noble que él ambicionó. Las comparaciones no son odiosas. Y Román ahora ha entrado de sopetón en el líquido amniótico de la fascinación comparativa, sin duda la inteligencia madura por comparaciones. ¿Cómo es posible que un hombre de su edad, ya jubilado, un jubilara, padezca de pronto esta insensatez? Cuentan que los nacionalsocialistas representaban en las paredes de los gineceos héroes germánicos, los de los desmesurados hombros y los falos, para que las mujeres concibieran titánicos hijos alemanes. Pues bien, ahora este aquietamiento imaginístico se le contagia a Román, le inmoviliza. Todo lo que está viendo en suma es casi nada. Un hombre de su edad, con el brazo derecho en cabestrillo, con unos grandes ojos fijos como pájaros y la no-luz de la curiosidad que imprime un fuerte impulso a la conciencia de Román como un tiovivo. Y hay en todo ello una aceleración, una gran prisa, un tener que, un no poder no, una absolutamente absurda no-querencia de Román por Bernardo. Y esa curiosidad sobrevenida como una mosca cojonera. Y he aquí que Bernardo dice: he tenido este accidente y, ea, perdona, a consecuencia de lo cual y al mismo tiempo de tener que afrontar bastantes pagos, tres pagos, no he podido aún, y aún no puedo, abonarte la mensualidad correspondiente al tercer mes. Y yo te ruego que hagas por una vez la excepción de no exigirme que te pague ahora mismo, o sea, ahora, sino a fin de mes. Y aquí Héctor dará fe de que no hay trampa ni cartón. En mi existencia, no la hay. Y ahora te pido por favor, Román, que tengas en cuenta que estoy aquí en esta casa porque deseo ser iluminado por tu reciedumbre y también por la seriedad, que como un sol alumbra a los ligeros, a los patinadores, a los sinsustancia, a los que como yo no somos nadie y contamos solo con el aval de un chavea a quien violamos a los trece.

Redomado. Un pederasta redomado. Y, una vez más, un miserable. Quien habla con el aplomo con que Bernardo acaba de hacerlo y aplica ese aplomo por igual a dos asuntos de tan distinta importancia, el pago del alquiler y su interpretación del propio pasado, es un redomado charlatán. No hay en las palabras de Bernardo y en su actitud ahora mismo ninguna señal de autocrítica: ahí le tiene Román delante de sus narices, brazo en cabestrillo, comfortable entre sus almohadones, coreado, elogiado, justificado por su propia víctima. Bernardo es sin porqué —ha dicho Héctor, traduciendo así la justificación metafísica de su antiguo tutor: no hay por qué dar razones, no hay por qué explicar nada—. Hay que tomar a Bernardo en bloque tal y como

viene. Tanto se le agolpa la irritación a Román en la conciencia que tiene que, literalmente, cambiar de posición, sentarse en una de las butacas del tresillo de su propio piso.

—¿Cómo te rompiste el brazo? —pregunta por fin Román, lamentando por primera vez que hayan entrado tan deprisa en el tuteo y perdido así la oportunidad de distanciarse siquiera verbalmente de Bernardo que tan bien le vendría ahora.

—¡Oh! Fue una combinación de torpezas por mi parte. Me dejé las coderas en casa de un amigo. La maniobra de un coche me obligó a cambiar la trayectoria bruscamente y perdí el equilibrio con tan mala suerte que caí sobre el brazo derecho.

—Pero estabas en Madrid... —señala Román con un inconfundible tono de censura.

—Sí, estaba. Uno tiene que estar en algún sitio. Incluso los patinadores estamos a temporadas en sitios fijos de la geografía.

—Eso es una contestación chulesca, Bernardo. ¿No te oyes a ti mismo? Y tú, Héctor ¿no le oyes chuleándote? Presumiendo de lo que te hizo. Es insoportable oírlo.

—Vamos a dejar eso —dice Héctor—. El caso es que Bernardo es más bocazas que otra cosa. Yo estoy acostumbrado a él. Y en el fondo también tú, Román, te estás acostumbrando...

Román reconoce que esto es verdad. Con mucha más rapidez de lo que jamás creyó posible, Román se ha acostumbrado al descaro de Bernardo. Y es la curiosidad la que ha abierto la vía, la curiosidad que no sopesa nada y que, en efecto, como Bernardo repite una y otra vez, resbala sobre la superficie de las cosas sin echar raíces, sin reparar en la obvia mortalidad y fragilidad de los mortales, de Héctor por ejemplo. Hasta tal punto (esta idea se le ocurre a Román de pronto, asustándole), está Bernardo —o parece estarlo— seguro de haber seducido a Román que el dejo de chulería que acaba de percibir le ha parecido solo eso, un vago aire zumbón.

El joven Kierkegaard del *Diario de un seductor* hubiera dicho ahora que Román es un viajero extraviado, que en lugar de desorientarse en un paisaje se desorienta en su yo íntimo, «queda recluido en un espacio muy angosto y enseguida vuelve a encontrarse en el punto desde el que partió y va recorriendo de continuo un laberinto del que comprende que no podrá salir. [...] Trata de continuo de salir, pero de continuo solo encuentra entradas que lo conducen de nuevo a sí mismo». No hay *novum* para Román, ni para nadie

dentro del contexto de la conciencia de Román. Vuelve una y otra vez al punto de partida, su conciencia vuelve contra sí misma toda su penetración intelectual.

Una errancia remota

Sí, Héctor conoce a casi todos los patinadores que patinan por Madrid con Bernardo. Pero no es amigo de ninguno. En realidad, aparte el propio Bernardo y, los últimos meses, Román, Héctor no tiene amigos. Nunca los ha tenido. Ha tenido, desde luego, novias. Bernardo suele decir: si se es chica no se puede vivir sin ser tu novia. Bernardo bromea obscenamente a veces, postureando como los mariquitas, diciendo: una vez, Héctor, yo fui tu novia. Una chica mayor que te gustaba, tomaste tú la iniciativa. Tú quisiste ser mi joven novio y yo una chica mayor, no muy agraciada, que por las noches reza los rosarios y solo piensa en ti. Estas imitaciones burlescas solo entretenían a Héctor un rato corto. Pero Bernardo, a veces, se volvía tediosamente repetitivo, recreándose en la suerte del falsete, como un mal torero que no atina a matar. En realidad Héctor pensaba que Bernardo era un mal torero, de tercera fila, que torea en plazas de tercera o de segunda y que le tienen que descabellar al toro porque él mismo no atina a matarle. Era tedioso. Aparte Bernardo y las mil novias, Héctor no tenía ningún amigo. Lo de Román también fue porque resultó ser el primer personaje de fuste que se ocupaba de él y no era Bernardo y no era una mujer pendiente todo el rato de sus labios y sus ojos y su picha. Héctor odiaba ser ese figurín, un estúpido imán de los deseos de pobres chicas confusas de su edad, de chicas mayores que empezaban ya a aburrirse de sus maridos o de sus parejas. Héctor odiaba el cuerpo que tenía. De este desafecto no era Héctor del todo consciente puesto que se había acostumbrado a entrenarse y a tener con su propio cuerpo esa relación higiénica que los deportistas tienen con sus cuerpos: alimentarlos sin excesos, limpiarlos, estirarlos, evitar las caricias que ablandan. Todo lo que sabía, lo sabía por Bernardo, a través de Bernardo. Era imposible no sentirse agradecido. Era imposible pensar que hubiera otras personas con quienes relacionarse independientemente, por sí mismo. Fue una pura casualidad que diera con Román a consecuencia de aquella entrevista que le hizo.

El encuentro con Román ha sido muy violento. Bernardo con su brazo en cabestrillo da ahora mucha lata. Héctor lleva mal la nueva tirantez con Román. Le gustaría hablar con Elena y con Eugenio. Se siente solo cuando está con Bernardo y Román, y también se siente solo cuando está con cualquiera de los

dos por separado. Román está agresivo: no comprendo —ha declarado— cómo ha sido lo vuestro en estos años. No entiendo cómo uno como tú se ha entregado a uno como ese. Y por más que Héctor haya jurado que no está entregado a Bernardo y que solo es que no puede evitar sentirse concernido por sus cosas, no ha habido manera de cambiar el humor de Román, que se pone hosco y peleón cada vez que sale este asunto. Román ha declarado: estoy seguro de que Bernardo te engaña y que estás avalando a un sinvergüenza. Estás en el puro *credo quia absurdum est*, con Bernardo te rayas.

No es exacto decir que Héctor esté ahora del todo en el *credo quia absurdum est*. Más bien ahora está en un salir de esa situación, un cuestionar a Bernardo que no implica abandonarle y que, de hecho, ha empezado a manifestarse durante este último mes y pico. Por ejemplo, ahora está siendo consciente por primera vez, quizá, en su vida, de que no tiene, aparte Bernardo, amigos en serio. Un efecto de la relación con Román ha sido descubrir que este es el caso. Una vez más, Héctor ha reaccionado al relacionarse con Román según el modelo remoto que quedó fijado de muy joven en su relación con Bernardo. Aquella relación implicaba, incluso a esa edad tan escasamente reflexiva de los trece-catorce, que lo mayor, lo más importante, lo esencial que sucedía entre los dos tenía que permanecer en secreto. Que lo esencial de nuestra vida tenga, por cualquier razón, que permanecer en secreto y suceder a espaldas del mundo ordinario es un hecho capaz por sí solo de modificar toda una vida. La relación con Bernardo convirtió a Héctor en un impostor involuntario, un pseudoactor que finge que siente lo que dice que siente. En estas circunstancias es natural no tener amigos íntimos. Bernardo succionó toda la intimidad de Héctor hasta que Héctor acabó el bachillerato. Después dejaron de verse con regularidad pero el hábito de la reserva estaba ya creado y era casi irrompible. Y esa reserva era angustia. Lo reservado era en la conciencia de Héctor una dulce opresión. Una angustia análoga a la que sienten los niños. La reserva que Héctor aprendió a guardar y donde se guarecía era también angustia pura y simple, en gran medida inconfesada.

Hubo al principio, al dar casualmente con Román, un momento de liberación y de alegría. Por incongruente que suene, Román representó lo inesperado, lo nuevo, en la vida de Héctor. Por eso hizo todo lo posible por quedarse con él, por apegarse a Román, por divertirse. En la misma medida, sin embargo, en que Héctor se sentía liberado por el simple hecho de hallarse en compañía de un hombre sensato y sabio como Román (ante el cual podía

referir incluso las escenas más escabrosas como si fueran partes de un relato ajeno) en esa medida se sintió obligado a relacionarse también, al menos, con un Bernardo que cada vez se alejaba más de su vida. Y sucedió que al encontrarse Bernardo y Héctor, Bernardo de inmediato descubrió el verdadero estado de ánimo de su antiguo pupilo, de su víctima: Héctor estaba empezando a tener una vida independiente, comenzaba a olvidarle. Ese sentimiento funcionaba en el chaval en un doble sentido: a la vez que se sentía liberado, se sentía culpable de olvidar y obligado a no olvidar a Bernardo. Todo esto Bernardo lo vio en un abrir y cerrar de ojos. Y le hizo sonreír y volvió a considerar a Héctor como un factor interesante de su vida, como una pieza nuevamente en juego.

Ir al Paseo de Coches fue una ocurrencia que Héctor tuvo a consecuencia de lo incómodas que se habían puesto las cosas en casa tras el último desplante de Bernardo. La intención de Héctor —que en realidad era bastante imprecisa— se resumía en preguntar a los amigos de Bernardo si sabían dónde había estado Bernardo todo aquel mes y lo de su accidente. Héctor esperaba de ese modo sacar algo en limpio, algo que poder contarle a Román y que sirviera para tranquilizarles a todos.

Dio, en efecto, muy pronto con dos de los patinadores que Bernardo le había presentado tiempo atrás. Se sentaron a tomar una cerveza en el quiosco del Ángel Caído. No habían visto a Bernardo en meses. No sabían dónde andaba. No sabían nada del accidente.

En nuestro tiempo raras veces se oye hablar de lo demoníaco —decía Kierkegaard del suyo—. Hoy en día, en cambio, hablamos de lo demoníaco sin parar y la gente ha dejado de leer a Kierkegaard. Decía el maestro danés que «lo demoníaco es lo reservado y lo involuntariamente revelado». Y lo cierto es que aquella tarde en el Retiro, en la glorieta del Ángel Caído, lo involuntariamente revelado por los amigos de Bernardo fue que Bernardo aparecía y desaparecía también ahora de un salto sin previo aviso y sin porqué. Ahora comprendió por qué Kierkegaard dijo también que lo demoníaco es *lo súbito*. Bernardo había súbitamente aparecido y desaparecido a lo largo de toda la vida de Héctor. Estaba y no estaba. Presencia-ausencia combinándose en un tiovivo incesante que Héctor de todo corazón avalaba y que, a la vez, ahora, de todo corazón, no comprendía y temía.

Bernardo dijo un día: tenemos ritmos distintos.

Y Héctor sintió una punzada en el estómago al oírlo y, sin embargo, una vez oído, tuvo que reconocer que era verdad. Y a la vez se dio cuenta de que

Bernardo le tomaba el pelo, puesto que Bernardo sabía que, con lo que le hizo a los trece, los naturales ritmos de Héctor se habían interrumpido. Ahora Héctor no tenía ya ningún ritmo natural que no fuese el impreso entonces, el contrarritmo.

En aquel tiempo el padre y la madre de Héctor pensaban que los pringaos eran los otros y ellos lo guay. Lo guay era el caballo. Por todo Madrid relinchaba el caballo: seréis como dioses. Pero para consumir había que traficar. E incurrir, por lo tanto, en la ilegalidad. Entrando y saliendo de la cárcel, de una incompleta desintoxicación a otra, fueron perdiendo significación los dos. Tenían un aire juvenil y reviejo —la paternidad les sentaba a los dos casi peor que el emparejamiento—, como ropas de segunda mano. Se conocieron muy jóvenes consumiendo, los dos eran muy guapos. La madre de Héctor era además una niña bien. Acabaron desvalijando el piso de la madre de la madre de Héctor, la abuela Adela. La otra abuela se volvió al pueblo harta de Madrid y del marido, todo el día en la tasca, nada más jubilarse. Les cayeron cinco años en trenas distintas. Bernardo era jefe de estudios del instituto por aquel entonces. Habló con la abuela Adela: quédese tranquila que el niño estará bien con los demás aquí. La abuela Adela llevaba ocupándose del niño desde recién nacido. Era un niño lucido, un muñequín. La abuela Adela entendía que quererle era mimarle. Y era difícil no cuidarle como a un muñequín que uno acuesta en su cunita y se le acuna y se le da el biberón y luego se le saca a pasear en el cochecito y las amigas de la urbanización del norte de Madrid venían a verle, que pataleaba en el fondo del cochecito sin almohada. Esto del sin almohada era una medida pediátrica en boga por entonces. Las amigas venían a verle y decían qué rico es. Se le podía achuchar de niño y luego después, cuando gateaba, recorría la casa de extremo a extremo. Y de guapo que era parecía una niña y era un niño. Y la abuela Adela le dejaba el pelito largo para que pareciera más la niña que ellas fueron en la imaginaria vaciedad del largo cuento de ser niñas y madres y abuelas en los tiempos del racionamiento. Fue cierto que Bernardo se hizo cargo de todo poco a poco. Y Héctor se dio cuenta, ya a los diez años, de que sus padres no lo eran apenas y de que la abuela Adela era cada vez menos atenta con él. En parte porque había tenido ya dos isquemias y vivía como atemorizada, confiando solo en que la hija la dejara en paz. Héctor se acostumbró a vivir en varias casas, yendo y viniendo de unas a otras con la mochila auestas. Le parecía natural ir de casa en casa eludiendo siempre los sucesivos destartalados pisos de su madre, muchos de ellos pisos de acogida. Luego

empezó a pasar tiempo con Bernardo, quien tampoco era muy de casa fija, aunque sí que tenía alquilado un piso en la parte alta de Príncipe de Vergara detrás del Auditorio: era un piso casi sin mobiliario con un aire estudiantil, incluida la habitación de Bernardo, que tenía los libros amontonados en pilas por el suelo: un pasillo largo con habitaciones a los lados. Ahí era también divertido estar. Lo fue durante un tiempo. Luego, con la Facultad, volvió a vivir con la abuela, que estaba cada vez peor y necesitaba una enfermera permanente. Sin residencia fija pasó Héctor la mayor parte de su vida universitaria. Solía dar la dirección y el teléfono de la casa de su abuela en los sucesivos papeles académicos y documentos que tuvo que ir rellenando en esos años. Luego vivió con sucesivas chicas, con quienes hacía el amor tan desapasionadamente que acababan todas enamorándose de él sin esperanza. Esta situación de *éramenos* heterosexual, de inspirar amor entre sus compañeras sin sentirlo por ninguna de ellas en particular, le volvió huidizo. Estás aprendiendo a estar en todas partes como en casa —comentó Bernardo en más de una ocasión—. Pero Héctor, entre los trece y los diecisiete, solo se sentía en casa cuando Bernardo le acogía, que era por temporadas, porque Bernardo mismo cambiaba de sitio con frecuencia incluso dentro de Madrid, y también casi como en casa en casa de la abuela, hasta que la abuela Adela se volvió imposible con la hipocondría y la realidad creciente de sus ataques cerebrales. Estar en todas partes como en casa, estar en todas partes y en ninguna, oír contar todas las historias, asistir a todas las peleas, no encontrar trabajo fijo, no querer pareja fija. Cuando dio con Román, llevaba casi dos años de vulgar errancia madrileña, de becario por varias redacciones, de compañero de varias compañeras, de realquilado en varios pisos de alquiler.

Las palabras lacerantes llegaron mucho después. El propio Héctor llegó a emplearlas como quien produce gestos aprendidos, completos ya, sin contenido experiencial propio, como quien aprende a usar un lenguaje técnico (un lenguaje muy ritualizado como es por ejemplo el lenguaje litúrgico) sin que haya correspondencia entre el hablante y lo designado. Héctor aprendió a designar lo ocurrido entre Bernardo y él con palabras que eran como gestos, gesticulaciones medioabstractas, mediojurídicas, medioculpabilizantes. La característica esencial de un gesto es que ya ha sido hecho, dice Sartre. Y añade que no es una operación que inventemos nosotros sino que es una unidad ya constituida, una realidad ya repensada que no incluye la experiencia de quien ejecuta el gesto. Esto solo se cumple verdaderamente en los niños o en las personas muy jóvenes, que copian gestos que han visto ejecutar a otros

compañeros o a personas mayores. Las blasfemias o los insultos pronunciados a muy temprana edad son gesticulaciones de este tipo. En cierto modo Héctor aprendió a entender jurídicamente lo ocurrido entre Bernardo y él antes que existencialmente. Entendió que Bernardo había cometido un delito, pero dado que el delito había sido cometido contra el propio Héctor, Héctor tenía la capacidad de perdonarlo o de experimentarlo como un *bien* a pesar de definirlo a la vez socialmente como un mal. Cuando Himmler animaba a sus oficiales de las SS a ser sobrehumanamente inhumanos por el bien de Alemania estaba borrando lo que tiene de delito el genocidio, en nombre de una ideología que llamaremos, por abreviar, el amor a la patria.

Fue todo ello confuso mientras duró la adolescencia de Héctor. Y todo ello sucedió en un largo recitativo. Bernardo contaba lo sucedido a su víctima, que a su vez no se veía a sí mismo como su víctima sino como cómplice. Una de las argumentaciones características de Bernardo venía a ser esta: tú sabes, Héctor, que después de esto no hay nada. No hay una aclaración posterior a la acción, no hay una explicación en el sentido de que una vez dada una explicación se descansa en lo explicado y aclarado: entre nosotros lo ocurrido no puede ser objeto de ninguna aclaración más allá de la repetición. La aclaración es la repetición de la acción. Por eso los rituales, el canon de la misa por ejemplo, producen una infinita aclaración a base de no corresponder con nada real, no esclarecen nada real, constituyen la realidad reproduciéndola.

Era interesante examinar el carácter de Bernardo a la luz de su pirotecnia verbal. De la misma manera que los fuegos artificiales —las palmeras, las estrellas, los volcanes de colores— irrumpen instantáneamente en la oscuridad de la noche o de la bahía negándola, anegándola de luz para luego deshacerse y retornar el mundo entero a la continuada oscuridad desencantada, así también la pirotecnia verbal de Bernardo producía en el joven Héctor un efecto de instantaneidad lumínica, que al deshacerse le dejaba sumido en la gran melancolía de la noche desapegada, en el relente continuo de la noche carente de símbolos. Por ahí iba Bernardo cuando decía: nosotros nos hemos acostumbrado al realismo y la confusión leyendo los rituales de las misas o de las oraciones, pero no hay nada al fondo, ¿tú sabes lo horrible que es que no haya nada, verdad? Sé que es horrible decírtelo, pero es mi obligación decirte que no hay nada al fondo. ¿Sabes lo único que hay al fondo? Lo que hicimos tú y yo reproducido a través de los siglos en el secreto. Dios con nosotros, pensábamos, y no había Dios, solo estábamos nosotros.

El intercambiador

Se daba maña para dar con lo esencial de cada cual. Coincidir con aquello único e inexpressable, o inex-presado al menos, de cada individuo con quien se cruzaba. Era una maña, ni siquiera un arte. Era una habilidad discontinua, ni siquiera un arte. Era un fruto combinado de la mala idea, del mal gusto, de la mala intención, de la curiosidad, sí. Sí, pero era una maña profundamente inscrita en la conciencia de Bernardo, que, como una espontánea fertilidad, como un recurso, como una gracia infantil, funcionaba cada vez que Bernardo daba con su objeto correspondiente: en este caso, la peculiar vocación médica, la traumatología de Eugenio y Elena, sobre todo de Elena. La continuada práctica de la traumatología acarrea, o bien una callosidad cada vez más pronunciada del alma, o, al contrario, una desnudez y carne viva más y cada vez más pronunciada. En el caso de Elena, era lo segundo, combinada con lo que trabajó en másters y doctorados en reumatología, y los mil y un casos reumáticos distintos, la deformación de pies y manos, sobre todo de las manos. Cada vez que un paciente nuevo se sentaba frente a ella, extendía ambas manos y decía: doctora, mire usted...

Elena le acariciaba ambas manos con sus manos y le decía: así estaremos todos nosotros dentro de un tiempo. Y decía el paciente: usted, doctora, no. Me he fijado en sus manos y son limpias y firmes y doradas, incluso en invierno con la humedad y los fríos. Y decía Elena: yo también, corazón, yo la primera. La artrosis multiarticular acaba alcanzándonos a todos. Y esto era, paradójicamente, un gran consuelo y esperanza que Elena proporcionaba a sus pobres pacientes impedidos e inarticulados por las artrosis multiarticulares que en cada caso eran distintas unas de otras, no obstante ser igualmente dolorosas todas ellas a la vez. Desde la perspectiva de Bernardo, con el trompazo y el dislocado del cubito y radio del brazo derecho, fue una bendición. Y esto demuestra hasta qué punto era Bernardo a la vez brutal y heroico. Hasta qué punto era el furor heroico parte de su íntegro ser, podrido como todo su ser e iluminado como un cuerpo glorioso. De entre todos los textos que Bernardo sabía de memoria, uno era el que mejor sabía y mejor recitaba. Eran las cuestiones 82-85 de *De conditionibus beatorum resurgentium* de Santo Tomás de Aquino.

Había logrado Bernardo, a través de Héctor, colocarse en una fila de pacientes del hospital donde trabajaban Eugenio y Elena. Ese hospital no le correspondía a Bernardo por la Seguridad Social, pero se habían arreglado las cosas para que Elena pudiese verle. Bernardo tenía el don de hacerse intensamente visible en un momento dado, como un cetáceo inmenso cuyo lomo de pronto ocupa todo el horizonte marítimo y cuyo coletazo, desplomándose sobre el aplanado mar, nos deja atónitos. Así, dejó atónita a Elena, apareciendo en la consulta y hablando, como solía, sin parar en este caso de la resurrección de los huesos que, según la Suma Teológica, pertenecen a la integridad individual: nos consta, Elena, declaró, que resucitarán los huesos, porque son parte integrante de la integridad del individuo a diferencia del semen, por ejemplo, que no es necesario para la conservación del individuo, como son los cabellos, las uñas o los pies, sino solo para la perfección de la especie. Este modo de hablar de Bernardo sorprendía a Elena mucho más de lo justo, incluso acostumbrada como estaba a un habla filosófica y erudita por sus conversaciones con Román. Eugenio y Elena, no obstante haber dedicado sus vidas a una especialización médica muy concreta, se habían acostumbrado a hablar entre ellos y con Román con los giros un tanto pedantes y ciertamente anticuados que Román usaba en su conversación. Pero ese modo de hablar especial y fascinante de los filósofos, que Román les había contagiado desde muy jóvenes (porque la filosofía es ante todo un lenguaje sobreabundante, excesivo y poético, digan lo que digan los positivistas contra esa nuestra gigantomaquía), cobraba en el caso de Bernardo un dejo burlón. Una seriedad burlona. Esto, decidió Elena aquella mañana de consulta traumatológica, era la diferencia específica que separaba a Román de Bernardo, aunque no con toda nitidez sino con una seminitidez, en claroscuro, acercándolos y distinguiéndolos al mismo tiempo como las cabezas de dos gemelos. Se parecían, por de pronto, en aquel hablar entrecortado por las citas y los textos que los dos sabían de memoria. Una cosa que ambos tenían en común eran las riadas de palabras que iban a las cosas a la vez que volvían de las cosas a las frases. En un vaivén que a Elena se le antojaba marítimo, como el cabeceo con las mareas de las algas. Tenían el don predigital del uso transtextual de los textos. La cita, no solo como referencia erudita, sino también como ilustración, como estampa. Este uso de la cadente avalancha de textos en la conversación, como un tetris verbal, hacía que la conversación con los dos le pareciera a Elena un juego en parte agotador y en gran medida adictivo. Elena y Eugenio habían comentado con

frecuencia que Elena tenía una personalidad más adictiva que Eugenio: una mayor propensión a engancharse en combinatorias de ingenio, visuales como el tetris, o verbales, como en las peleas de enamorados, las más encarnizadas, que solo redime el don de las lágrimas.

Era inverosímil y era absurdo y tenía que ser falso que Bernardo se hubiese presentado en la consulta solo para preguntar si todo cuanto hubo en el cuerpo perteneciente a la naturaleza humana resucitará con él. Todo lo que forma parte de la carne y del hueso —declaró Bernardo, como si estuviera dando una noticia de actualidad— pertenece a la integridad de la naturaleza humana. Mi brazo roto que tú repararás, resucitará arreglado y perfecto como si no hubiera habido accidente ninguno, ¿no es así? Elena se sintió, a su pesar, malhumorada, aunque también divertida. Por eso dijo: la cosa, Bernardo, según parece, es que no habrá resurrección. No hay resurrección. Así que toda la teología de la resurrección tal y como aparece en la Suma Teológica, toda la belleza de las descripciones de las cualidades de los cuerpos gloriosos que Román nos ha leído tantas veces, son solo poéticas. Y añadió Elena: nunca he acabado de entender por qué le fascinan a Román esas más que dudosas especulaciones de la teología escolástica. Yo no discuto su valor poético, lo que digo es que no pueden dar lugar a una discusión racional. —¿Entonces tú crees que la pregunta acerca de si todos han de resucitar con la misma edad juvenil es estúpida? —acaba de preguntar, con un retintín guasón Bernardo.

—No sé qué te propones, Bernardo —dice Elena—. ¿De verdad quieres que discutamos este asunto? Debieras darte cuenta de que tu presencia aquí, con una lesión no muy importante, que te pueden curar en cualquier ambulatorio, da la impresión de que buscas otra cosa, quizá charlar conmigo o congraciarte con Román y conmigo, no sé. Siento un intenso malestar, siento que me estás tomando el pelo. Aun aceptando que la opinión de los medievales respecto de la resurrección del cuerpo humano o lo contrario sea muy interesante, no veo por qué tenemos que discutirla tú y yo ahora.

—¿Me estás queriendo decir, Elena, que estoy malgastando tu tiempo de consulta y que no es asunto tuyo todo esto? —Bernardo, una vez más ha preguntado con retintín. Se ve de sobra que cuenta con la respuesta que Elena le da.

—La verdad es que sí. No sé de qué vas.

Con lo anterior les dio la hora del almuerzo. Es decir, llegó el descanso que Elena se tomaba a mediodía. Y convidó a Bernardo a tomar algo en la cafetería. La cafetería era una estancia grande con las bebidas y los

mostradores del autoservicio al fondo, y una larga cola de pacientes, internos, médicos, cargando sus bandejas con indigestos platos combinados. Que Bernardo hubiese, con tanta naturalidad, entrado a formar parte de aquel ambiente y aquella cola sorprendió a Eugenio, que acababa de entrar y que se acercó a ellos ya con su bandeja en la mano. Pero más aún sorprendía a la propia Elena —que se ufanaba de no tener pelos en la lengua— el no haber sido capaz de quitarse a Bernardo de encima y lo que es aún más chocante, sin haber ni siquiera llegado a examinarle propiamente el brazo. Era como si Bernardo tuviese una habilidad prestidigitatoria, un dar la impresión mientras hablaba de estar a punto, de hacer surgir una novedad narrativa, ir a dar ya en la próxima frase una gran sorpresa narrativa. Elena pensó que había escuchado todo aquello de los huesos y de la naturaleza como si fuese a surgir de pronto una explicación omnicomprendiva. Mientras le alargaban un plato de albóndigas con patatas fritas, recordaba con una viveza anómala la frase que Bernardo había citado literalmente: «las obras de Dios son perfectas. La resurrección es efecto de una obra divina. Luego el hombre será reparado perfectamente con todos sus miembros». Y recordó Elena que al oírle recitar ese texto, que para algunos solo sería una trivialidad de la mecánica lógica escolástica, había sentido un escalofrío como si alguien acabara de confiarle una verdad terapéutica profunda. En la idea de dedicación a la medicina que Román les metió a los dos en la cabeza, también a Eugenio, iba este asunto de la rehabilitación o reparación o reanimación de la naturaleza, un imposible: de todos los conceptos médicos a Elena le parecía el más metafísico, y el más traumatológico a la vez, el concepto de rehabilitación. Era obvio para Elena —y también para Eugenio, aunque Eugenio era menos reflexivo, filosóficamente hablando, que Elena— que una vez adentrados en la segunda naturaleza —y con independencia de los desarrollos dogmáticos de estos conceptos que a Elena interesaban poco—, la noción ontológico-terapéutica resultaba fascinante y era característico de la habilidad cinegética de Bernardo dar, como por instinto, de golpe con los temas que apasionadamente interesaban a cada cual. Descubrir, gracias a Bernardo, un corruptor de menores, esta conexión interior entre la dogmática y la terapéutica le parecía a Elena maravilloso pero también ominoso. Que ahora Bernardo a ojos vistas estuviese disfrutando de un copioso almuerzo de dos platos, macarrones con tomate y pollo asado con patatas fritas, sentado en los rígidos asientos de la cafetería del hospital frente a Eugenio y Elena, como dos discípulos, le pareció de pronto a Elena sombrío como un mal presentimiento, como una

angustia sin objeto correspondiente, una presencia de la posibilidad antes de la posibilidad, una aceleración desmesurada que hipotecaba su conciencia en esta repentina candela tubular de fuegos artificiales que el habla de Bernardo hacía explotar cada vez que se reunía con ella. Era extraño que Bernardo hiciese sentir a Elena, a la vez que inquietud, una como ternura maternal, análoga a la ternura que se siente, sobre todo una madre, ante un hijo guapo que ya es mayor pero que aún es un criajo a quien no puede uno abrazar ya o acariciar como de niño cuando se le desnudaba y se le lavaba y se le acostaba, cuando este cuidarle pareció que duraría eternamente y que nunca acabaría y que siempre el niño sería un niño y de pronto era un chaval guapo a quien uno no puede sostener ya entre los brazos. Que estos confusos sentimientos se despertaran en el corazón de Elena a la vez que veía a Bernardo glotonamente comer sus macarrones con tomate le pareció un escándalo, le pareció una vez más que se traicionaba a sí misma, que traicionaba a Eugenio y que ahora traicionaba a Román. Como si la presencia de aquel intercambiador fuese un yo ocurrente separado del propio yo empírico de Elena, un entendimiento agente individualizado, un *nous poetikos*, que la hiciese sentirse adivinada y consolada y en trance de ser iluminada, dándose cuenta al mismo tiempo de que todo esto era un efecto preliminar como un *fore lust* que no implicase ni conllevara de ninguna manera cumplimiento alguno. Bernardo era un puro incumplimiento. Una apariencia de realidad efectiva que se deshacía en el momento de ir a alcanzarla, dejando entre los dedos y en el paladar un gusto soso, a nada en absoluto.

El tornillo sin fin

Bernardo se fue al acabar el almuerzo. Y Elena se quedó hablando con Eugenio en la consulta de Eugenio, que era contigua a la suya. El encuentro con Bernardo había dejado a Elena incómoda consigo misma. La visita de esa mañana era la consecuencia de varios intentos anteriores que Bernardo había hecho por congraciarse con Elena, no tanto hablándole de asuntos que le interesaban como practicando una suerte de juego de adivinaciones. Elena se había sentido leída por Bernardo y, mientras eso ocurría, Elena tenía la sensación de que era un asunto sin importancia y sin duda divertido. Bernardo era un conversador divertido. Dos adivinaciones: una, la relación de Elena con Román, ahora interrumpida, sobre la cual se había Bernardo deslizado como un auténtico patinador de calle. Esta particular relación, incluso ahora que había acabado, aún inquietaba a Elena, que llevaba muchos años apegada a Eugenio y a Román, y que sabía que apegarse a uno de los dos en exceso tenía, a la fuerza, que acabar mal. Bernardo dio a entender que sabía lo que pasaba entre Román y ella, pero tuvo tacto más que de sobra para no hacer ningún comentario inadecuado. El tacto de Bernardo era, quizá, la mejor parte de su sentido irónico de la existencia. El otro asunto eran los sentimientos que a diario despertaba en Elena el ejercicio de su profesión. Elena vivía la experiencia médica con temor y temblor. Esto quiere decir que el sufrimiento físico de sus pacientes no le había encallecido sino que le había hecho sentir vivamente las paradójicas limitaciones de la cura, del cuidado del cuerpo ajeno. Y Bernardo se había permitido, en la reciente visita, pero también antes de esta visita, tratar de ese asunto con superficialidad erudita. Hacer uso, como Bernardo hacía, de un concepto de naturaleza humana tan poco acorde con la experiencia que tenemos hoy de la misma y atenerse a los textos más dogmáticos y anticuados de Santo Tomás equivalía en realidad a burlarse o tomar a la ligera las preocupaciones de Elena. Eugenio dijo:

—Estás distraída. Me chocó verte con Bernardo. No sabía que tuvieses tanta relación con él. No me lo habías dicho.

—Es que no tengo tanta relación. No tengo ninguna relación, solo que...

—Solo que Bernardo te ha entrado como a Román y, como a todos nosotros, también a mí.

—Eso es cierto y no sé qué significa. No sé si tengo que mandarle a la porra, porque a mí no se me toma el pelo, o tomarle en serio, porque a veces parece que habla en serio...

—Román parece haberle tomado en serio, demasiado en serio quizá para lo que es el personaje.

—No debemos, Eugenio, tener tan clasificada a la gente como los tenemos tú y yo, y también Román.

No podemos dividir el mundo en personajes simpáticos y antipáticos, es demasiado trivial. Bernardo no nos cae bien a ti y a mí, porque es lo contrario de Román. Pero a la vez se le parece mucho. ¿Reconoces esto o no?

—Bueno, reconozco un cierto aire generacional común a ambos. Reconozco eso que se llama la visión del mundo generacional, los tics de su generación, modificados en Bernardo por sus... —Eugenio duda ahora acerca de lo que iba a decir porque es claramente hiriente y censorio-... por sus reprobables hábitos sexuales, para decirlo suavemente.

—Sabes, creo que debo decirte esto, Eugenio, que hoy mismo ha hecho referencia a Nicodemo, al evangelio de San Juan y me ha preguntado: ¿cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y volver a nacer? Me he quedado tan sorprendida que le he dicho no, no se puede, es imposible. Pero me he quedado con la pregunta sin saber qué contestar...

—Esa pregunta en su caso, sin duda, es irónica. Te está tomando el pelo una vez más. Y entonces estamos donde estábamos...

—No lo sé, Eugenio. Que Bernardo me esté tomando el pelo es una posibilidad obvia en su caso. Lo hace siempre. Lo está haciendo con Román, empezando por no pagarle la renta. Es un timador. Bernardo es un timador. Un timador listo que cita el evangelio de San Juan o a Santo Tomás de Aquino, y que sabe ponerse en la piel de otras personas. Pero, además, es conmovedor. No sé, francamente, qué quiero decir con esto.

Resultaba inverosímil que Bernardo citase el evangelio de San Juan porque era ante todo muy timador que resbala sobre la superficie del mundo sin comprometerse con nada. Las dificultades de Elena y de Eugenio, pero sobre todo de Elena, con Bernardo, procedían de la situación de Héctor. Ninguno de los dos entendía del todo bien que Héctor se hubiese acomodado a la posición de una víctima que perdona e incluso ama o se siente apegada a su victimario. Habían, incluso, comentado entre los dos que la situación de Héctor tenía analogías muy curiosas con aquella célebre película de Liliana Cavani, *El*

portero de noche. El asunto es que el capitán de las SS oculto en Viena tras la guerra que había maltratado a la protagonista y del cual la protagonista seguía prendada, obsesionada con él, era un personaje cruel y superficial. No tenía ni el menor atisbo de arrepentimiento. Solo el deseo de recuperar a la que fue su víctima en condiciones parecidas ahora, en la derrota, a las que se dieron cuando era un triunfante y cruel capitán de las SS que hacía fotografías a las jóvenes judías que bajaban de los trenes. El arrepentimiento es un asunto anticuado. Es, como diría Kierkegaard, un asunto religioso y no profano. Lo que es, sin embargo, universal, sea religioso o no, es el deseo de cambiar, de mejorar, de transfigurarse. Pero ni siquiera esto resultaba del todo verosímil aplicado a Bernardo. Bernardo solo resultaba creíble en su condición de guasón empedernido y burlador desencarnado.

Lo que había conmovido a Elena fue que Bernardo dijo: me tengo que arrepentir, y no sé cómo. Elena recuerda que había añadido: además, ni siquiera puedo arrepentirme, porque mi víctima me ha perdonado ya.

Este asunto era tan desagradable —seguía siéndolo a pesar del tiempo transcurrido desde que Elena y Eugenio se enteraron del asunto por Román— que Elena no sabía ahora si ese arrepentimiento que incluía, en el caso de Bernardo, un explícito perdón por parte de la víctima conllevaba propósito de enmienda. Elena descubrió que revivía, hablando con Bernardo, un antiguo lenguaje, medio ñoño, que aprendió con las monjitas y que se había ido apagando luego, con la juventud y la madurez y la relación con Román. Era el lenguaje de las confesiones: examen de conciencia, contrición de corazón, confesión de boca, satisfacción de obra. No se atrevió Elena a preguntar a Bernardo si había dejado atrás la pederastía, muchos años atrás, o si seguía perturbando a los chavales, casi niños aún, por los parques. Había criaturas de sobra perdiendo el tiempo por los parques y plazas de Madrid estos últimos años, y era evidente que Bernardo tenía costumbre de tratar con gente joven. Tenía costumbre: sabía cómo acercarse a ellos y hacerles hablar. Curiosamente a estos adolescentes del *parfour* o los que saltan de banco en banco en la Plaza de Oriente o los que hacen *break dance* en Colón nunca acababa de parecerles un abuelo cebolleta, quizá por lo del patinaje. No les parecía un hombre mayor sino una especie de monitor de campamento. Elena reconocía en sí misma, los últimos años, un temor a hacer preguntas demasiado pungentes acerca de la realidad: el mundo le parecía cada vez más confuso, violento y ajeno, incurable.

Por eso se dedicaba con tanto ahínco y tantas horas a sus pacientes, a

sabiendas de que nunca podría curarles del todo. Estaba, sin embargo, persuadida de que solo por el hecho de empeñarse en hacerlo, entraba en un mundo de intenciones purificadas y simplificadas. Como si, imaginariamente al menos, pudiese recobrar la imposible, la perdida inocencia. De esto habían hablado mucho los dos con Román: de cómo la voluntad pedagógica por parte de los maestros salva tantas dificultades e incertidumbres, tantas debilidades que surgen inevitablemente al tratar con gente muy joven. Se aferraba Elena a la idea kantiana de que no hay nada en este mundo que sea absolutamente bueno sin excepción, a no ser una buena voluntad. Y esta idea parecía llenarse de sentido de un modo eminente, tanto en la tarea terapéutica como en la pedagógica. Y era esto precisamente, la buena voluntad, lo que le resultaba a Elena difícil de aceptar en el caso de Bernardo. Ella misma nunca se había perdonado del todo su escarceo amoroso con Román. De hecho, nunca había entendido del todo cómo no había, el propio Román, cortado desde un principio esa tendencia amorosa, sabiendo como sabía que tenía autoridad para hacerlo. Elena atribuía esta pasividad de Román en los últimos años a una jubilación mal llevada, a un sentimiento autopunitivo. Una inconfesada depresión que tácitamente acepta que todo da un poco lo mismo. Antes Román no era así. Toda su pedagogía había pivotado sobre la idea de que se podía percibir con toda claridad lo valioso, distinguir lo más valioso de lo menos valioso, lo verdadero de lo falso, lo auténtico de lo inauténtico, lo oscuro de lo claro: la idea de que lo más digno debía ser separado de lo menos digno, en un ejercicio continuo de inteligencia electiva, selectiva, en un ejercicio de elegancia. Elegancia, repetía Román, antes de la jubilación, es *eligentia*, la capacidad de elegir unas cosas y menospreciar otras. Un elegante es uno que elige con buen tino.

Lo que contó Bernardo a Elena se lo contó también a Eugenio, se lo contó también a Román y se lo contó, sobre todo, al pobre Héctor, que no podía separar aquella emoción de sentirse deseado con que Bernardo le distinguía de su propio amor estúpidamente infantil. Era tan complicada la relación con Bernardo que hubo años en que Héctor creyó que Bernardo hacía lo que Héctor le decía. Héctor no distinguía claramente, como casi nadie a su edad, entre el gran talento y la mediocridad verbosa. Entre elocuencia y labia. Para un chaval tan joven y tan aislado como Héctor, resultaba difícil distinguir entre la búsqueda de la verdad y la labia. Resultaba imposible que Héctor distinguiera el acento zorruno de Bernardo diciéndole que no podía vivir sin él del verdadero acento de quien desea el bien ajeno y no el propio.

El caso es que Bernardo les había contado a todos todo, una y otra vez, envolviéndolos a todos en aquella telaraña en cuya dulce algodónosa superficie incluso las serpientes, con excepción de la serpiente de la enredadera, quedan atrapadas. Lo que Bernardo contaba era un sinfín, un tornillo que no acababa nunca de encajar en ninguna ranura, abrir ninguna puerta, significar ningún significado, solo la forma pura del girar, como del atornillar, del resbalar, no abriendo ni llegando ni significando en general nada en concreto: solo el puro impulso degenerador que conduce de un extremo de la nada al otro. Eugenio contó que Bernardo le contó que los veranos le acorralaban y que los años le acorralaban en un juego erótico que no sabía sofocar. Todos descubrieron a la vez que Bernardo odiaba ser dejado fuera. Tenía que ser, como decía él mismo, perejil de todas las salsas.

No éramos católicos —había Bernardo contado a los tres—. Mi madre era una especie de teósofa fascinante con grandes collares blancos y abalorios y peinados que se levantaban en la cabeza como crestas coronadas de lazos: una mujer de otro tiempo, de los tiempos de la erección feminista cuando las mujeres, sinsombreristas, iban con pantalones y corbatas a las galas y a los estrenos para demostrar que eran tan masculinas como cualquier hombre, incluso más, y encima capaces de ser madres, todo lo cual tenía un marchamo cronológico de principios de siglo, un ambiente institucionalista, que Bernardo inventaba y maleaba y que era delicioso oír contar incluso en la misma medida en que uno no creía una palabra del relato. Con Bernardo era indispensable practicar la suspensión de la increencia. Aseguraba que su padre era anglocatólico.

Daba la impresión de que Bernardo se estaba inventando a sí mismo, superponiendo máscaras verbales al personaje real, como si temiera que éste no diese más de sí. Esto fue lo que vio Román ahora que Bernardo se había convertido en su deudor: ya llevaba dos meses sin pagar el alquiler. Ahora le llegaban constantemente noticias de las muchas cosas que Bernardo contaba acerca de sí mismo a sus otros amigos. Como un narrador que ha perdido la visión de conjunto y se mantiene a flote complicando el relato sin acabar de conducirlo a ningún sitio.

Son las ocho de la tarde. Román baja su basura al portal. Y se encuentra en el ascensor con Bernardo, que monta en el ascensor un piso más abajo y que lleva una bolsa de basura mal organizada. Gotea un poco, huele un poco. Con barba de dos días, Bernardo luce entrecano a la luz fluorescente del ascensor, como iluminado por una luz de acuario. No huele a tigre ni a sudor,

sino a un desodorante excesivo. Ha dejado caer sus grandes párpados como pétalos negros y al levantarlos ha sonreído con la sonrisa beata de un canónigo. Ahora no es el patinador de calle sino un personaje vagamente clerical que padece indigestión y derrumbes diarreicos. Bernardo ahora vuelve a sonreír como una dama católica ya de cierta edad que va a la Bendición todas las tardes. Un husmo. Es la bolsa de basura —piensa Román— de una persona desaliñada, seudojoven, que se ha acostumbrado a vivir en ambientes campamentarios. Una vez más ahora Román ve al Bernardo que nunca debió dejar de ver: un ex profesor de enseñanza media, jubilado, muy locuaz, con un pasado oscuro, que no tiene casi posesiones personales lo cual podría implicar desposesión, o puede implicar justo lo contrario: que vive al día, a salto de mata, sin que el hecho de no poseer nada sea parte de un proyecto ascético sino simplemente un rasgo de desidia. (Es curioso que en la Cuba de los Castro se utilice la expresión *cuentapropista* para designar a unos cuantos que tienen cuentas corrientes propias. *Cuentapropista* contiene un dejo censorio. *Cuentapropista*: una designación inventada por un pensamiento perezoso, por el pensamiento perezoso de una dictadura que no cree en la individualidad, en la propiedad privada.) En cualquier caso, Román no puede menos que decirle:

—Bernardo, llevas dos meses sin pagarme el alquiler.

—Estoy pasando una mala racha —contesta Bernardo, como era previsible—. Con lo del brazo apenas he podido ocuparme de mis otros asuntos; en fin, si no te importara esperar un mes más...

Román toma esto muy a mal esta tarde. Lo que ha sucedido con la irrupción de Bernardo en su grupo de amigos es que Bernardo ha ido desintegrando las relaciones tejidas entre ellos: la locuacidad de Bernardo parece segregar un humor discontinuo entre sus amigos: secretea con todos y con cada uno por separado, contándoles historias más o menos coincidentes, introduce perplejidad en la relación de unos con otros. Y Román sospecha que, con Héctor, Bernardo construye un relato depreciativo del propio Román. Esto no lo sabe a ciencia cierta, pero lo sospecha. Lo lleva sospechando unos días. El impago del alquiler viene a ser como un herpes, la culebrilla que se extiende por la ingle y culo arriba como una culebra degradante fruto de un contacto sexual casual, una bellaquería. Observando la bolsa de basura Román detecta de pronto un personaje desordenado y furtivo. De hecho, al preguntarle dónde se ha metido los últimos tiempos, Bernardo no acaba de dar una explicación clara. He hablado mucho con Elena, como sabrás —dice—.

Román no lo sabía. Por otra parte, Héctor está ahora más callado, pasa más tiempo fuera de casa con su revista y sus amigos periodistas, como si evitara hablar de nada serio o mucho rato con Román. Estoy incómodo, Román —ha confesado Héctor— viviendo aquí sin aportar nada. Y de pronto, eso le ha parecido a Román una salida de mal gusto, una ocurrencia forzada que solo tiene sentido ahora que Bernardo no paga su alquiler. Antes les parecía a los dos, a Héctor y a Román, que era natural que Héctor viviera en la casa, en el mismo piso de Román. Charlaban mucho, era un acompañante. Román había agradecido la compañía de Héctor al principio, pero, tan pronto como Bernardo se instaló abajo, un sentimiento de extrañeza dificultaba la fluida convivencia de Héctor y Román. Román tiene un exasperado sentimiento de incompetencia esta tarde, como alguien que ha bebido mucho el día anterior y siente la cabeza pesada y saltona al día siguiente.

Se siente víctima de este sinvergüenza a quien acogió con frivolidad, por pura curiosidad, y que ha resultado ser..., ¿qué es lo que ha resultado ser Bernardo? El caso es que Román no está ahora mismo en condiciones de descifrar el asunto. Solo siente irritación. Preferiría no tener que ocuparse de esto. Deja a Bernardo con la palabra en la boca y sale a dar una vuelta. El paisaje urbano de Madrid invernal, sepia y sonrosado: una media luna porosa, como un congelado mal congelado, surca el cielo inefectivo con una sonrisa apagada y mortal. Ha llegado la hora de que Román vea el lado desquiciante de Bernardo, su mal fario.

La sorpresa de Elena es desagradable: Bernardo acaba de presentarse en su casa pidiendo dinero. Un préstamo. Dice que ha discutido con Román y que no se encuentra en situación de pagar el alquiler y le ruega a Elena que le ayude. Y le ruega no comentar esto con Román, no comentar esto con Eugenio.

—Es una situación provisional —asegura Bernardo—. He tenido que afrontar unos pagos de la luz, el teléfono y el agua del gabinete de psicoterapia que me han dejado sin ninguna liquidez de momento.

De pronto Elena contempla la situación que se ha abierto en torno suyo con espanto: he aquí que Bernardo ha logrado hacerse con su confianza, se atreve a pedirle prestado un dinero, e incluso le ruega que no diga nada de esto a Román ni a Eugenio. Es decir, no solo le pide el dinero, sino que guarde un secreto y, por lo tanto se instale con él en el interior de una opacidad donde se hallará a solas con el propio Bernardo. Elena se siente arrastrada hacia una inverosimilitud sin control. Como si todo fuese posible a partir de este punto. Como si a partir de ese préstamo, caso de efectuarse, quedara, en manos de

Bernardo, atrapada.

Y he aquí que, de pronto, simultáneamente, en otro lado de Madrid, Héctor ha perdido el tino y no puede hablar de esto con nadie, no puede hablar con nadie ni contar a nadie que ya no se fía de Bernardo: imposible revelar que, de pronto él, el avalista, el que salió fiador, el que prestó su fe, duda de Bernardo. Ahora de pronto, esta misma tarde, en este presente continuo que es el corazón con su gran peso y sus intermitencias y su intensa fidelidad, su noble apego, ahora, de pronto, también Héctor duda de Bernardo. Ahora Héctor de pronto se siente insignificamente víctima. Ahora que no hay ya ni delito ni escándalo, todo ha prescrito ya, ahora se agiganta el maleado presente de Héctor, el pasado en cuanto tal ha pasado ya, pero en cambio, el acuciante presente de Héctor se cohibe, se contrae, se amarga, se malcura como un jamón malcurándose en la presencia del deudor, de Bernardo, en el piso de abajo. Ahora de pronto Héctor teme, al cabo de los años, haber apoyado a un impostor irrecuperable.

La locuacidad de Bernardo es como un timo continuo. Como un timarse, acercarse, alejarse en la dirección de sus víctimas o en la opuesta dirección. Lo sucedido entre Román y Bernardo ha desubicado a Héctor, que ahora vuelve a ser de pronto un criajo confuso que no sabe qué pensar de lo que le ha pasado, y muy especialmente de lo que Bernardo le ha contado que ha pasado entre los dos. Hubo un momento en que Bernardo aseguraba: me sedujiste tú, mi niño, tú a mí, no yo a ti. Acuérdate de lo que dice el Señor: «Yo os elegí a vosotros, no vosotros a mí». Y tú eres el Señor de este reino sublunar en que nos vemos e imaginamos siempre juntos. Por consiguiente yo soy tu víctima, Héctor, no tu victimario, ¿no lo ves así tú mismo? Héctor ahora no lo ve así, ve que la locuacidad de Bernardo es un timo continuo, un garabateo, un tornillo sin fin, en la angustia de la posibilidad hasta el evitar era un apetecer. Y Héctor llora derrumbado sobre su camita en el piso de Román, no sabiendo a qué carta quedarse.

El fondo de Héctor

Román había asistido con una curiosidad pasiva al proceso de seducción de Elena, de Eugenio, y al raro fenómeno de la nueva seducción de Héctor — que era un hecho, a ojos de Román—. Ahora de pronto se siente cómplice, por inacción, de las andanzas torcidas de Bernardo. La voz de la conciencia de Román no es ahora la abstracta voz de la conciencia moral, sino su propia voz, su viva voz hablando a sus alumnos antaño de la grandeza de ánimo, de la rebeldía de la dignidad, del bien. Descubre Román ahora que se ha convertido en un narciso semipútrido, un narciso reptante. Y descubre que se avergüenza de no sentir ahora el furor heroico que había predicado en su enseñanza oral allá en los tiempos felices y difíciles de la enseñanza universitaria. ¿Era ahora incapaz de revolverse contra el caedizo yo, acomodado, en parte erotizado, en parte inmunizado contra el sufrimiento ajeno, contra la angustia, contra el dramatismo verdadero? Héctor le acaba de preguntar esta tarde:

—¿Qué vamos a hacer con Bernardo? ¿Tú cómo lo ves, Román? Sé que no te está pagando la renta, sé que está siendo impresentable, en fin, soy yo el culpable de que te veas en esta situación incómoda —ha declarado Héctor arrellanándose en su silla frente a Román como al principio, y ha añadido—: no se le puede juzgar a Bernardo por el rasero con el que juzgamos a otra gente. Bernardo es único.

—Es un cantamañanas, todo lo único que quieras, pero un cantamañanas —murmura Román.

—En realidad, no lo es —afirma Héctor con una sosa seriedad que recuerda la seriedad, un tanto hipócrita, de un niño crecido ante su padre—. No es en realidad un cantamañanas. Es solo un personaje único que se hundirá de pronto en el no-ser, pero que mientras está con nosotros nos ilumina con su manera única de ver el mundo, la existencia. Bernardo nos ve como no nos viera nadie antes.

Román sintió una punzada de envidia como la de alguien que ha sido preterido en favor de otra persona, a su juicio, de menor merecimiento. Y a la vez, siente que o bien ahora, aprovechando esta conversación, da un salto y se enfrenta con Bernardo, o bien deja irse todo ello al carajo, incluido él mismo e incluido Héctor. Y deja que se disuelvan todos ellos en la cotidianidad

taimada, manipuladora, que Bernardo incesantemente construye, sin prisa, sin pausa, sin afecto: solo porque sí, por el puro encanto de ir entrapando a todas las criaturas en su tela.

—Mira, Héctor, tú has caído de nuevo en el encantamiento de Bernardo. Te has vuelto un huevo, otra vez, y él te empolla hasta que rompas la cáscara debajo de la cálida y maloliente luz de la incubadora y seas un nuevo pollito amarillo que parece despierto y autoconsciente, no obstante no saber quién es, nifalta que hace, siendo un mero pollo de huevo de gallina. Cosa que no es tu caso. Tú tienes que saber con quién estás y dónde estás, no tiene nadie que decírtelo, Bernardo menos que nadie.

—¿Serás tú entonces, Román, quien me diga quién soy? ¿Eres tú el que sabes eso, el único entre todas las criaturas que sabe quién es quién? Me extraña que lo sepas, tendrías que ser Dios. Y ni Dios sabe quiénes somos, cómo va a saberlo. Somos inefables, podemos vivirnos, pero no decirnos... Tengo intención de bajar abajo a vivir con Bernardo una temporada, si no hay inconveniente.

Román ve ahora que su trivial ensimismamiento trae como consecuencia un gran desequilibrio de todos. Ahora ve con claridad —por lo menos durante este instante— que el Héctor que habla con él no es el Héctor del principio, el Héctor con inquietudes intelectuales y que era equivalente a sus alumnos de la facultad, sino un Héctor, ignorante de sí mismo, que defiende a Bernardo a ultranza. Román se da cuenta ahora de que la jubilación y el silencio no han supuesto para él ni descanso ni claridad sino solo abatimiento. Cuando daba clases, su energía narrativa, su habilidad filosófica y narrativa se amplificaba en sus oyentes: eran en realidad sus oyentes quienes le hacían ser el que era, devolviéndole sus ocurrencias, sus conceptos, su voz, amplificados. Román creyó que podía iluminarse solo, pensar solo, sacar su propia significación a partir del silencio. Pero no está siendo así. Lo que está ocurriendo de hecho es que el silencio carece de significación, el aislamiento es, sin más, tedio. Y entonces ha caído, como los viejos monjes, en la divagación de la mente, en la preocupación por las tonterías. Ha perdido la seriedad. Esto es lo que está comprendiendo ahora al ver cómo Héctor se aleja del Héctor que conoció para regresar al canal arrebatador de la costumbre de estar con Bernardo y reírle las gracias a Bernardo y de justificar a Bernardo. Por eso ahora dice secamente:

—Harás lo que tú quieras, Héctor, pero Bernardo es tu perdición, en lo idiota, acabarás idiota, balbuceando frases ingeniosas que se deshacen una

tras otra. Tienes que saber que Bernardo no es un gran genio único, sino solo un ingenioso, un listo, que abusó de ti y que no te dejará libre nunca.

—Ese tono moralizante no te va, me metes un rollo a mí acerca de lo perjudicial que es Bernardo. Eso es lo que haría un padre que no sabe nada de la vida de sus hijos pero que en cambio ha visto programas en televisión donde se horrorizan los educadores y los padres y los periodistas de la mala situación de la juventud contemporánea. Estás hablando con la voz impostada de un educador. No me estás hablando a mí en persona.

—Vale, pero reconoce que esto es una novedad. Antes te interesaba lo que decía de ti, antes de que Bernardo te reviniera.

—¡Justo! Antes de que Bernardo interviniera, yo era una ocurrencia tuya poco menos: uno que viene a entrevistarte y con quien te quedas charlando porque no tienes cosa mejor que hacer. Cuando traje a Bernardo, traje mi realidad conmigo.

—¡Bueno, pues si es tu realidad, entonces que me pague el alquiler! — exclama Román irritándose.

—¿Así que el alquiler, eh? A eso se reduce todo. Héctor se ha levantado de su asiento. Román se para justo antes de trabarse en una discusión estéril que se reduciría a improperios y mutuos reproches. Román se queda callado. Héctor sale de la habitación pero desde la puerta dice: descuida, Román, Bernardo te pagará mañana mismo los dos meses que te debe.

La chapa

Al dejar el piso de Román, al cerrar la puerta y verse en el descansillo, sin luz, Héctor se siente repentinamente atemorizado: acaba de enfrentarse a Román, casi le ha insultado. Y tiene intención de despreciar su consejo acerca de Bernardo. Y, sin embargo, Bernardo (que sigue siendo el sin porqué) está empezando a ser también un problema confuso para Héctor, un generador de inseguridad. Acaba de decir que mañana le pagará el alquiler a Román. ¿Tiene Bernardo ese dinero? Héctor sabe que no. ¿Lo tiene Héctor? Por supuesto que no. Para pagar a Román y callarle la boca necesita 1.600 euros. Eso son algo más de tres sueldos del periódico. La reacción antiBernardo de Román le molestó. Bernardo es algo suyo. Que Bernardo sea algo suyo es parte del misterio de un chico sin familia. No puede consentir que se le falte el respeto a Bernardo. Solo el propio Héctor podría hacerlo. Hay una fraternidad entre los dos, materno filial, invertida, que empuja ahora a Héctor como un fuerte río que nadie puede cruzar a nado salvo él mismo: demasiado ancho, demasiado turbulento, arremolinándose a favor y en contra de la corriente, encrespándose, erizado de súbitos peñascos cuyos lomos renegridos surgen de pronto entre el oleaje ambidextro. Para quedar bien, para darle en las narices a Román, a quien ahora momentáneamente detesta, podría pedirle ese dinero a un prestamista. Héctor trata bastante a uno del periódico, jugador empedernido, un cincuentón que se las sabe todas, que conoce prestamistas de confianza — un imposible, claro. La gracia de este tipo del periódico, de este cincuentón jugador, es que da la impresión con frecuencia de estar al borde de lo imposible y que esta vez acertará del todo. Y nunca acierta—. Pero no hay tiempo suficiente de aquí a mañana. Tiene que ser de aquí a mañana. Héctor tiembla esta tarde y no da con el mapa del tesoro. «*Each man in his prison thinking Of the key.*» Pero las imágenes de tesoro, y de mapa, y de prisión, y de llave, son teleológicas, están pensadas desde un concepto de fin, de logro, que no se cumple en el caso de Héctor ahora, porque se ha injertado a sí mismo esta noche, y quizá desde siempre, desde que le cautivó Bernardo, en una finalidad sin fin, en un no-logro, en un inconsciente amor al fracaso. Podría pedirle el dinero a Eugenio o a Elena pero no tiene confianza con ellos. Tendría que encontrarse el dinero en la calle, una cartera caída en el Metro.

Una vez, en Londres, Héctor entró en un andén vacío. Y a mitad del andén, en una de las bancadas, había una cartera repleta. Héctor se guardó la cartera y salió del andén y se internó en el laberinto subterráneo del Metro no hallando de pronto la salida, él que era muy zahori, y que se orientaba siempre espléndidamente a la primera en cualquier parte del mundo. La emoción de poder largarse con la carterale impedía registrar mentalmente los carteles con el *way out*, acabó dándose de bruces con la plataforma de los controladores que le habían estado siguiendo por el monitor de vigilancia todo el rato. Todo esto lo recuerda Héctor de golpe en la sedosa noche de Madrid en otoño. No sacará ese dinero, seguro que no, en ningún bar gay de Chueca. No en una noche. Pero puede robarlo. Robar 1.600 euros se convierte de pronto en un objetivo legítimo porque brilla ante los ojos y porque reanima a Héctor. Le hace sentirse gestor de su vida: él tendrá mil y pico euros mañana por la mañana, los robará. Casi cualquier carroza gay con Mercedes deportivo que le recoja en la calle del Almirante tendrá dos mil euros en la cartera. De pronto Héctor se encuentra diciéndose a sí mismo: ¿es que no valgo yo dos mil euros? Valgo más que eso. Bernardo dijo en una ocasión: todos los chavales deben venderse alguna vez. Es parte de su educación cívica. Héctor recuerda que le discutió violentamente este asunto. Es una degradación. No es una degradación, es una transacción. Cobras por proporcionar un placer que solo tú puedes proporcionar. Ese carroza del descapotable solo te tiene a ti durante un rato para que la noche no se le vuelva infernal. Su noche es ya infernal y volverá a ser infernal cuando te deje a ti en la calle. Pídele mil euros por la compañía, a ver qué pasa. Y Héctor dijo: yo no soy un animal, tengo una profesión, tengo... Héctor recuerda que dudó y se abstuvo de hacer un listado de las cosas que tenía, porque en verdad no tenía muchas: lo más que tenía era el orgullo de su despierta inteligencia, su carrera de periodismo. Y luego, sí, su belleza física, su atractivo erótico que el propio Héctor siempre había menospreciado. Esta iba a ser la primera vez que se vendía. Una cosa era discutir con Bernardo acerca de si la prostitución masculina tiene su legitimidad propia, su belleza propia, su eticidad propia, y otra, hacer la prueba y ver si le daban, números redondos, dos mil euros por pasar una noche con alguien. Lo hacía por Bernardo. También Bernardo había dicho: la integridad física, el sentimiento de integridad erótica y corporal, es un tabú que debe romperse. Da igual que se rompa o no efectivamente, realmente, pero debe romperse mentalmente, Héctor, porque no hay nada sagrado en nuestra corporeidad, de la misma manera que no hay nada sagrado en la compra-venta

del oro o los diamantes. ¿Es tu cuerpo, crees tú, más valioso que una esmeralda, por ejemplo? Tu precio depende de la oferta y la demanda. Ten, Héctor, el valor, la dignidad, de convertirte en mercancía y entrar en el juego de la oferta y la demanda, ofértate y así verás qué demanda tienes. La obvia maldad de todas estas ocurrencias de Bernardo, la retórica trivial del mal que contenían, no le parecen esta noche a Héctor retórica sino, de algún modo, exactitud. Bernardo es un poeta que odia lo poco-más-o-menos: la exactitud es ponerse a prueba. ¿Cuánto se pagaría por mí si entrara en la cadena comercial de los cuerpos? Igual —dijo Bernardo— no te daban ni cien euros, igual te Tacaneaban cien euros. Igual tenías que regatear. Entonces Héctor preguntó: ¿me estás, Bernardo, diciendo, que hay muchos como yo? ¿Que yo soy uno más entre los iguales a mí, que se compra-venden en Recoletos o en la calle del Almirante? Y dijo Bernardo: yo no estoy diciendo nada, tío, estoy reduciéndolo todo, reduciéndonos a todos a nuestro mínimo común denominador. Y, también, tratando de quitarte el miedo que nos inspira a todos, incluido a mí mismo, el no haber llegado a nada y no ser nada. Ser carne de cañón, un mozo de reemplazo.

Había, en efecto, muchos dos-plazas, bajando por el lado del Gijón de Recoletos. De pronto, Héctor es solo esa figura delgada, de hombros anchos y pelo largo, que se apoya en el capó de uno de los coches en doble fila del paseo. Casi enseguida distingue el morro goloso de un Mercedes SLK 350: parpadea la luz roja de una frenada en dos tiempos. Héctor se inclina hacia la ventana izquierda que está abierta. Un hombre mayor, claramente mayor, con una hermosa cabeza plateada. Lleva un jersey de cuello vuelto color marrón. Se ve que se da rayos y mantiene un bronceado artificial en pleno invierno. Tiene una cara amable. Todo es siempre amable, el mal es dulce —piensa Héctor—. Se monta en el deportivo y bajan Recoletos abajo por el Paseo del Prado hasta Atocha. Al pasar por delante del Thyssen, el hombre mayor dice:

—Me llamo Eduardo.

Héctor dice: me llamo Héctor.

—¿Conoces este museo?

—Claro. Soy universitario, soy periodista.

—Eres muy atractivo —dice Eduardo y trata de agarrar el brazo de Héctor.

—Te voy a costar un dinero, Eduardo. No soy un cualquiera. —Héctor es tan directo porque la situación es inequívoca: es una compra-venta. También porque tiene prisa, también porque se siente inseguro. Esta va a ser su primera

vez. Esta es su primera chapa. También porque tiene intención de robarle. No obstante el Mercedes SLK, Eduardo no es un personaje ostentoso. Tiene el aspecto cuidado, elegante, de un alto ejecutivo. Es muy amable y no se muestra nervioso. La naturalidad de su cliente desconcierta a Héctor que se comporta con brusquedad, no sabiendo bien qué quiere lograr con esta brusquedad: demostrar quizá que no es un maricón, solo un chapero con experiencia. En realidad, Héctor siente en cada músculo, en cada fibra de su cuerpo, la excitación del ir a robar, del cazador que está a punto de cazar una buena pieza. Se siente despojado de toda identidad que no sea la de un depredador que no tendrá compasión si el animal malherido se revuelve y ofrece resistencia—. Quiero dos mil euros —añade ahora.

—Eso es mucho dinero.

—No valgo eso, según tú —tiembla un poco la voz de Héctor que está reproduciendo un diálogo in-trahistórico y milenario: la compra-venta milenaria de los cuerpos. Haberse zambullido, por su propia voluntad, para salvar la cara de Bernardo, por darle a Román una patada en los cojones, haberse entregado a esto voluntariamente, no es ahora un consuelo sino un conflicto que quisiera resolver hablando mucho o incluso haciendo esa mamada que Eduardo espera, tras lo cual se irá, le dejará libre, capaz de avalar a quien él quiera, pobre Héctor insomne, que entra como en el agua fría de una playa pedregosa, el agua en la cintura y más adentro el agua rodeándole los hombros, la cabeza, la brazada, la infinitud del mar que no distingue entre pulpos y niños.

—No es lo corriente que se paga —comenta Eduardo intentando iniciar un regateo como en broma. —Si me tratas mal yo te trato mal. Si me faltas al respeto, te faltó yo al respeto. Trátame bien o allá tú. ¿Crees que no valgo dos mil euros?

—No, entiéndeme, Héctor. Si quieres dos mil, te doy dos mil. Pero entiende que entonces tiene que ser toda la noche. Además, no tengo ese dinero encima, tendría que sacarlo de un cajero.

—Me da igual toda la noche, pero tienes que pagarme por adelantado. Además, no lo hago todo. Me tienes que dar dos mil porque te gusto, es sin condiciones, tío.

—Vale, así lo haré. ¿Te apetece antes tomar algo? Desde la terraza del Avenida América se ve todo Madrid.

—Me es igual.

—Lo que es bárbaro es que se ve todo Madrid desde ahí. Una copa y nos

vamos. —Me es igual.

—Me cohibes bastante, Héctor. No me atrevo a nada contigo. Y da igual. Con tal de que te estés la noche aquí conmigo, lo demás da igual.

—A mí, desde luego, me es igual. El asunto es que lo hago por dinero. La pasta es todo. Y te he pedido poco ¿o crees que te he pedido demasiado? Si crees que dos mil son muchas pelas, entonces eres más rá-cano que rácano. A mí me han dado, ha habido tíos, oyes, que me han dado, o sea en metálico, seis mil, lo que es una mamada. Se ve que no me crees.

—Perdona, sí te creo. Estoy sufriendo mucho, soy un pobre hombre. Si quieres seis mil, te doy seis mil.

—Tus putos euros te los metes por el culo. Quiero lo que te he dicho.

—Sé, por favor, bueno conmigo, hay un cajero aquí en Velázquez.

Es por la noche. Es de noche. Es la noche noctámbula que abre la conciencia del noctámbulo y que, a la vez, la cierra y la comprime. Es ahora el entrecejo de la noche, lo malo de la noche. Pasadas ya las doce, más allá del bien y del mal. Y hay en Madrid, en otoño, un aire deseante, un dios deseante que no satisface ningún deseo de satisfacción. Un dios que es cruel y que oprime la conciencia hasta convertirla en una nada, en una insignificante conciencia del dolor y del deshonor y de la culpa.

El caso es que los dos del Mercedes SLK 350 se apean a la vez y se dirigen al cajero, a un cajero del Banco Santander de Velázquez. Lo triste es que Héctor sabe que Eduardo sabe que el corazón es un cazador solitario. Héctor sabe que Eduardo sabe que en el momento en que saque sus dos mil euros del cajero automático, y se los pase, sin mirarlos, a Héctor, Héctor le dejará plantado. A Eduardo solo se le ocurre ahora musitar —y esto es un acto de lucidez que encanta a Héctor—: sé que ahora te vas a ir, solo te pido, por favor, que me llames mañana o cuando quieras. Y le alarga su complicada tarjeta de ejecutivo con faxes, e-mails, teléfonos fijo y móvil. Y así sucede. Durante un instante, frente al cajero, Héctor observa el deseo esparcido por el aire como un vilan0, el insaciable, el fatuo, el insignificante deseo amoroso. Solo acierta a decir, una vez que tiene entre las manos los dos mil euros y los guarda en el bolsillo:

—Te llamo a este móvil que aquí veo, mañana o pasado. ¿Te va bien?

—Haz eso, por favor —dice Eduardo bajando la cabeza.

Enfrente del cajero del Banco Santander de Velázquez, deslumbra humillado el Mercedes SLK 350, como un símbolo erótico, la nadería de la nada, que ahora resplandece y deja de ser. Héctor se pierde en una lateral de

Velázquez y Eduardo piensa que se merece lo que le está pasando.

Entra Román

Se siente responsable de la situación. Se siente un impostor. Sabe que se dejó querer por Elena y que, a la vez, en el dejarse querer había un incitarla a quererle que le hacía falta en aquel momento. Necesitaba la atención especial que un adulto enamorado es capaz de prestar a quien ama. Necesitaba ese juego de atención que no oprime, de cuidado que no empalaga, de devoción incondicional que, sin embargo, nos deja en libertad. Los amores adolescentes no pueden ser correspondidos, son siempre unidimensionales —piensa Román, una vez más—. Solo en la madurez, en la juventud, que ha pasado ya de la adolescencia, tiene sentido la frase de San Agustín: «Mi amor es mi peso». Antes de la madurez, el amor y el enamoramiento es nuestro desequilibrio. Estas reflexiones combinadas con la irritación que siente contra Bernardo le están reactivando.

Suena el timbre del piso de Román. Y cuando Román se adelanta a abrir, ya está abierta la puerta, que ha abierto Héctor con su propia llave: Héctor pasa de largo sin mirar a Román y llega hasta el salón. Lleva un sobre en la mano. Arroja bruscamente el sobre en la mesa del salón. Ahí tienes —dice— tus dos mensualidades. Tiene un aspecto irritado y cabezón. Como de alguien que lleva a cabo una acción a la fuerza y quiere acabar de una vez con el asunto. Cumplir con un trámite. Hay un punto de chulería en sus andares, que tiene que proceder —piensa Román— de que ha conseguido mágicamente el dinero que prometió la tarde anterior. Pero todo esto tiene un punto de incongruencia. Todo es disonante ahora mismo, atonal.

—Un momento, Héctor, ¿qué me traes aquí? ¿Eres tú quien paga los alquileres de Bernardo?

—¿Qué más te da a ti quién los pague? El caso es que ahí tienes tu dinero.

—Vamos a sentarnos y a hablar de esto, Héctor. Es demasiado estúpido todo para que dos personas inteligentes, que hasta hace poco se entendían bien, ahora de pronto se comporten con chulería y cabezo-nería. Tienes que explicarme qué pasa.

—No tengo por qué hacer nada que no quiera —declara Héctor, dándole la espalda, y saliendo del piso.

Román observa el sobre, incrédulo. Lo abre y contiene 1.600 euros justos, es decir, las dos mensualidades que Bernardo tenía que pagar. Coge su chaqueta del perchero y baja al piso de Bernardo. Ahí no hay nadie. Tiene la sensación de empujar con gran energía una puerta que ahora cede con toda facilidad: la realidad de pronto no ofrece resistencia, y ha dejado de estar presente. Es como si le hiciera muecas un niño repentinamente instalado ante él, un rostro desfigurado, convertido en un rostro gesticulante y a la vez en una desaparición instantánea.

No hay que hacer ningún esfuerzo porque la realidad no ofrece resistencia, Bernardo no ofrece resistencia. Y al parecer, ahora, Héctor tampoco. De pronto Román piensa que su situación es ridícula. ¿Qué hará? ¿Subirá a su piso y esperará a oír los pasos de los dos de abajo y entonces se precipitará contra ellos, quizá con una escoba en la mano? Se siente grotesco. Una vez más, Román pone en marcha la única acción que le proporciona realidad: llama por teléfono a casa de Eugenio y Elena y propone reunirse con ellos esa misma tarde.

Es una reunión sin sustancia. Ahí están los dos frente a él, más casados y más médicos que nunca, sin saber qué decir. Lo que Román les ha contado ha ido en disminución, como si la voz de Román, a medida que contaba lo que contaba, fuese contrayéndose y aniquilándose y volviéndose una nadería. Lo que ha contado no es una nadería, pero tampoco es cosa mayor: que Héctor ha llegado, chulesco, con un sobre y el alquiler de dos meses. Eugenio ha dicho: menos mal. Y Elena ha dicho: bueno, esto estabiliza la situación. Y Román se ha sentido cabestro, como un cabestro que traen a la plaza del pueblo, a la plaza en general, para conducir al toro mansamente, se ha sentido buey.

—Me están tomando el pelo estos dos —dice por fin.

—Yo creo que no —dice Eugenio—, yo creo que Héctor tiene buena voluntad. Bernardo, no. Sin duda, Bernardo es un pinta, un malandro, lo que quieras, pero Héctor no. Héctor es lo que queda cuando se trata de sacar en limpio lo que la victimización ha hecho a la víctima: el esqueleto. Héctor es un esqueleto. Y lo mismo Elena que yo, ¿verdad, Elena?, estamos decididos a salvar al crío. Héctor es el niño en esta historia.

—Pero ¿y yo? ¿Quién soy yo? —pregunta Román de pronto como poseso del desconcierto.

—Tú eres quien eras, quien siempre has sido —dice Eugenio—. Yo no tengo que explicarte a ti quién eres, no tanto porque lo sepas ya como porque sí, por una imposible casualidad no lo supieras, tampoco yo sabría quién soy

yo. Tú nos volviste inteligibles a Elena y a mí. Éramos adolescentes confusos y tú despejaste las duras incógnitas. Y tú nos hiciste ver que incluso si no había ningún más allá tras la finitud, incluso si ninguna institución era perfecta o trascendente, nosotros mismos sí que podíamos llegar a ser más grandes que nosotros mismos. Tú nos hiciste ver que la grandeza de ánimo era nuestra por derecho propio desde un principio, solo que había paradójicamente que esforzarse en alcanzar lo que ya era nuestro desde siempre. Así que ahora no puedes decir que no sabes quién eres porque eres Román, y Elena y yo somos hechura tuya.

—Quisiera creerte. Pero estoy perdiendo pie. Llevo perdiendo pie ya varios años. Me siento innecesario. Aquí Elena no me dejará mentir —dijo Román, y alzó los ojos a Elena y vio que Elena no se sentía cohibida ni avergonzada de la pasión que ambos habían sentido, o de la que quizá solo ella había sentido, sino que al contrario, parecía sentirse ahora iluminada por la energía de un nuevo nacimiento. ¿Era eso lo que estaba sucediendo?—. Se me ha ido la situación de las manos —declaró Román a continuación.

Y Elena preguntó:

-La situación con Bernardo.

—La situación con los dos. Acaba de pagarme Héctor dos mensualidades de golpe, las dos que me debía Bernardo. ¿De dónde ha sacado ese dinero? Y eso que a mí debería darme igual, acaso soy yo el guardián de mi hermano, me perturba sin embargo porque sé lo que Héctor gana, que son cuatro perras. ¿De dónde ha sacado ese dinero? ¿Y por qué se siente obligado a pagarme él, y no el cantamañanas de Bernardo? Yo soy el mayor cantamañanas de todos porque he destruido el recogimiento en que vivía, he destruido vuestro afecto y me he entregado a la curiosidad, al patinaje.

—En fin, no sé, a mí me parece que te estás inventando todo eso —dice Elena—, tú no has hecho todo eso, solo que te encuentras con un inquilino moroso, un moroso. La morosidad es una infección, quizá leve, siempre se le puede regalar el piso al dichoso Bernardo, uno siempre puede regalarlo todo, pero sin embargo no es así como las cosas funcionan. Acuérdate de Hayek: si nos comportáramos todos como un Estado providente, se iría el mundo al carajo, con todas las salvedades que se quieran. Lo único que puedes hacer, Román, es enfrentarte al monstruo.

El encuentro con los dos le ha reanimado. Román vuelve lentamente a casa. Tiene que sacar vigor del antiguo impulso que le hizo ser quien era. Ese vigor le hacía ser justo y sabio y casto y le sirvió para conducir a mucha gente

joven a sus destinos individuales, ayudarles a lograrlos. Ahora no puede haber llegado el final. Esto no puede ser el final. No puede ser que ahora, por culpa de Bernardo, se haya vuelto insustancial el propio Román. Tiene que aclarar de dónde procede ese dinero y por qué ha tomado tan a pecho Héctor el compromiso de avalar a su victimario. Al entrar en casa, sentado en el cuarto de estar, sin hacer aparentemente nada, con las largas piernas ante sí, mirando el techo, se encuentra con Héctor.

—¿De dónde has sacado ese dinero?

—Se lo he sacado a un tío que me ligó la otra noche.

—Déjate de bromas.

—Es la verdad, no son bromas.

—¿Qué le diste a cambio?

—Lo normal, lo que suele venderse en estos casos: mi cuerpo. Fue agradable. Fue una experiencia agradable, me hubiera dado el dinero de cualquier manera, el pobre maricón, pero yo le garanticé la mercancía. Hice lo que me pidió, ¿te parece mal?

—No te creo.

—Dirás que no quieres creerme. Que si me creyeras tendrías que aceptar que he hecho lo correcto dentro de un mundo absurdo. Reconoce que eres tú quien más gana con mi chapa. No Bernardo, sino tú. Si yo no te hubiese traído los i.600 euros, hubieras tenido que tomar una determinación, montarle un pleito a Bernardo, echarle de casa... Todo muy desagradable, de sobra sabes lo que hay que hacer en estos casos, pero es todo ello muy incómodo. Yo he te resuelto el problema, ¿no? Ahora, hasta el próximo mes, no tienes que preocuparte. Lo hice por ti, tío. Me prostituí por ti. Era contigo con quien tenía el compromiso y lo cumplí. ¿Te parece mal? ¿Te escandaliza?

—Creo que me estás tomando el pelo. Pero, si fuese verdad, me daría pena, me darías mucha pena.

—Esa pena tuya, Román, es desagradablemente buenista. ¿Qué quieres decir con que si fuera verdad te daría pena? ¿Te parece mal la prostitución masculina? ¿Te parece mal la prostitución en general? ¿Crees que somos víctimas insalvables de un sistema económico salvaje, un antiquísimo sistema de compraventa, que tiene sus encantos, dependiendo, claro está, del precio que se asigne cada cual? El mío, por cierto, es muy alto. En el alterne siempre se ha considerado que el alto alterne es menos puterío que el bajo. ¿No vende la gente otras cosas? ¿Dónde está la degradación? Hay mucho paro, tío. Mejor puto que insolvente, digo yo.

—No te reconozco, estás representando un papel. Estás disimulando ante ti mismo, que te has comprometido en una historia sinvergüenza de la que no sabes por dónde salir.

—Es que sí sé, ya lo has visto. Y por cierto, no di nada a cambio. El tío con quien estuve era más generoso que tú. No me pidió nada a cambio, solo que le llamara si podía alguna vez. La vileza del comercio sexual es una invención de los moralistas, solo hay vileza cuando hay vileza. El dinero no vuelve vil una relación, ¿o tú crees que sí?

El arrepentimiento

«El arrepentimiento es la poderosa fuerza de autorregeneración del mundo moral que opera contra su continuo entumecimiento.» Esta tarde de otoño, de vuelta en su piso, Román se siente entumido y envuelto en una antigua lucidez que —no deseando hacerlo— no tiene más remedio que denominar arrepentimiento. Se ve forzado esta tarde lluviosa (esta noche ya bien entrada, en el piso vacío que fue el receptáculo de su soberbia ilusión de plenitud y de seguridad de una jubilación que se le complicó más de la cuenta) a releer a Scheler. En realidad Román no lee ahora a este autor: es un lector desatento que hojea libros que leyó hace años, que subrayó entonces. La culpa es una cualidad, no un sentimiento. Con independencia de que uno se sienta culpable o no, la culpa permanece. Y Román sabe que es una característica profunda de la culpa el hecho de que se oculte a sí misma al crecer dentro del corazón a la vez que embota el sentimiento de que está ahí y de que es nuestra. Esta tarde Román se siente reflejado en esas frases abstractas: su culpa fue abandonar el entusiasmo que le condujo a ser un gran maestro de filosofía y de moral. De pronto se le enmoheció la voluntad.

Y Román dejó que esto sucediera dejando a la vez de sentirse culpable. Todo lo ocurrido a partir de la visita de Héctor y la aparición de Bernardo se inscribe en este mismo ámbito de la dejación de responsabilidad. Al abandonarse, Román los ha abandonado a todos. Tiene ahora la impresión, análoga a la lluvia, de que es lento, de que tarda mucho en entenderse a sí mismo, en entender los libros, en entender a los demás, en entender el mundo. Uno de los motivos de que su enseñanza fuese sobre todo oral fue que no quería que los estudiantes se perdieran, se lentificaran, en la lectura, en la escritura. Deseaba, como Platón en el *Fedro*, que todo sucediera de viva voz en el agora, en el aula. Recuerda un libro de poemas de Llamazares que se titula *La lentitud de los bueyes* y que es un elogio de la lentitud: y recuerda otro libro (curiosamente todos sus recuerdos son solo libros) titulado *La invención de la lentitud*, un libro acerca de los viajes de los veleros. Román sabe que hay una buena lentitud, la de la paciencia, y una mala lentitud, destensada, la lentitud de la desmotivación. Se siente lento esta tarde húmeda y aocada, se siente insustancial. De alguna manera todo está en conexión con

todo esta tarde y sin embargo Román no ata cabos. Así, por ejemplo, recuerda la reformulación del Padre nuestro que hizo Pedro Abelardo: en vez de *pane nostrum quotidianum da nobis hodie*, Abelardo rezaba *pane nostrum supersubstantialem da nobis hodie*. Todo en esta tarde es supersustancial, un relato sobre la falta de sustancia. Un relato sin peso, sin gravedad, sin amor. Se siente acabado pero a la vez se siente lúcido esta tarde. ¿Será así como adviene el arrepentimiento al corazón? La presencia de la culpa, pero ¿qué culpa? Y a la vez el vacío y a la vez la lucidez, la inmensa claridad que conlleva el reconocerse pecador... ¡Ya ha salido la palabra podrida! Pecador, pecado, las palabras podridas del catolicismo, del luteranismo. Toda su vida gira ahora alrededor de Román como un tiovivo: todas las significaciones de su vida, el catolicismo, el rechazo del catolicismo, el impulso heroico, el éxito pedagógico, la jubilación, el fracaso, el deterioro, la lentificación de sus reacciones, su pereza. Lentitud y pereza mental. ¿Es lento o es simplemente perezoso? ¿Soy lento o soy simplemente resbaladizo y perezoso y corrupto, zarandeado por mis mil pequeñas gulas? —se pregunta Román: sin duda caben aquí estas preguntas, son legítimas preguntas—. ¿Por qué dejó la Iglesia? —se pregunta ahora—, no fue porque estuviese *demodé*. Fue solo porque no creía necesitar de un sistema de credenciales independiente de sus propias creencias. Pero he aquí que ahora relee: «Lo aquí dicho no es todavía un pensamiento específicamente cristiano». Es cristiano solo en el sentido de que el alma misma es por naturaleza cristiana. Y, sin embargo, el arrepentimiento solo adquiere su plena luz, su significado completo, en la Iglesia cristiana. Únicamente la doctrina cristiana nos hace entender por qué el arrepentimiento posee la función central del nuevo nacimiento en la vida del hombre. «Es terrible —dice Scheler— que solo podamos obtener la vida por el oscuro y doloroso camino del arrepentimiento. Pero es magnífico que haya realmente para nosotros un camino hacia la vida. Y, ¿no la perderemos necesariamente por la culpa que se acumula sobre nosotros?» Al entreleer estos textos se sintió Román conmovido como quien recuerda de pronto un primer amor. Al fin y al cabo Román era católico. Y la lectura de estos textos de Max Scheler, que le parecen ingenuos ahora, le parecen a la vez exactos. Y sintió de pronto gran nostalgia. Y se dijo Román a sí mismo en voz alta, poniéndose de pie, con una alzada teatral, como la alzada de un caballo de gran alzada, como una duplicación irreal de sí mismo, como quien lleva tacones: «*I have measured out my life with coffee spoons*». Y añadió en el mismo tono: «*because I do not hope to turn again. Let this words answer / for what is done, not to be*

done again /may the judgement not be too heavy upon us». Se sintió ridículo. Se le habían saltado las lágrimas e inexplicablemente esto era consolador: *in hac lacrimarum valle*. Todo esto era un impostado requilorio, una impostada teatralización de una lectura punzantemente católica, un texto de un autor inmensamente respetado. José Luis Aranguren, recordó Román, solía decir que su mayor amor filosófico, nunca superado por nadie, fue Max Scheler. Todos estos recuerdos librescos, todas estas instantáneas, propulsiones, retracciones, ocurrencias, atraviesan la conciencia de Román ahora como meteoritos que van de un lado a otro de la habitación *signifying nothing*. Significándolo todo: se atrevía a invocar, en este clausurado interior de esta su enmohecida conciencia, la técnica eliotiana del empedramiento de textos, de citas citables en el discurso narrativo.

Román tiene ahora que recorrer en un instante todos los pasos de su vida, que fue brillante y que dejó de ser brillante, que fue noble y que dejó de ser noble. Y Román se asombra ahora de que dejen de ser nobles y valiosos los sentimientos y los impulsos que fueron nobles y valiosos en su día. De la misma manera que se asombra ahora de que se le salten las lágrimas y de que no acierte a decir: mis lágrimas significan ¿qué? No sé por qué estoy llorando. A veces, en determinadas personalidades el llanto y la humildad es un efecto del intenso amor a una persona que solo puede expresarse de ese modo. Pero el caso de Román es raro. Es, en el fondo, un hombre frío. No tiene corazón. Su corazón se agotó en desear la sabiduría. Hubo un tiempo en que Román suscribió existencialmente las palabras de Schopenhauer: «La conciencia mejor me eleva hasta el mundo en el que no hay personalidad ni causalidad ni sujeto ni objeto». Con el nombre de «conciencia mejor» unifica Schopenhauer todas sus experiencias en estados de superación interior. Todas las cosas que sabe Román no valen nada ahora. No sabe adonde ir. No puede recurrir a ninguna comunidad, a ninguna experiencia común. Recuerda una frase anticuada del canon de la misa: no mires a mis pecados sino a la fe de tu Iglesia. Pero no hay ninguna Iglesia, no hay ningún sitio adonde ir. No hay ninguna acción que ejecutar, excepto esta rara inacción de volverse hacia sí mismo y reconocerse culpable, responsable y culpable. De eso no me arrepiento, tengo yo razón contra la Iglesia. ¿Y qué es eso? ¿Qué es en el caso de Román *eso*? Todo esto está bien y tendría interés si no fuera porque ahí afuera la vertiginosa existencia sin significado acontece cruelmente: ahí afuera hay el devorar o el ser devorado, hay el sufrir, el infernal sufrir y

penar de ese infierno intramundano que somos todos para todos, hay un

plus de insignificancia para Román. El premio de consolación de Román es no haber prácticamente existido, excepto para las dos personas que le han respetado y le han amado más, Elena y Eugenio, a quienes sin embargo a punto estuvo de herir mortalmente consintiendo e incluso alentando un amor adúltero que ni siquiera deseaba: solo porque se aburría y se le echaba la edad encima como una noche ciega, como eso que la juventud llama un ciego.

¿Es posible entender a Max Scheler desde una perspectiva exterior a la Iglesia?

—Tenemos que hablarlo —dijo Román por teléfono—. Tenemos que hablar lo nuestro y lo mío, ¿cómo andas de tiempo?

—Tengo la hora del almuerzo de hoy. Tengo dos horas, si quieres. Eso sería de una a tres de la tarde. ¿El Campo del Moro te va bien?

—Me va bien cualquier sitio. Iré en taxi. En la entrada de abajo, entonces —decidió Román.

Deseaba de pronto, vehementemente, recorrer ese solemne parque de palacio en compañía de Elena. Cuando colgó el teléfono pensaba en los landós, todavía con las dos capotas, la delantera y la trasera, bajadas, dulce aún el otoño, terso y joven. Y pensó en los árboles como en una promesa de felicidad y en Elena, pensativa, paseando junto a él. Los dos habían paseado años atrás y el último año, el uno junto al otro, mirando al suelo, andando deprisa. Román recuerda que miraba de reojo, que era consciente, de reojo, de la emoción del lugar, el real sitio, la realidad del sitio. Ese espacio interpretado ya, humanizado, del paisaje del jardín o la calle, o la arboleda de otoño que sabemos de memoria. Y que de pronto, al hacer memoria, arrastran consigo todos los espacios y los tiempos de nuestras memorias. Y hacen espacios/tiempos que se hacen inteligibles, solo en vocativo, solo en el amor —resumió Román para sus adentros—. Llegó él el primero, adrede, porque esperar a Elena en la puerta de abajo era parte del encanto de la situación. Y, bruscamente, según se acomodaba de espaldas a la verja pensó: ¿de verdad esto es todo? ¿Este deleite? ¿De verdad todo lo que se me ocurre este mediodía de otoño es hacer venir a Elena desde el hospital hasta aquí para sentir más profundamente la tersura del otoño? ¿Es esto de verdad todo lo que doy de sí? Había una sensualidad ambiental muy madrileña, que no estaba conectada con el erotismo, al menos no directamente, sino con la plenitud física, con el sentirse bien físicamente. Con la soberbia de la vida. De pronto estaba Elena frente a él. Tenía un aspecto cansado. Era evidente que para venir a verle a esa hora tenía que haber suprimido su almuerzo y apenas tendría

tiempo de almorzar después al volver al hospital. Era evidente que la ocasión era seria para Elena, no placentera.

—Voy a echar a Bernardo de casa —declaró Román directamente—. Si Héctor se va con él se pondrá automáticamente más allá de toda responsabilidad por mi parte, podré olvidar todo este enojoso asunto. Quisiera arrepentirme, Elena, de haber coqueteado contigo este último año tan tontamente.

—Sí que das la impresión de estar un poco gaga ahora, pasado de copas o así, ¿qué quieres decirme?

—Quiero decir que me siento culpable por haber iniciado contigo hace un año una relación afectiva a espaldas de Eugenio.

—Vale. Pero hemos interrumpido esa relación de común acuerdo y estamos donde estábamos. No te sientas culpable porque no ha pasado nada. No hubo culpa realmente sino, en todo caso, un desliz sentimental que no llegó a nada. No nos acostamos, quiero decir. Así que no te sientas culpable por eso. Si te sintieras culpable por eso, estarías coqueteando esta vez contigo mismo y con tus sentimientos. Sentirse culpable puede ser tan frívolo e irresponsable como lo contrario. Otra cosa es lo de Bernardo. Me parece bien que le echés, si puedes. Que está por ver si puedes. Igual no quiere irse y tienes que montarle un pleito. Pero en fin, me parece bien esa decisión. ¿Qué más te pasa? Estoy segura de que quieres decir algo más y no sabes qué o no sabes cómo, lo cual en tu caso, en ambos casos, sería ridículo.

—Dice Scheler que solo en el acto de arrepentimiento se nos abre el conocimiento evidente de haber podido hacer algo mejor. Y añade que este conocimiento, sin embargo, no *produce* nada: es conocimiento, que traspasa el ofuscamiento anterior. No produce, solo indica. Te he llamado por teléfono esta mañana, Elena, porque no tengo con quién hablar y tengo que arrepentirme ante alguien.

—Vamos a ver, Román, yo no soy tu confesor pero tú puedes contar conmigo lo mismo que cuentas con Eugenio. Contar con nosotros es contar con quien te dice la verdad: y la verdad es que das una impresión penosa, como un muñeco, un títere que alguien manipula desde fuera. Te manipulan tus emociones, incluso tu sentimiento de culpa, te lleva de un lado a otro, y en concreto esto: yo también creo como tú que debes echar a Bernardo de casa, y salvar a Héctor. Héctor necesita el Román que nosotros conocimos en la facultad y, mientras no quieras ser ese, todo lo otro es lo contrario del furor heroico, es el alma concupiscible y no el alma irascible, como dirías tú

mismo, la que está en juego. Me tengo que ir, Román, pero te he dicho lo esencial. Tú nos decías que el genio moral es aquel que es capaz de ir a lo esencial: y es cierto, muy pocas cosas son necesarias, quizá una sola cosa era necesaria, esa era tu enseñanza. Piensa en lo esencial de esto que llamas culpa y que yo llamaría, de momento, indecisión.

El palo

Héctor recuerda esta tarde de otoño aquel viaje a Málaga y luego en autobús a Almuñécar a pasar un fin de semana en casa de un amigo de Bernardo que Héctor no conocía. Y la noche del 15 de agosto, los fuegos artificiales. Héctor recuerda el salto atrás que fue para él aquel esperar en la playa, en un corro variopinto de gente que él no conocía y Bernardo sí, a que sonaran bastante tiempo después de lo esperado los tres primeros truenos de aviso. No habían cenado y compraron un *shawarma* en un moro. Héctor recuerda que se sentaron en la zona prohibida más allá de las cintas de la policía, en un extremo del paseo que por seguridad había acotado el ayuntamiento. Vinieron un policía nacional y un bombero a echarles amablemente. Es que nosotros somos familia de los coheteros —dijo Bernardo—. Cosa que era mentira. Y preguntó el bombero pero ¿quiénes son familia, todos ustedes? Yo conozco a estos coheteros y además da igual, se tienen que quitar porque aquí corren peligro. Héctor recuerda la calidez tumultuosa de aquella situación. La gente que iba entremetiéndose, unos grupos en otros en dirección a la playa. La arena de la playa era gris y pedregosa. Alguna gente llevaba sillitas. Los padres llevaban a los niños a corumbillos y los crios se estiraban hacia atrás hasta tocar con la cabeza la espalda de su padre. Era una escena desordenada y municipal, veraniega, cálida, festiva. Unos grupos informaban a otros de que iba la barca de la Virgen bordeando los peñones. Y desde la orilla podía verse el esquema lumínico de la Virgen desplazándose en la negrura de la noche y las aguas. Héctor se sintió de pronto esa noche parte de un grupo de personas anónimas, envuelto por las conversaciones insignificantes, arropado por el gentío que venía a ver los fuegos artificiales. Se sintió parte de una comunidad festiva que le acogía identificándole junto con los demás sin reconocerle como individuo en concreto. Le pareció que aquella fiesta del quince de agosto interrelacionaba a todos los participantes dotando al acto de reunirse aquel quince de agosto de un sentido moral. Y de pronto a todo ello se añadía la expectación y la inocencia otra vez. El cuándo irá a empezar: ¿empieza ya o no? Y el ¿a qué hora empieza? Una impaciencia que no contenía ni un miligramo de impaciencia, cansancio o hastío, sino que era parte de la excitación. Y se oía decir: hasta que no apaguen las luces de

los peñones no empiezan los fuegos.

—¿Y quién apaga las luces de los peñones, Bernardo? —preguntó Héctor.

—El ayuntamiento — contestó Bernardo.

Eso fueron los buenos tiempos. Todavía no se había roto entre Bernardo y Héctor el cordón umbilical del apego inicial. Este apego no había sido obsesivo: había sido compatible con el mutuo alejamiento, condistanciamientos más o menos prolongados, viajes, novias de Héctor: Héctor había llegado a creer que lo sucedido —con su duración de un par de cursos o tres incluida— había sido parte de un ritual de paso, una especie de novatada y que en lo esencial Bernardo y él se fiaban el uno del otro y se eran fieles el uno al otro.

Lo de Román fue en parte una broma pesada inventada entre los dos. Héctor está ahora mismo en los bulevares. Va andando hacia donde ha quedado con Eduardo, un bareto de Chueca. Se para en medio de la calle escandalizado por lo que acaba de pensar: escandalizado de haber pensado, de haber declarado que introducir a Bernardo en casa de Román fue el fruto de una simple mala follá. No hay simples o ingenuas o inocentes malas follas. Todas forman parte de la toxicidad ambiente, el mundo tóxico e incommunicante que Héctor, como todos los demás, respira día tras día en las redacciones, en los bares, en las calles. Y ahora también en los guetos de la teoría torcida. Ahora se ha internado en esta vaina necia y... ¿cómo decirlo? Viciada. El vicio es un amor al fracaso. Y Héctor respira ahora en el elemento infernal del amor al fracaso que se expresa en este su ir en busca, una tarde más, de Eduardo. ¡Ojalá hubiese tenido la intención de robarle por robarle! ¡Ojalá Héctor fuese un ladrón! Un compañero le contó una vez que él era un ladrón y que se sentía un ladrón. Y que una vez había estado en la cárcel de Soto del Real por ladrón, no por camello ni por drogata. Y era verdad, estaba allí por carterista. Héctor recuerda que le contó cómo era ser carterista en el Metro de Madrid y cómo se podía dar un ligero golpe a la persona en la aglomeración y quitarle la cartera. Héctor tuvo al oír contar aquello una claridad narrativa equivalente a la claridad del acto de robar. Para sobrevivir hay que robar, aquel chico lo tenía claro. Pero ahora Héctor piensa que para sobrevivir tiene que enredarse en una historia lacrimosa y erótica. Es como si su cabeza estuviese atestada ahora de opciones contradictorias: hacerse cargo de las deudas de Bernardo (que es un absurdo) y justificar ante Román a Bernardo (lo cual es aún más absurdo). Desvalijar a Eduardo y a la vez compadecerse. Compadecerse a sí

mismo y a la vez aborrecerse a sí mismo. Detestarse físicamente y no poder evitar sentirse halagado cuando alguien, una mujer o un hombre, le hablaba de su atractivo físico. No saber realmente quién quiere ser de aquí a mañana. Sucede que toda esta integral de emociones encontradas ha florecido recientemente. Quizá sea todo ello flor de un día. Era desde luego reflexión muy reciente originada al poner en comunicación dos mundos: el de Bernardo y el de Román. Uno de los cuales, el de Román, Héctor había descubierto por pura casualidad. No contaba con que Román accediera tan fácilmente a ser entrevistado y, desde luego, no contaba con que la relación siguiera más allá de la instantánea emoción de la entrevista. Por un momento Héctor tuvo la impresión de que, gracias a Román, Bernardo había vuelto a interesarse por él. Le había querido poseer otra vez, esta vez mentalmente: dirigir sus ocurrencias, dirigir su intención hacia la guasa, tomarle el pelo a Román a espaldas de Román. Nada ahora ya, una vez que la dinámica de esta comparativa entre Bernardo y Román se puso en marcha, nada ahora tenía importancia: ni su laboreo mal pagado de periodista, ni su, quizá ingenuo, amor a la sabiduría: todo había vuelto a ser baboso otra vez, metaestable, como en la adolescencia. Igual que entonces, también ahora, sintiéndose precario, de más, incapaz de hacerse valer: era un sentimiento invasor esta tarde: este sentimiento de no saber cuánto valgo y de ser incapaz de evaluarme yo mismo y decirme esto valgo, esto soy. La ira repentina le hizo caminar más deprisa. Durante un instante la ira le hizo sentirse mejorado. Cuando llegó al bareto de Chueca Eduardo se puso de pie alborozado. ¡Pobre hombre! — pensó Héctor sintiéndose innoble—. Y a la vez pensó: me sentaré con Eduardo y beberé una cerveza o dos, daré conversación, escucharé sus historias. Le dejaré que disfrute dejándose ver con un chico guapo. En este bareto todos le conocen. Dejaré a Eduardo en paz. Y yo mismo me dejaré en paz a mí mismo y no me torturaré pensando que no soy absolutamente nada ni lo he sido nunca, que no valgo nada. No pensaré esta noche que no he logrado nada ni lograré nada nunca. Pensaré, al contrario, que soy un chaval guapo y que este buen hombre, este inteligente personaje, está pasando una tarde agradable conmigo. Seré bueno. No seré innoble.

—Desde muy temprano —declara Eduardo— he estado pensando en cómo sería este encuentro. No estoy exagerando nada.

—Pues hombre, lo siento, sería mejor que no lo pensaras tanto y no le dieras vueltas. Nos vemos, pues nos vemos. Que te haga tanta ilusión es ridículo —dice Héctor secamente sin mirar a su interlocutor.

—Quizá yo soy un viejo ridículo. Pero estoy siendo sincero, ¿preferirías que fingiera que me da igual verte que no?

—Estoy diciendo, Eduardo, lo que ya hablamos el otro día: que me siento incómodo cuando me dicen esas cosas, me cohiben. Haces que me sienta una especie de objeto, un chico objeto. En lugar de sentirme halagado y contento, pensando que soy súper guapo, que es lo que tú me dices, me siento desubicado y desterrado de cualquier clase de comunidad natural, de mi familia, que no tengo, del vecindario, de la ciudad o de la tribu. Al declarar todas esas emociones crees que me dices un piropo pero en realidad estás segregando una película traslúcida en torno mío, me estás volviendo extraterrestre, un líquido gelatinoso me envuelve, puedo pellizcarme las manos o la cara y sentir cómo se separa de mi propio yo, al oírte decir que estás pensando en este encuentro desde por la mañana, y precisamente cuanto más sincero seas, y yo creo que eres sincero, más extraño haces que me sienta, un pastiche, un montaje que tú elaboras velozmente a partir de esa tribu a la que perteneces, tú, no yo, esa tribu gay que me mira con voracidad o nos mira con voracidad mientras hablamos. Ahora estoy siendo yo sincero, Eduardo.

—Eso me gusta mucho, Héctor, que seas sincero conmigo.

—No creo que te guste tanto, la verdad. Creo que tú sí eres sincero, pero también creo que en el fondo te horrorizaría o te horroriza ya que yo fuese de verdad sincero, te dijese lo que de verdad siento o dejo de sentir por ti: creo que juegas conmigo, Eduardo, la verdad. Soy un chico juguete, soy un *pin-up boy* para ti.

Se ha señalado que la secularización suprimió de la sexualidad lo que tenía de pecaminoso pero que a cambio se ha vuelto portadora de un secreto peligroso, de una verdad oculta, en cada uno de nosotros mismos. Esto viene a ser lo que rumia Héctor esta tarde. Es curioso que sea ahora, tan tardíamente, cuando la sexualidad le parece sospechosa. Es como si su experiencia sexual prematura y todo el insatisfactorio erotismo que vino después hubiera sucedido a su espalda: ahora repetida en esta dulce tarde de otoño, en medio de esta fratría del bareto, que le recuerda la fratría anónima de los fuegos artificiales, la comunidad, añorada y perdida para siempre. ¿Cómo puede ahora añorar Héctor lo que nunca tuvo? ¿Podemos sentir añoranza de la experiencia amorosa que nos fue siempre negada? ¿Se puede sentir añoranza de lo no vivido? ¿Se puede sentir nostalgia de la posibilidad? Sin duda se puede sentir temor a la posibilidad, pero ¿se puede sentir nostalgia de una posibilidad de una nostalgia que jamás fue posible para nosotros? Héctor de

pronto cree que sí. Han pedido los dos un gin-tonic. Están en el segundo gin-tonic. Héctor, taciturno, casi ha olvidado a su acompañante.

- *Penny for your thoughts*. Añadiré—dice Eduardo— un texto expresivo un poco cursi, pero que pega en este caso: «Me gustas cuando callas porque estás como ausente».

- ¿Quieres decir que estoy más mona calladita?

—No he querido decir eso.

—¿Por qué no nos vamos? —Como tú quieras.

En el momento en que los dos se levantan tras apurar sus bebidas, Héctor se da cuenta de que ha cometido una gran equivocación. El bareto les amparaba: la comunidad gay, por artificial y absurda que parezca, les contenía aunque solo fuera superficialmente, les alojaba en su seno equívoco, en su bienestar campechano, provinciano, minitransgresor hoy en día, reasegurado, a diferencia de la calle y los automóviles de lujo y el dinero y el intercambio comercial entre viejos y jóvenes. Todo lo incalculable estaba fuera: *the truth is out there*. La verdad es interior como el tiempo. Héctor sabe que lo verdadero y lo falso intercambian papeles ahora en su conciencia: lo inauténtico y lo auténtico: el no poder creer que alguien le amaba (excepción hecha de Bernardo) y el creer a pies juntillas que cualquiera le amaba. Todo el mundo le deseaba aquella tarde de otoño a la salida del bareto de Chueca: se sintió, sin embargo, in-deseado, el indeseado, el jovenzuelo equívoco que jamás lograría distenderse y desanudarse y correr los 1.500 y hacer una marca razonable.

—Tal y como estoy ahora, Eduardo, si corriera los diez mil en cualquier carrera popular madrileña, entraría de los últimos, y encima, les gustaría a las chicas. Eso es lo más cutre de todo, que encima, a la vez que llego de los últimos, les gusto a las chicas. Las mujeres tragan todo. Pero hoy en día, además de tragarlo todo, te ignoran, te vuelven insignificante, ellas son significativas y nosotros sus objetos. De esto tú, pobre Eduardo, no sabes nada.

Habían llegado al coche, el Mercedes SLK 350. La erótica del consumo. La nadería. El erotismo como nadería. Héctor sintió que tenía que ser justo con Eduardo. Tan injusto había sido todo el mundo con él mismo, que él tenía la impresión ahora —como si fuera a morir dentro de un rato, la próxima hora— de que tenía que ser justo con aquel pobre hombre que obviamente le seguía fascinado como un perrito faldero.

—No tienes por qué parecer un perro faldero, Eduardo, yo no soy nadie: tus ojos de adoración o bien me falsifican o bien te falsifican a ti mismo. Todo

esto es absurdo. Si yo fuera el tipo noble que quisiera ser, te dejaría y me iría ahora calle abajo...

—Pero no lo harás, no te irás, no lo hagas, por favor. O sea, podemos hacer lo mismo que otras veces...

—Lo mismo que otras veces quiere decir ¿cuánto? ¿Cuánto me vas a dar por lo que hagamos? Por cierto, hagamos lo que hagamos, es precio único, seis mil euros en mano.

—No me está sentando muy bien tanto gin-tonic —balbuceó Eduardo—, a mi edad se nos sube demasiado deprisa el alcohol a la circunvolución cerebral. Se pierde pie.

—Mejor que pierdas pie. Aquí no atina nadie. En la devanadera de este alboroto cualquiera es un blanco perfecto, cualquiera hace de muerto.

—Como en una guerra, quieres decir —dijo Eduardo—, las balas perdidas.

—Justo. Eso es justo lo que quiero decir. Cualquiera de los dos puede acabar muerto. Una ruleta rusa, como en la peli aquella *El cazador*.

- *I love you baby*, recuerdo la canción y la película.

—Estoy tenso esta noche, estoy muy incómodo contigo.

Están ya los dos dentro del coche. Es evidente que nada de lo que Héctor diga va a poder Eduardo tomarlo del todo en serio. Es cierto que ha bebido un gin-tonic de más y ya circula por los canales momentáneamente alegres de la ginebra y el deseo tardío. Es un hábil conductor, sin embargo, y, aunque no pasaría el test de alcoholemia ahora mismo, conduce con pericia hasta su casa. La ilusión más característica de esta semiebriedad, en una relación como la de Héctor y Eduardo, es la de que Héctor está disfrutando mucho con todo ello: la euforia consiste en este caso en creer que los dos sienten lo mismo. Eduardo siente un bienestar momentáneo, Héctor está muy confuso y muy nervioso porque se siente empujado hacia este papel, inverosímil, de mantenido o de cha-pero, que él mismo, sin embargo, se ha buscado. No solo en la primera ocasión para sacar lo de la renta, sino también en una segunda y una tercera — que es a lo que Eduardo se refiere— llamándole por teléfono, y dejándose llevar al erotismo impracticable de este personaje. Este erotismo es impracticable porque todo lo que Eduardo haga o diga va a recordar a Héctor lo que ocurrió entre Bernardo y él hace años, solo que ahora, en esta transparencia, lo que está sucediendo y lo sucedido se contagian mutuamente de insatisfacción.

Se han instalado en el cuarto de estar de Eduardo.

—Lo siento, no puedo hacer nada contigo —dice Héctor—, no siento ninguna clase de respuesta a tus caricias , ninguna clase de reacción, es como si me hubiera quedado dormido y no sintiera la presión del mundo exterior nada más que mediante equivalentes oníricos.

—Esto se arregla con una buena copa, una copa más.

Y le sirve en un bonito vaso un whisky con hielo. El olor dulzón del whisky marea a Héctor, que bebe de un trago todo el contenido del vaso. Desea perder la conciencia. También desea herir a Eduardo. En la giratoria unidad onírica, Héctor se siente atrapado, está atrapado en un agujero estrecho como el interior de una tumba, como dentro de una tubería, como aquella vez que le metieron en una pileta de agua cogido por los pies en la finca del abuelo hace muchísimos años y tenía que meter el brazo por uno de los conductos de la pileta y tirar del tapón de saco que se había atorado e impedía el curso del agua. Se siente agredido, tiene que defenderse.

—Te has confundido conmigo, tío, yo no soy lo que tú crees.

—Yo creo que eres un buen muchacho, creo que tienes buen corazón. Y lo has demostrado, además, viniendo a verme varias veces. Cada vez que me llamas brillan las calles de Madrid de otra manera y el banderón de la Plaza de Colón ondea sin cesar con los vientos alisios de la alegría porque tú me has llamado.

—Eres ridículo, eres un monstruoso viejo marica, un gnomo inmundo. Eres incapaz de entender

nada, solo entiendes tu minúscula vida y la de tus amigos del bareto. ¿Qué eres tú? A ver, dílo, ¿por qué tienes tanto dinero? ¿Qué vendes?...

—La verdad es que vender es lo que mejor hago.

—Hijoputa anticuario, todos los anticuarios que conozco sois maricas.

—¿Por qué usas ese lenguaje conmigo? ¿Por qué me clasificas tan horriblemente? ¿Por qué clasificas tan horriblemente una relación que creí que te gustaba? Ya sé que soy muy mayor. Pero creí que te gustaba estar conmigo, no por el sexo, ya sé que no.

—Tú me has confundido por un puto gerontofílico.

—Ten misericordia de mí.

—Es, Eduardo, como si desearas la muerte. Muy, por cierto, amariconado esto de la muerte. Todos lo tenéis igual, ya Freud lo estudió al detalle: el amor y la muerte es parte esencial de lo torcido vuestro, la teoría torcida, yo estoy fuera, yo iba en medio de vosotros pero no soy uno de

vosotros, ¿qué te crees?

—Creo que no me está sentando muy bien el alcohol esta tarde: hay una... ¿Te acuerdas de las eras y los trillos? ¿Te acuerdas de cómo es un trillo?

—No sé de qué hablas.

—Los trillos, las eras... Cuando yo era niño, en aquella tierra reseca del secano, de los áridos, un entretenimiento, el único entretenimiento, la segunda mejor diversión era ir a la era, las eras, decíamos, porque había varias eras en el pueblo aunque nosotros teníamos una para nosotros solos arriba en la finca, y el mejor entretenimiento, el segundo mejor o quizá el primero mejor... como ves, la ginebra va y viene en mi cabeza como una bolita de mercurio, en fin, en la era se ponía sobre el trillo una piedra enorme y se enganchaba a una mula y se daban vueltas y vueltas y vueltas sobre el bálago, trillando de ese modo el trigo, la cebada y la avena. Y nosotros, que éramos muy chicos, saltábamos del bálago al trillo y dábamos vueltas y vueltas y nos sentíamos parte de todo aquel quehacer, de la trilla en los veranos que nunca se acababan. Era aquel tiempo que nunca se acababa. Ahora también es así cuando estoy contigo, Héctor. Este es un otoño de la siembra que no se acaba...

—Lo guay ahora sería que con este cabezón de bronce que aquí tienes, este efebo, te diera tal trompazo que te desnucara de un solo golpe y se acabó. Pillaría lo que pudiese de esta casa, lo que hubiese, seguro que hay lo que pillar y mucho, en metálico y vería la brecha de tu cabeza sangrar con la dulzura del goteo como en el riego por goteo con el que ahora se riegan los frutales en las viejas dehesillas de la niñez... ¿qué tienes que decir, viejo estúpido? Gnomo estúpido...

—Hombre, Héctor, solo un recuerdo literario: «Sí, tu niñez, ya fábula de fuentes». Tu niñez, la tuya, ahora, fábula de fuentes.

En estas semanas, como avalista de Bernardo ante Román, Héctor se ha adentrado mucho en su propia historia: no es una fábula de fuentes. Es hiriente oír eso: es el absurdo de una orfandad remediada solo por el apego a su violador. Por extraño que parezca, Héctor no se había preocupado hasta ese momento de examinar al detalle la vida de Bernardo. Repetía lo de siempre: Bernardo es sin porqué. Pero, también, la compañía de Román le ha hecho ver otro tipo de relación, que implica menor apego pero que, en cambio, produce réditos intelectuales mayores. Con Román ha aprendido cosas, ha discutido cosas, se ha sentido de igual a igual con Román, no se ha sentido, ante todo, el chaval guapo, el niño bonito, el pobre niño que Bernardo burlona-mente le hace sentir a veces. Y, sin embargo, poco a poco, con la intervención de

Bernardo, ha vuelto la memoria envidada, la devanadera del los dos nos queríamos por eso hicimos lo que hicimos, que es, a todas luces, un implante que Bernardo ha efectuado en la conciencia de Héctor. Aquel quererse y aquel apego del principio se diluyó hasta casi desaparecer. Pero sin embargo permaneció en Héctor una voluntad de lealtad a Bernardo: es mi amigo, siempre le seré fiel. Esta clase de decisiones conlleva implícitamente un compromiso por ambas partes. Parece que a la lealtad hay que responder con lealtad, a la fianza hay que corresponder con hacerse digno de la fianza. Héctor sabe que las cosas no son del todo así hoy en día, en estos tiempos de amores líquidos, fluidos, intermitentes, no parece apropiado contar con una correspondencia tal que amor con amor se pague, fidelidad con fidelidad, pero aunque éste no sea el signo de los tiempos sí es un instinto profundo de todas las personas que de verdad aman y se comprometen. Ha descubierto, por ejemplo, que Bernardo es mucho más promiscuo ahora que nunca: el deslizamiento ya no es solo una metáfora de la conciencia contemporánea que sabe que tiene que estar en todas partes a la vez sin demorarse con exceso en ninguna; el deslizarse es también mucho el aquí te pillo aquí te mato, ningún afecto sobrevive a un buen polvo. La recién descubierta promiscuidad de Bernardo ha acabado atacándole los nervios a Héctor. No es que sienta celos, no los siente: lo que siente es que está en marcha un proceso acelerado de devaluación afectiva. Y que esa devaluación le afecta a él mismo en primer lugar en el caso de Bernardo. Y he aquí que esta chapa con Eduardo se entrecruza de pronto en su conciencia con la imagen de Bernardo: una intensa irritación empareja ambos casos. Héctor ha estado perplejo e irritado toda la tarde y ahora la mezcla de la ginebra y el whisky y el ambiente recargado y acomodado de la casa de Eduardo, todo ello dispara su conciencia en un acto unificado de agresión contra Eduardo.

Hay encima de una mesa, junto al sofá donde están sentados, un estatuón de bronce, un efebón, cuyo pedestal cúbico tiene aceradas esquinas. Súbitamente Héctor lo agarra con ambas manos y lo estampa contra la doble nuca de Eduardo-Bernardo. Eduardo cae hacia delante, golpea la mesa de cristal con la frente. El golpe fue tan seco y eficaz que no sangraba apenas. Héctor recuerda solo el sonido seco de cascarse un melón.

Señor, he amado la hermosura de tu casa

El trompazo de Eduardo con la cabeza partida cayéndose de bruces sobre la mesa no es lo único que Héctor recuerda: recuerda la totalidad simultánea de su acto brutal y toda la sala entera a la indirecta luz de las elegantes pantallas de mesa, los valiosos objetos de las estanterías de Eduardo, que destellan con el apagado destello de las antigüedades. Simultaneidad implica, sobre todo, el fogonazo de un dilatado ahora que circula velozmente desde el acto irreversible al terror, y al revés. Tan irreversible es lo sucedido que Héctor tiene la sensación de haberse quedado paralizado de pie en mitad de la estancia. Esto último es, sin embargo, una falsa impresión, una mera imagen recordada que Héctor retiene en su conciencia mientras se dirige hacia la puerta de la sala, atraviesa el vestíbulo, abre la puerta principal, la cierra, baja las escaleras, pulsa el timbre del portal, sale del portal y se sienta en un banco de esa misma acera. El sentarse es tan quedar paralizado como el contemplar atónito la escena de la sala con el cuerpo de trapo de Eduardo con la cabeza reventada. Ahora no le queda rastro alguno de ebriedad —una ebriedad que no llegó a serlo—, solo la mareante impresión de haber sido humillado, de estar siendo culpable, de estar dando rienda suelta a su instinto de violencia y muerte. Irreversible, ahora, es todo. Irreversible es su culpa.

Héctor nunca llegó a creer que —como repetía Bernardo con frecuencia— no exista un yo sustancial al fondo de uno mismo. Por eso ahora no tiene escapatoria ninguna: sabe que acaba de matar a Eduardo y que es culpable.

La noción de un yo personal no era para Héctor una convicción filosófica: venía del antiguo deseo de Héctor de dar con una figura poderosa, un padre eterno, un padre-madre, una madre-padre. Esto era nostalgia. Y la insustancialidad de las personas que le rodearon a lo largo de su vida no produjo en Héctor sentimiento de evidencia ninguno en contra de la tesis, la idea de que existe un yo individual y concreto en cada uno de nosotros y que esa conciencia es responsable de cada uno de sus actos, responsable del crimen y merecedora del castigo. La verdad es que por más que Bernardo afirmase lo contrario una y otra vez, él mismo, Bernardo, daba la impresión de ser un yo sustancial. Siempre invitó a Héctor a apoyarse en él a la vez que le animaba a lo contrario: resbala, Héctor, como yo mismo, y no te apoyes en mí

porque no hay nada. La necesidad de creer en Bernardo, de apoyarse en Bernardo, de tratarle como figura heroica, había llevado a Héctor a negar todas las numerosas evidencias que a lo largo de los años le habían ido mostrando lo contrario: que Bernardo era en realidad el hombre medio sensual y que la gracia de su vida consistía en la concupiscencia de los ojos, en la concupiscencia de la carne. Aquella imagen sustancial de Bernardo, sin embargo, había comenzado a deshacerse al compararle con Román. Por esas fechas descubrió Héctor que Bernardo coqueteaba y fornicaba, más o menos a escondidas (sin esconderse, por lo demás, gran cosa), con todos los chavales de su grupo que se ponían a tiro. Descubrió que, más que pandillas, todos ellos formaban un grupo o grupos de autoapoyo y secreteo. En realidad el mentado gabinete de psicoterapia era poco más que eso: puesto que no hay yo sustancial ni instituciones inmaculadas, hagamos de la propia insustancialidad y de la mácula una red cambiante y deslizante y flexible que nos acoja mientras resbalamos, nos deslizamos, chismorreemos, caemos y nos levantamos en un inútil esfuerzo por ser nadie.

El Metro no entra deprisa en las estaciones, sino, rebajada la velocidad, frenado. Silba la soledad insignificante. Silba la furia blanca de la muerte. Se amontona la gente en los andenes a esa hora punta del atardecer de otoño. Silba la furia blanca de la mala suerte de Héctor. Y también silba su voluntad firme de no echarse atrás y de cargar del todo con su crimen, con su culpa, su castigo. Puede verse el guiñapo todavía ensangrentado, el sudario de su trenca ensangrentada. El tren entero le pasó por encima como una amante, destazó el tronco de ambas piernas, la cabeza del tronco. En Alonso Martínez se tiró al Metro Héctor, como es lógico.

Réquiem

Ha sido una noche larga para todos. Han ido los cuatro al depósito. La noticia abrió el informativo nocturno de Telemadrid, que estaban viendo Eugenio y Elena. Román estaba en casa. Bernardo estaba en casa. Durante hora y media, se detuvo el tráfico del Metro en Alonso Martínez. Los restos mortales de Héctor se subieron al andén en una gran sábana de plástico plateado que crujía como si dentro aún se alojase un cuerpo vivo. La policía identificó inmediatamente a Héctor en su perfil de Twitter. Ese perfil, paradójicamente, no lo conocían ninguno de sus cuatro amigos allí presentes, que no tuiteaban. La pista de Eduardo salió de un tuit a @CharoReinares, de The Turkish Delight Madrid: «Los bares gays no son antros, al contrario, acogen multifauna nocturna. Te llamo al periódico». La policía dio de inmediato con todos estos datos. En el Turkish Delight, donde habían, horrorizados, visto la noticia en el informativo, reconocieron al joven que acompañaba a Eduardo, cliente habitual. Así apareció el cadáver de Eduardo en su piso. ¿Qué conexión había entre el suicida y el asesinado? Todo el mundo creyó saberlo de inmediato. Cuando Eugenio, Elena, Román y, poco después, Bernardo, se personaron en el depósito de cadáveres, todo el mundo estaba al cabo de la calle, incluso la madre de Héctor, que vino acompañada de una hermana franciscana directamente del piso de acogida al depósito.

Deshecha en lágrimas, la madre de Héctor avergonzó a todo el mundo. Avergonzó, sobre todo, a Román, tan delgado y hierático, que sabía que tenía que dar la nota. ¿Era Román un nota? No. Todos los juegos de palabras de los criajos ahora rebotaban en la conciencia de Bernardo como en una lámina líquida solidificada repentinamente y transformada en una mesa de ping-pong. Una mesa de ping-pong azul. Se sentía Bernardo de pronto conmovido. La lágrima que derramó le recorrió la mejilla derecha de Apolo aviejado y engordado. Y pensó que lo más trágico de todo era que él mismo, habiendo sido el centro de todo ello, el autor, el gestor, el primer motor inmóvil, solo fuese capaz ahora de sentir sentimientos prefabricados, ya inventados, preparados como sombreritos o como trajes o como máscaras para ser automáticamente instalados en los actores que van a representar una farsa cualquiera, una farsa benaventina: he aquí el tinglado de la antigua farsa.

Román en cambio, hierático, sentía que Bernardo era un miserable y que aquel malencarado despojo que ahora era Héctor y que en su día fue tan claramente viviente y hermoso como un árbol, era fruto del lacrimo del hijoputa aquel que ahora lacrimeaba y daba palmaditas en la espalda de la franciscana y de la madre de Héctor que, deshecha en lágrimas, no sabía si sollozaba por su hijo destazado o por sí misma, no menos desventrada, solo que, ahora, salvada de la muerte a consecuencia de la metadona que la había convertido en una madalena. Elena y Eugenio sienten que resbalan hacia un vacío odioso donde los dioses beodos cagan y se desentienden de los hombres, un lugar sin protección ninguna, sin defensa, como cuando se propagó por todas partes el sida, y no se sabía si era un castigo divino o una mera enfermedad inteligible. Así también ahora Eugenio y Elena se sienten emparejados por la identidad de su sentimiento, por la potencia de su compasión ante este despojo que es ahora Héctor, a quien conocieron y cuyo final desventrado nunca sospecharon y que ahora mismo les parece inverosímil. La inverosimilitud irreversible se les ha contagiado como un vicio del que no pueden librarse, una costumbre antigua, juvenil, que se quedó y no se fue, y que ahora perdura en su madurez y en su senectud compulsivamente, no significando nada. El gran problema que se tiene —piensa Román— es que no sentimos nada. Yo mismo ahora no siento ningún sentimiento. No siento pena ninguna por este pobre crío aquí recompuesto brevemente en el tanatorio para parecer humano pero deshumanizado del todo a consecuencia del frío que hace —los ventiladores del aire acondicionado enfrían tanto que quitan el olor a muerto que despide Héctor—. Nadie es responsable, nadie se hará cargo de nada nunca. Por eso volverán las religiones para dar significado, parcial al menos, a estas muertes que, en crudo, a pelo, cara a cara, no significan nada. Así que Román recuerda lo siguiente: si creemos que Jesucristo murió y resucitó, también debemos creer que Dios resucitará y llevará con Jesús a la gloria a los que hayan muerto en su gracia. Y piensa Román que el pobre Héctor con su asesinato y su suicidio no merece la gracia divina, así que no resucitará. Todo el asunto en este relato —reflexiona Román— es la no-resurrección. No resucitaremos, no trasladaremos esta inmensa carga de emoción, de ternura, de existencia imperfecta y momentánea a ningún más allá. Todo lo que ahora es intensidad y altura y emoción y generosidad y entrega se descompondrá y dejará de ser y no significará nada. Esa es la gran lección. Pero la policía no está por la labor. La policía se encuentra con una situación muy diferente. El comisario jefe, que no ha leído la epístola a los Tesalonicenses, no acaba de entender la situación.

Por su cuenta ha llegado a la conclusión de que el asesinato de Eduardo y el suicidio de Héctor están conectados entre sí. Con ayuda de la gente del Turkish Delight se ha formado la idea de que, por lo que fuera, por uno de esos torcimientos que en opinión del comisario jefe caracterizan a los grupos homosexuales, el chico mató al viejo en un súbito arrebató de malhumor o de rencor o de pura brutalidad. Recuerda muchos casos así, unos llegan a los tribunales, otros no. Pero todos pasan por comisaría primero y el comisario tiene, a su vez, una teoría torcida de todo ello: estas relaciones especiales, antinaturales, suelen ser siempre mortales. Cuando el sida, por el sida. Pero antes del sida y después, en opinión del comisario, desde el juicio sumarísimo que cada noche de guardia se ve obligado a hacer de casos como este, quienes no cumplen con la ley de Dios se oponen a la ley de Dios y acaban matándose. El comisario jefe es un funcionario serio y taciturno que no suele comunicar a nadie su experiencia de la vida: se limita a cumplir con su obligación, que ya es bastante. Hoy en día, a sus casi sesenta años, no siente ni siquiera curiosidad. Pero en este caso en particular todo es más sorprendente que de costumbre: este distinguido profesor jubilado, que parece ser el jefe de este pequeño grupo, contrasta con el huevón de jersey de pico que se llama Bernardo y que tiene pinta de sarasa. Ambos, a su vez, contrastan con los dos jóvenes médicos traumatólogos que son los dos que únicamente se muestran consternados. El comisario ha visto miles de veces a los grupos de amigos o parientes de personas accidentadas o muertas y sabe que el dolor se dice y se expresa de muchas maneras, algunas tan distintas y extrañas de lo que cabría esperar, que no parecen contener dolor ninguno. Sus propias reacciones ante la muerte violenta después de tantos años de verla con sus propios ojos le han vuelto insensible en parte. Como ver un hermoso animal en una cacería, un venado muerto a balazos, vencido en tierra. El comisario, viendo eso, ha tenido con frecuencia un sentimiento de pesar. Siente ahora lo mismo ante el cadáver de Héctor. Pero se ha acostumbrado a distanciarse emocionalmente de estos cuerpos. Se siente superior y capaz de controlar la situación cuando, ante un terrible espectáculo como este de esta noche, siente que no siente nada. A cambio le gustaría saber qué relación guardan estos cuatro personajes entre sí y con el difunto. La relación de la madre drogata con su hijo está clara. Si la hipótesis de que el difunto Eduardo fue víctima del difunto Héctor resultara correcta al final, le gustaría saber qué responsabilidad les cabe a estos cuatro en el asunto, si pueden ser considerados sospechosos o cómplices en algún sentido.

Allí mismo los cuatro, que acaban de reconocer que el cadáver de la adyacente habitación congelada es el Héctor que los cuatro conocían, admiten conocerse entre sí. El comisario los encuentra una vez más, viéndolos juntos, un grupo extraño. Es una suerte que el comisario, que es, como suele decirse, un buen profesional, no sea sensible a los matices. Al admitir los cuatro que conocían a Héctor, les ha preguntado si conocían también a Eduardo, la presunta víctima de Héctor. Los cuatro niegan conocer a Eduardo. Lo cual es verdad. El comisario percibe en los cuatro una cierta dosis de reserva que no acaba de poder atribuir al hecho, traumático para cualquiera, de tener que identificar a un amigo en el depósito de cadáveres. Hay también una cierta reticencia. Y el comisario tiene la impresión de que —al menos por parte de Román— hay un positivo rechazo a dar explicaciones. Pero, por supuesto, casi todo el mundo se comporta así con la policía. Elena ha explicado que Héctor, que era periodista, ha sido el último año inquilino de Román. Bernardo ha aprovechado para decir que también él es inquilino de Román. Elena, que se ha constituido en portavoz de los cuatro, ha explicado que Héctor trabajaba en un periódico por un sueldo modestísimo, lo habitual hoy en día, aproximadamente la mitad del salario mínimo interprofesional. La voz de Elena explicando esto viene a ser como un bastón, o, mejor aún, un quitamiedos en un paso de montaña. Uno no se apoya del todo en el bastón ni tampoco en la ligera barandilla del paso de montaña, pero el hecho de verla ahí impide que la atención se nos vaya irremediabilmente a nuestra cojera o al abismo. El bastón previene el cojear de la misma manera que la ligera barandilla nos previene del vértigo. La voz de Elena, sin embargo, no puede detenerse más tiempo en la enumeración de datos que el comisario ya conoce de sobra. El comisario acaba de preguntar si les constaba que Héctor fuese homosexual o chaperero, cosa que no les consta a ninguno, lo cual es inexacto. No, desde luego que no —ha declarado Elena—. El comisario les contempla pensativo como si al hacerlo, sin añadir nada más, tuviese una noción superficial y verosímil de que es muy posible que Héctor mantuviese una relación secreta con el difunto Eduardo. Todo el mundo mantiene relaciones de un tipo u otro que no revela a sus amistades, sean o no inocentes esas relaciones. Elena piensa que debería declarar que en los últimos tiempos Héctor se había hecho cargo del pago del alquiler de Bernardo: una cifra no muy alta pero sin duda fuera de las posibilidades del chico. Pero no lo ha contado. Si lo contara, envolvería a todos en una gran complicación. Al no revelar este dato trivial, todos a la vez dan mentalmente un paso atrás, se

retraen. Viene a ser como si negaran conocer de hecho a Héctor.

Una nueva desolación ha sobrevenido ahora a la desolación del pasado. La naturalidad con que se entrecruzan ambas desolaciones da idea de lo solitario que anduvo siempre Héctor por la vida. Pero la antigua soledad del niño y del adolescente, su vida solitaria, se agudiza ahora (a ojos, al menos, de un espectador que fuese capaz de verlo todo a la vez) bajo esta nueva dimensión del miedo de los cuatro a reconocerle del todo ante la policía. Aquí, sobre todo, Román y Bernardo, cada uno desde su responsabilidad individual con el chico, desde su grado propio de proximidad con él, son los más culpables. Pero Román no puede sentirse culpable —aunque sí que se siente sumamente apenado— porque nada de lo que le ha pasado a Héctor le ha pasado por culpa de Román. Héctor se alejó de Román como se alejan las personas unas de otras, casi con la misma fácil accidentalidad con que apareció en su vida. Hay, sí, este hecho equívoco de que Héctor pagara la renta que debía Bernardo. Pero esto no puede ser mencionado, Román sabe que no, porque sería dar a conocer al comisario que hay en toda esta historia un trasfondo que resulta, cuando menos, incómodo para Román. Y no puede Román tampoco —resultaría grotesco— denunciar ahora a Bernardo por un delito que este cometió más de una década atrás, un delito que Bernardo negaría envolviéndolos a todos en un desagradable dime y direte. Lo menos desagradable es decir lo menos posible y asumir que en el fondo ninguno conocía bien a Héctor ni le quiso demasiado ni siente que, una vez muerto, sea un muerto más personal que cualquier otro.

¿Sería verosímil que Bernardo de pronto diera un paso adelante y reconociera su especial relación con Héctor ante el comisario jefe?. Si se examina con cierto detalle esta posibilidad vemos que si Bernardo efectivamente de pronto dijera: yo quise a este chico, fui su amante cuando era casi un niño y he venido siéndolo a lo largo de estos años, yo soy el propietario, el heredero exclusivo de esta muerte, el significado de esta muerte me pertenece a mí, yo soy el propietario del significado de la muerte de Héctor, el propietario del significado de sus restos mortales. Yo soy el monstruo. Si dijera esto, de inmediato el comisario retendría a Bernardo para interrogarle en comisaría y la muerte del muchacho cambiaría de significación. De pronto volvería a ser vigente el problema de si era chapero o no, de si robó o quiso robar a Eduardo o no, de si fue una víctima de Bernardo o también de Román. Pero Bernardo no dará un paso al frente y no revelará nada, por una razón trivial-mente metafísica, aburridamente posmoderna, a

saber: para no ser un sujeto sustancial, fijo, que de pronto, mediante esta declaración tiene que dejar de patinar y de deslizarse. Y darse a conocer. Y llegar a ser una sola cosa. Mientras no hay yo sustancial, solo hay deslizamientos de unas significaciones en otras y la muerte de Héctor y su propio crimen son insustanciales ambos, irrelevantes dentro del sistema caótico del mundo. Una millonésima parte del caos del mundo yace ahora destazada en la habitación contigua del tanatorio.

El comisario no acaba de creerse todos estos relatos reticentes, pero no tiene de momento más opción que dar por supuesto que Héctor vivía una doble vida y que en un arrebatado de furia mató a Eduardo, un conocido personaje de los ambientes gays de Madrid. El caso no es sorprendente. Ni la furia tampoco. El comisario, por cierto, ha oído en alguna parte estos últimos tiempos que la furia no es meramente el fruto de una frustración reprimida que de pronto explota, sino que es una pasión de la cual puede hacerse un uso constructivo. Esta idea le ha parecido difusa e interesante al comisario, que se precia de ser un poco un filósofo, en esa línea, anticuada, a la española, del refranero y el Séneca.

Pero el comisario no tiene de momento nada que añadir. Todo el asunto le parece sospechoso, pero a la vez insustancial. Decide que pasará el expediente entero a un subalterno que comprobará los detalles de todo ello. Se despide brevemente de los cuatro y sale. Los cuatro salen a la calle, la calle sin bachear de detrás de la Facultad de Medicina de la Complutense. Arriba están los pinos del terraplén que lleva a los colegios mayores y al Clínico. Es la madrugada otoñal. No se hablan entre sí. Román, Eugenio y Elena han venido en el coche de Elena, que han dejado junto a la puerta del tanatorio. Bernardo, por lo visto, vino en taxi. Y ahora, con ese tono suave tan suyo, pregunta si pueden acercarle a Madrid. Es, dentro de lo que cabe, una pregunta discreta, puesto que, de momento al menos, Bernardo y Román van a la misma dirección, así que preguntar si pueden acercarle a Madrid es un modo delicado de decirles que no desea imponerles su presencia más de lo necesario. Una manera indirecta, sin embargo, de decirles también que él, Bernardo, está muy lejos de sentirse ahora acongojado o culpable de un modo especial por lo ocurrido. Al fin y al cabo, ninguno de los tres podría inculparle en la muerte de Héctor. Bernardo prefiere, esta madrugada, estudiar las reacciones de estos tres personajes a quienes le unió momentáneamente un vínculo provisional, un alquiler, a consecuencia de otro vínculo, el de Héctor, que, en cambio, no fue provisional, pero tampoco sempiterno. Nadie en sus

cabales se empeñaría ahora en invocar trascendencia alguna. La memoria, sin embargo, inmediata, de Bernardo, su citomanía impenitente, musita: «*Rex tremendae majestatis, / qui salvandos salvas gratis, / salva me, fons pietatis. / Recordare, Jesu pie, / quod sum causa tuae viae: / ne me perdas illa die*». Se le cuele memoria abajo, sin detenerse, el sonsonete de la célebre secuencia de la misa ordinaria de difuntos, embriagándole un poco como un vino blanco, un verdejo guasón: le gustaría a Bernardo, desde luego, tener un aparte ahora con Román, irse andando los dos a pie por la Ciudad Universitaria vacía y, subiendo por el camino del tranvía, pasar delante de Navales y de la capilla del padre Sopeña hacia Moncloa, debatiendo acerca de este fulgor intransitivo que acompaña en el corazón de Bernardo la experiencia del suicidio de quien fue su joven amante, con quien durante años conversó dulcemente, cuyo pelo acariciaba, y que ahora es, también, como un sabor ligero, diluido, que se cuele memoria abajo, hacia atrás, hacia el fresco olvido, como un amanecer de otoño nublado, hipotética aún la luz del sol y la significación de nuestras vidas.

¿Cómo van a adivinar este último pensamiento perverso Román o Eugenio o Elena? Evitarán llanamente al patán mientras crece en ellos la conciencia dolorida de que su cobardía, su insensibilidad o su impotencia jugaron a favor de la afrenta de Bernardo.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

29/02/2012